

1924

5

ATTENEA

BPH

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO I

AGOSTO DE 1924

NÚM. 5

Julio Vicuña Cifuentes

Algo sobre Camoens

(Lectura hecha en la velada conmemorativa del cuarto centenario de su nacimiento)



SEÑOR Presidente, señoras, señores:

Al alborear el siglo diez y seis, dos tendencias bien definidas, y en cierta manera antagónicas, se diseñaban en la poesía portuguesa: la tendencia medioeval, preponderante en los siglos anteriores, y la tendencia clásica, caracterizada por la imitación de las obras de la antigüedad greco-latina.

Durante los siglos doce, trece y catorce, dió vida y esplendor a la primera, la influencia, en la lírica portuguesa, de la poesía provenzal, y en la épica, la de las gestas del norte de Francia; al par que la segunda, latente, si se quiere, no fenecida, en aquel largo período, tuvo pocas ocasiones de manifestarse, y sólo vino a dar testimonio de su existencia en la segunda mitad del siglo quince, y mejor aún, en los primeros años del siglo diez y seis, en que se alzó omnipotente, amenazando concluir con su ya entonces desairada rival.

La poesía portuguesa, al finalizar la primera mitad del siglo diez y seis, estaba, pues, cercana a ver extinguirse toda una tradición poética, amasada en el largo espacio de tres centurias, con la substancia de su propia nacionalidad. La desintegración parecía fatal, y sólo el advenimiento de un hombre extraordinario capaz de crear algo nuevo y peregrino, refundiendo elementos heterogéneos, podía oponerse a esta disolución. El genio de la raza reunió entonces todas sus energías y engendró a Luis de Camoens.

Nació este insigne poeta, honra eterna de la nación portuguesa, en Lisboa, el 10 de junio de 1524. Su familia paterna era oriunda de Galicia, la patria

de Macías, el trovador enamorado cuyas desgracias han dado la vuelta al mundo. Fueron sus padres, Simón Vaz Camoens, segundo nieto del trovador gallego Vasco Pires de Camoens, y doña Ana de Sá y Macedo, de los Gamas del Algarve. Cursó humanidades en la Universidad de Coimbra, bajo la inmediata tutela de su tío don Benito de Camoens, que era canciller de ella. En 1542 frecuentó la corte de don Juan III a la que concurrían los más ilustres ingenios de su tiempo, y donde el talento era la única recomendación valedera para alcanzar empleos y honores. No los obtuvo Camoens. ¿Por qué? Sus biógrafos hablan de la envidia de las mediocridades; de la interpretación malévolamente que se dió a alguna obra suya; de su amor por doña Catalina de Ataíde, muy poco grato a la familia de esta joven. Camoens, más sincero, atribuyó sus desgracias a «yerros míos, amor y mala fortuna».

Obligado a salir de la Corte, Camoens, tras breves correrías, se embarca para África, donde permaneció dos años y perdió el ojo derecho, en una sorpresa de los moros. A su regreso a Lisboa, renacen sus esperanzas de alcanzar mejor fortuna, con la protección del príncipe don Juan, admirador fervoroso de los poetas de su época. Sin embargo, no la obtuvo esta vez tampoco. ¿Por qué? Sus biógrafos tornan a hablar de las conspiraciones de la envidia, y de la enemiga que su antiguo amor por doña Catalina de Ataíde, le había concitado en las familias de otras damas que tenían el mismo nombre, acaso por los equívocos a que esto se prestaba; pero refieren también que Camoens, en la procesión de Corpus, dió una cuchillada a Gonzalo Borges, cuñado de una de esas damas homónimas, y que por causa de esta agresión y desacato, fué recluído en la prisión de Tronco, de donde no salió hasta el año siguiente. Sus forzados ocios de recluso, los empleó el poeta en una labor gloriosa: ahí compuso el primer canto de *Os Lusíadas*.

Obsesionado por el pensamiento de una epopeya nacional, apenas obtiene su libertad se embarca para la India, y en la expedición contra el Chembé se bate heroicamente. Luego después, parte para la China, con un empleo civil en la colonia de Macao, y dos años más tarde es llamado a Goa, bajo apercibimiento de prisión, a causa de unos «chismes de amigos», según dice uno de sus biógrafos. En Macao adelantó su poema hasta el canto séptimo. Llegado naufrago a Goa, sin haber logrado salvar otros bienes que el inestimable del manuscrito de su epopeya, y preso ahí hasta que se justificara, recibió la noticia de la muerte de doña Catalina de Ataíde, la única mujer amada por Camoens, al decir de sus biógrafos oficiales.

Absuelto al fin, aun tuvo que padecer el cisne portugués nuevos reveses de fortuna. Acreedores implacables le hostigaron en forma bochornosa para ellos, más que para él, y no faltó uno muy poderoso,—el Gobernador Pedro Barreto—que le llevó consigo a Mozambique, para abandonarle luego a la mayor miseria, de la que vino a salvarle la liberalidad de algunos piadosos amigos suyos, que junto con recatar su persona, le restituyeron a la patria bien amada, pobre, enfermo y desengañado.

La publicación de su poema inmortal, en 1572, si acrecentó su fama, no

mejoró la suerte de este hombre extraordinario; extraordinario por su genio, extraordinario por su vida aventurera, y extraordinario también por sus desdichas, cualesquiera que hayan sido sus errores. Una mezquina pensión, pagada siempre con atraso, fué el único auxilio que obtuvo del poder real, y manos rapaces, quién sabe por qué causa y con qué propósitos, le hurtaron sus versos líricos, que con el título de *Parnaso de Luis de Camoens*, tenía ya dispuestos para imprimirlos.

Durante diez años, desde su vuelta a la patria hasta su muerte, vegetó en la miseria, al extremo de que un esclavo javanés, llamado Antonio, que Camoens había traído de la India, corría de noche las calles de Lisboa, pidiendo limosna para alimentar a su amo. El esclavo murió un día, y entonces el desamparo del poeta no conoció límites. Vivió de milagro, si así puede decirse, amargado todavía su corazón de hombre que amó a su patria sobre todas las cosas de la vida, por el torcedor de verla perder su autonomía, cuando los mismos encargados de velar por su independencia, favorecieron su incorporación a la corona de Castilla.

Sobrevínole al fin una grave enfermedad, que debía ser la última, y fué trasladado a un hospital, donde murió miserablemente en un día incierto de 1580, a los cincuenta y seis años de edad. Un fraile español escribió en un ejemplar de *Os Lusíadas*, que le pertenecía y que dejó en un convento de Guadalajara, la siguiente nota: «Yo le ví morir en un hospital de Lisboa, sin tener una sábana con que cubrirse, después de haber triunfado en la India y de haber recorrido cinco mil quinientas leguas por mar. ¡Qué aviso tan grande para los que de noche y de día se fatigan estudiando sin provecho, como la araña en urdir telas para cazar moscas!»

Esta fué, en sus rasgos generales y muy abreviada por cierto, porque la ocasión no consiente otra cosa, la vida de Luis de Camoens, según la refieren sus biógrafos más leídos. De su poema inmortal, si posible fuese, no quisiera yo hablar ahora, por no exponerme a repetir mal, ante un auditorio de personas cultas, lo que otros han dicho bien y es sabido de todos. Empero, no es importuno transcribir, siquiera brevemente, las opiniones de algunos hombres de ciencia, poco conocidas tal vez, porque no están incorporadas a las historias literarias en uso. Para Alejandro de Humboldt, *Os Lusíadas* es «el poema del mar»; para Edgardo Quinet, «la epopeya del comercio» y también «el poema de la alianza del Oriente con el Occidente»; para Esmerard, «la síntesis de los progresos de la navegación»; para Jorge Le Gentil corresponde «a un marco decisivo en la historia de la humanidad»; para Joaquín Nabuco es «el poema de la colonización, de los acontecimientos remotos, y, por consiguiente, el poema de la construcción del Nuevo Mundo». Además, el profesor Le Gentil resume en estos términos el carácter nacional y al mismo tiempo universal del poema: «La epopeya de Camoens, convencional en la apariencia, pero, en realidad, documental, está impregnada de espíritu moderno. Sólo se liga a la antigüedad por el respeto a los buenos modelos, y a la Edad Media, por el idealismo, trazo característico de la raza... Camoens comprendía la necesidad de juntar la nómina de

las victorias a la de los descubrimientos; la necesidad de pasar de las causas a los efectos; de registrar las nuevas adquisiciones de la cartografía, de la hidrografía, de la botánica, de la medicina, de la etnología, y es por esto por lo que su poema, sin dejar de ser nacional, interesa a la evolución de la humanidad. AGUSTÍN DE CAMPOS, *Sobre la incomprensión de Camoens por la crítica francesa*).

Al anotar, hace un momento, los principales sucesos de la vida de Camoens, cuidé de advertir que a eso se reducía, sobre poco más o menos, según el decir de sus biógrafos oficiales. Para ellos, Camoens es un gran poeta desgraciado, víctima inocente casi siempre de la envidia de los unos y de la maledicencia de los demás; un soldado valiente, un poco aventurero, otro poco camorrista en ocasiones, y un mucho enamorado, eso sí que no más que de doña Catalina de Ataíde, ya lo sabemos.

Pero, me pregunto ahora, en esas biografías, que parecen escritas *ad usum escolarum*, ¿está completa, en lo que tiene de más íntimo, la personalidad de Camoens? El soldado valiente y ardoroso ¿no fué sino la víctima resignada de las injusticias de los otros? El más alto prestigio intelectual de su raza, ¿movió únicamente su pluma para cantar las hazañas de los héroes y los afectos de su corazón? El poeta del amor, como se le ha llamado, ¿fué sólo el amante platónico y desesperanzado de la adolescéntula doña Catalina de Ataíde?

¡Nó! Ni hay utilidad ninguna para su gloria en disfrazar la personalidad del hombre. Basta con meditar un instante en lo que dejan ver sus biógrafos y en lo que de sus obras se colige, para convencerse de que un espíritu inquieto como el suyo, no podía sentirse bien dentro de la disciplina a que se somete, por vocación, el soldado regular; que el cantor de las hazañas de Vasco de Gama, nunca olvidó sus rencores con la familia del héroe, que alcanzaban al héroe mismo, según está dicho en la penúltima estrofa del canto quinto de *Os Lusíadas*; que al comediógrafo del *Auto del rey Seleuco*, aparentemente respetuoso del ideal dinástico, se le daba un ardite de la omnipotencia del monarca, como que con audacia inconcebible se atrevió a satirizar los amores de don Juan III con su real madrastra; y, finalmente, que el amante tímido y rendido, (así, o poco menos, aparece en sus versos líricos) de la menina a quien vió por primera vez en una de las ventanas de palacio, amó, antes y después de conocerla, a otras muchas mujeres, y promovió escándalos y acuchilló rivales.

Hay un pequeño libro,—pequeño por su volumen, grande por la exquisita prosa portuguesa en que está escrito,— editado hace pocos meses en Lisboa, cuyo título es: *O heroísmo, a elegancia, o amor*. Su autor es Julio Dantas, a quien todos conocéis, cuando menos por *La Cena de los Cardenales*, que ahora mismo está representándose en Santiago. El libro de que os hablo colecciona las tres conferencias que Dantas pronunció el año pasado en Río Janeiro. El título de la última es éste: *Mulheres que Camoens amou*. A esta conferencia he de referirme en mucha parte de lo que diga sobre el gran poeta portugués, al esbozar en forma muy somera, la personalidad del hombre, deficientemente estudiada por sus biógrafos en uno de sus aspectos más interesantes.

Se ha comparado a Camoens con el Petrarca, por el idealismo platónico de sus amores y por las formas líricas en que vertió sus pensamientos. Literariamente,

nada hay que observar a esto. Petrarquista es Camoens por su manera poética, y platónico por la índole de los sentimientos que expresa. Pero, ¿es verdad que lo era? Y caso de serlo ideológicamente, que de otra manera no lo fué, cabe presentarle como el arquetipo de los enamorados platónicos?... Sus biógrafos, copiándose unos a otros, dicen que sí. Julio Dantas le llama «gran soñador»; lo cual, por cierto, no es indicio seguro de platonismo.

Veamos modo de orientarnos. Comencemos por considerar sus rasgos físicos, que, si hemos de creer a la antropología, alguna importancia tienen en este caso.

Dice Julio Dantas, retratándole: «El torso musculoso y enorme,—torso de centauro—grande demás para el tamaño de las piernas; el cabello rubio; la barba rubia;... la nariz fuerte, dilatada, corva en el perfil, globulosa y sensual en la punta, mezcla de las narices de Sócrates y de Cyrano; y, sobre todo, aquella expresión suya de sombrío orgullo, que el alto cuello plegado, levantándole la cabeza, tornaba más impertinente,... hacían del poeta una figura poco susceptible de inspirar, a primera vista, cualquier sentimiento amoroso». Coinciden algunos de estos rasgos, con los que apunta más brevemente Manuel Severín de Faría: «Fué Luis de Camoens, dice, de mediana estatura, lleno de rostro, algún tanto abultado de frente, nariz larga, levantada en el medio y gruesa en la punta, cabello rubio, casi azafranado»...

No hay duda que el tipo físico de Camoens no armoniza con el del hombre en quien predominan los sentimientos espiritualistas sobre el ardor de los sentidos. Mejor se aviene con el del hiperestésico sexual, que el doctor Marañoñ describe así, en un curioso estudio sobre la biología de Don Juan Tenorio, publicado recientemente: «En esta morfología hipergenital, dice el doctor Marañoñ, la talla es exigua y, sobre todo, desproporcionada, por un predominio muy poco elegante del tronco y cabeza sobre los miembros. La osamenta de la cara suele estar muy desarrollada; el mentón es frecuentemente prognático y, por fin, la barba y el bigote son recios y espesos».

Veamos ahora cómo amó Camoens.

Su primer amor fué su prima Isabel... Siempre nuestro primer amor es una prima, con la que nunca nos casamos.

La prima del poeta, hija del orgulloso Juan de Camoens, de la rama de Coímbra, era, según Dantas, «una linda muchacha de trece años, rubia, blanca, delicada, altiva como su padre, cuyos ojos verdes, de un verde transparente y luminoso de onda del mar, eran una de las maravillas de la vieja ciudad universitaria.» Se enamoraron recíprocamente, amores de niños, pero transcurrieron cuatro, cinco años, y la orgullosa prima encontró poca cosa para ella, a un estudiante de diez y ocho, bravo y talentoso, pero feo y pobre.

¿Qué hizo entonces Camoens? Pues, todas las locuras imaginables, desde decir a la hermosa niña que «parecía que fieras hircanas la hubiesen amamantado con su leche», y comparar sus ojos, sus admirables ojos, con los «limones verdes», hasta rondar su casa impertinentemente como un espión. Por fin, averigua que su prima tiene otros amores; busca al que es objeto de ellos, un Don Alvaro Pinto,

y el «fauno rubio», el «Trinca Fortes», como le llaman los estudiantes, arremete con su rival y con los hermanos de Isabel, en la plaza pública; siembra el terror y el desorden; la justicia interviene, y Camoens es obligado a salir de Coímbra. Por cierto que nada de esto aparece en la égloga segunda, en que el poeta, rendido amante, se queja bucólicamente de los desdenes de Belisa.

No debió de tardar mucho Camoens en consolarse de este malogrado amor, pues en poco tiempo le vemos enamorado sucesivamente de dos damas principales, dos admirables bellezas de esa época: la trigueña doña Violante, mujer del Conde de Linares, y la rubia doña Francisca de Aragón, a quien la reina amaba como hija. Ninguna de ellas tomó en serio estos amores, que, sin embargo, no dejarían de halagar su vanidad de mujeres, por la fama de que ya entonces el poeta disfrutaba. Doña Violante le alejó de su lado en forma muy gentil: recomendándole a los reyes, que le admitieron en Palacio. «Luego que el poeta, dice Julio Dantas, comenzó a frecuentar el dorado gineseo, que era la cámara de la reina doña Catalina, hizose, en torno suyo, un movimiento de curiosidad y de interés. Todas las damas le rodeaban. Todas le daban motes para que les hiciese versos. Todas quedaban en éxtasis, encantadas, al oír a la sirena del Palacio».

Ahí conoció a doña Francisca de Aragón, notable entre todas por el desdén altivo con que repelió siempre los requiebros de sus apasionados. No gastó igual rigor con Camoens, según parece, porque la lisonjeaba verse cortejada por un tan gran poeta; pero, en suma, ¿qué favores obtuvo de ella el cisne portugués? Nada más que las mismas sonrisas con que le había acogido la condesa de Linares. ¡Nada más!

A consolarle de estas empresas malogradas, vino el casual encuentro con la mujer que fué el más grande amor de su vida. He nombrado a doña Catalina de Ataíde.

Era entonces una niña. Su belleza delicada deslumbró al poeta, que pensó, al verla,—él mismo lo ha dicho,—en la aparición de Laura al Petrarca. El genio de Camoens.—no su figura física, probablemente—impresionó también a Catalina. Ambos se amaron; esto parece indudable, y durante un año vivieron en dichoso idilio. Pero no tardó la envidia de sus émulos en tomar pie de algunas infantiles locuras del fogoso enamorado, para indisponerle con la familia de Catalina y la madre de esta joven, doña María Bocanegra, dama de la reina, se quejó de que el poeta le requebraba a su hija; por lo que le fué negada a Camoens la entrada a Palacio. El «fauno rubio», como le denomina Dantas, cometió las mayores imprudencias por tornar a ver a su amada, pero no lo consiguió. Furioso, despechado entonces, juró vengarse de todos, sin exceptuar a los propios reyes, y escribió e hizo representar aquel inaudito *Auto del rey Seleuco*, de que hablé antes. Amenazado, perseguido muy justamente, por cierto, huye de la Corte, vive algún tiempo oculto en Ribatejo, y al fin se embarca para Africa. Ya no volvió a ver a la rubia menina, que años después, siempre fiel a la memoria de ese amor, «resbaló dulcemente en la tumba». Su muerte, de la que tuvo tardía noticia, inspiró al gran poeta «el más bello soneto de la lengua portuguesa».

Pero aun vivía doña Catalina cuando Camoens regresó de Africa a Lisboa,

con la intención de embarcarse para la India. No intentó verla, según parece, acaso porque ya su rostro estaba desfigurado por la herida que le vació el ojo derecho. Por el contrario, apresuró su embarco, pero naufragó a poco de salir—no creo que ningún hombre haya naufragado tantas veces—y se vió forzado a regresar a Lisboa. Entonces conoció a la infanta doña María, una de las mujeres más hermosas y sabias de su tiempo, que hablaba el griego y el latín como los ciudadanos de Atenas y de Roma en los siglos de Pericles y de Augusto.

Aunque sin correspondencia, es verdad, y con el ardor que él ponía en estas empresas, enamoróse de ella desatinadamente Camoens, y tales locuras dijo y de tan insólitas temeridades se hizo reo, que el palacio de Santa Clara se cerró súbitamente para él, como primer aviso, y días más tarde fué obligado a huir, por haber caído en un lazo que hábilmente se le tendió: la riña con Gonzalo Borges en la procesión de Corpus.

Ya se ve que el amor a doña Catalina, viva aún, no impedía a Camoens enamorarse de otras mujeres. No faltará quien piense que estos amores eran platónicos, porque quedaron rezagados en el camino y la posesión no los sazónó. Si pudiéramos evocar la iracunda sombra del poeta, acaso ella nos diría que no fué suya la culpa.

Embárcase al fin para la India el soldado aventurero, y ahí disfruta, como de paso, del amor exótico de mujeres de rostros bronceados. Una llega a interesarle: Bárbara, que le inspira dulcísimas endechas. Pero esto es apenas un capricho o, mejor, un desahogo de su ardiente naturaleza. Una mujer de su raza le apasiona luego: es una espiritual cortesana que tiene por nombre Gracia. Con ella derrocha los dineros que allegó en su expedición a las Molucas, y en medio de las saturnales de Goa es donde recibe la noticia de la muerte de doña Catalina de Ataíde, a quien él había ofendido en sus versos, por sospecharla infiel.

¡Catalina de Ataíde, la más grande pasión de su vida! El recuerdo de sus ojos azules ¡quién lo diría! aun sirve a Camoens de incentivo para un nuevo amor. Ahora es una española: aquella «rubia Dinamene de los ojos garzos»; «la cordera gentil»,—son también palabras suyas,—que él ama por parecerse a Catalina, y que murió al lado suyo en un postrer naufragio.

¿Fué ésta la última mujer a quien amó el poeta? ¡Quién sabe! En sus versos hay los nombres de otras, de épocas distintas de su vida: Beatriz, Leonor, Juana, Dominga, Ana, Inés. Grande, desmedido en todo, no podía sino serlo también en el amor. Tenía la tara erótica de la familia: uno de los Camoens del Algarve se había robado una monja de Odivelas, y otro Camoens, de Coímbra, asaltó, por causa de una mujer, el monasterio de religiosas de Santa Ana. La terrible ley de la herencia alivia, en cierto modo, a Luis de Camoens de la responsabilidad de sus excesos.

Pero, aquí surge otra vez la interrogación que antes me hice: esta hiperestesia sexual del «sauno rubio», ¿conviene a un devoto del amor platónico? ¿Lo era Camoens?

En sus versos, sí; no, seguramente, en su vida.

¿Implica esto una contradicción entre el hombre y el poeta?

Sí, hasta cierto punto, pero no inconciliable ni peregrina, porque la historia de la literatura ofrece muchos casos análogos, que denuncian, en algunos escritores, verdaderos desdoblamientos de la personalidad. En la vida vulgar misma, estas dualidades ingenuas no son raras. Por otra parte, queda por averiguar qué sirve mejor para apreciar la individualidad de un hombre: las ideas que expresa o los actos que ejecuta. Las primeras, si son constantes, hay motivo para creerlas sinceras y concebidas en una completa libertad de espíritu; los segundos están subordinados muchas veces a la fuerza mayor de agentes externos, que desvían su camino o provocan reacciones imprevistas. Como quiera que sea, no es posible, en último análisis, aplicar al genio el mismo rasero que al burgués.

Camoens continúa siendo la más alta figura intelectual de la literatura portuguesa, que toma en él su verdadero principio. Grandes escritores la han honrado: en lo antiguo, como precursores de Camoens, Sá de Miranda, Bernardino Riveiro, Gil Vicente, caro también a las letras españolas; en lo moderno, para no citar sino a los principales, que me son más conocidos, Almeida Garret., Alejandro Herculano, Antonio Feliciano del Castillo, Camilo Castello Branco, Anthero de Quental, Eca de Queiros, el insigne Oliveira Martins, Teófilo Braga, Guerra Junqueiro, Eugenio de Castro, Julio Dantas y otros muchos que ahora oigo aplaudir, pero que yo no he tenido ocasión de leer.

La celebración del cuarto centenario del nacimiento de Luis de Camoens, honra a la colonia portuguesa que vive entre nosotros. La honra como patriota y como comprensiva de los valores intelectuales de su raza; lo que, en la época que alcanzamos, no viene a ser una misma cosa. Hoy, el entusiasmo de los más no lo despierta el silencioso laborador de las obras del espíritu, y menos aún si ya está del otro lado de la vida. Ahora el músculo vence al cerebro. Esparta triunfa sobre Atenas. Por eso es, señores, por que la iniciativa de la colonia portuguesa de Santiago, para recordar en esta fecha al más grande de sus poetas, merece el aplauso de todos, y muy especialmente el de los que aun no nos damos por notificados del aviso de aquel buen fraile español a los que «se fatigan estudiando sin provecho, como la araña en urdir telas para cazar moscas».

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

Enrique Molina

La estética de Guyau

Crítica de la doctrina que deriva el arte del juego. Lo útil y lo deseable como manifestaciones de lo bello. La belleza en lo real, en la acción, en los movimientos y en el trabajo. Relación de los movimientos y de los sentimientos. Belleza de los sentimientos y de la voluntad. Coincidencia de lo bueno y de lo bello. Carácter social del arte.



o es posible dejar de simpatizar con las concepciones estéticas de Guyau aunque no se comulgue con ellas. Es grato de todas maneras seguir el vuelo de su rico espíritu que ya se eleva a grandes alturas, que ya penetra hondamente en la materia que estudia o critica, y siempre marcha olvidado de sí mismo y enamorado del ideal. Guyau es el filósofo de la simpatía y por una de esas justas reciprocidades de la sugestión y de la convivencia humana despierta en nosotros hacia él ese mismo sentimiento de que se halla henchido.

Las ideas de nuestro filósofo sobre lo bello y el arte son amplias, serias, arraigadas en las entrañas de las manifestaciones vitales y perfumadas siempre de amor. Se encuentra, por lo mismo, Guyau muy lejos de la sequedad constante de Croce; no hay tampoco en sus concepciones la grandeza constructiva de las teorías de Taine, pero igualmente se ven libres de la cierta rigidez dogmática que suele aparecer en estas últimas.

Las ideas de Taine en todos los asuntos que hace objeto de su especial investigación se presentan tan definidas, tan armoniosamente relacionadas unas con otras que el conjunto ofrece el aspecto imponente de un templo. Al penetrar en la filosofía de Guyau se experimenta también la sensación de recogimiento que ha de sentirse marchando por una mansión sagrada; pero no resulta esta impresión de la simetría del monumento que se va recorriendo sino del noble espíritu que palpita en todos sus ámbitos, y se apodera del visitante. Es tan bueno Guyau. Infunde elevación y serenidad, confianza y capacidad para el esfuerzo, ansias de verdad y de bien. No es propia en cambio de las lucubraciones de Guyau la regularidad arquitectónica. Las adorna insinuante elocuencia y elevada inspiración; pero al mismo tiempo son incompletas desde un punto de vista sistemático, vagas a veces y sus disquisiciones y análisis imperfectos en no pocas ocasiones. Estos defectos se notan sobre todo en su primer obra «Los

Problemas de la Estética Contemporánea», que adolece de falta de madurez. No desaparecen por completo; pero se presentan muy corregidos en la obra póstuma «El Arte desde un punto de vista sociológico».

Empieza Guyau por criticar algunas teorías que se hallaban en boga en su tiempo y que hacían del arte una derivación del juego. Kant había abierto la brecha en este sentido oponiendo netamente la idea de belleza a las de utilidad y perfección moral. Schiller había dicho que el arte era esencialmente un juego. El artista, según el poeta alemán, en lugar de adherirse a las realidades materiales, buscaría las apariencias y con ellas trataría de complacerse. La escuela de Schopenhauer considera también el arte como una especie de juego superior propio a consolarnos por algunos instantes de las miserias de la existencia. Spencer, aportando en su favor toda la envergadura científica de la teoría de la evolución, cree que los sentimientos estéticos se derivan de la impulsión al juego. Igual cosa sostiene Grant Allen, quien además agrega la selección sexual como motivo despertador de nuestro sentido de lo bello. Para este autor, por último, el juego consistiría en el ejercicio desinteresado de las funciones activas y el arte en el de las funciones receptoras.

Se ve por lo anterior, y dicho sea de paso desde luego, que los escritores que en nuestros días sostienen la teoría del arte entendido como un juego no nos han traído ninguna novedad (1).

Contra tales ideas se levanta Guyau. ¿Pero la estética no comienza en verdad sino con el juego? se pregunta nuestro filósofo. ¿Deja de ser bello todo lo que en nosotros hay de serio? ¿No puede toda acción que tiene su objeto fuera de sí misma, toda acción útil presentárenos como bella desde ese mismo punto de vista?

Para fundar su concepción estética Guyau examina primeramente las manifestaciones de lo bello a través de lo útil, de lo deseable, de la acción y de los movimientos.

En los objetos exteriores,—por ejemplo un puente, un viaducto, una nave,—dice, la utilidad constituye siempre, como tal, una cierta belleza; esta belleza se resuelve ya en una satisfacción de la *inteligencia*, que encuentra la cosa bien adaptada a su fin, y en una satisfacción de la *sensibilidad*, que encuentra ese fin agradable y goza de él.

El encanto de lo útil está pues a un tiempo en su carácter ingenioso y constantemente agradable. «La utilidad parece ser un primer grado de belleza». Tratadistas de la estética, como Ruskin y Croce, han sostenido ideas análogas, defendiendo la belleza propia de los objetos de uso corriente y de los utensilios siempre que hayan sido hechos sin amaneramiento y correspondan simplemente a los fines para que han sido fabricados. Esta puede ser una manera amplia de considerar la cuestión e importante para la valorización de la vida. Pero tales benéficas ideas no deben privarnos de hacer distinciones y evitar confusiones. Las

(1) Entre ellos figura destacadamente el filósofo español José Ortega y Gasset que quiere hacer del arte solo una forma de deporte.

cosas útiles no se nos presentan siempre con razgos de belleza, no se puede decir que lo bello sea un predicado necesario de lo útil.

El gran puente del Rhin en Colonia, el Puente Nuevo de París, el Puente Viejo de Florencia y el de Buda-Pest encierran elementos de belleza independientes de su utilidad. Una ánfora griega y un jarro de greda de nuestros campos pueden ser igualmente útiles para los efectos de trasportar y contener líquidos; pero respecto de su belleza ¡cuánta diferencia entre ellos! Asimismo dos sólidas encuadernaciones de libros son igualmente útiles y cabe que la una sea bella y la otra no. Lo bello suele, pues, incorporarse en lo útil como resultado de intencionado acierto de un artista, o talvez por una feliz casualidad; pero no es posible confundir los dos términos, no es posible desconocer ni aún en los objetos ordinarios el valor de las formas.

Al proceder como lo ha hecho Guyau ha incurrido en una especie de pragmatismo estético. Los pragmatistas de nuestros días, o sea William James y su escuela, han querido en el orden intelectual negar el valor propio de la verdad y reducir lo verdadero a lo útil. Vana empresa. Guyau sin pensar en encuadrar por su puesto todo lo bello dentro de lo útil, eleva la utilidad a la categoría de una de las facetas de la belleza, lo que justifica que se puede llamarle pragmatista en este sentido.

Como lo útil, lo deseable revistiría para Guyau, por el hecho de serlo, cierto carácter de belleza.

«Desear, amar (el amor se reduce en parte al deseo) ¿no es en cierto modo admirar?» se pregunta Guyau.

«Por nuestra parte creemos que un deseo, un amor cualquiera produce en todo nuestro ser una excitación difusa que es agradable y tiende a *devenir* estética, a condición de que el deseo no sea demasiado violento... La vida humana se halla dominada por cuatro grandes necesidades o deseos, que corresponden a las funciones esenciales del ser: respirar, moverse, nutrirse, reproducirse. Creemos que todas estas diversas funciones pueden recibir un carácter estético. La primera parece indiferente al principio; sin embargo hay pocas emociones más profundas y más dulces que la de pasar de un aire viciado a un aire muy puro como el de las altas montañas. Respirar ampliamente, sentir que la sangre se purifica al contacto del aire y que todo el organismo recobra actividad y fuerza, constituye un goce casi embriagador, al cual es difícil rehusarle un valor estético. ¿No ha cantado con razón la balada escocesa «al aire, al aire libre que azota el rostro y hace correr la sangre».

La función de la nutrición, tan íntimamente ligada a la precedente, no se halla desprovista de emoción estética. El sentimiento de la vida reposada, renovada, que brota por todas partes del fondo del ser, la sensación de la sangre que corre más ardientemente, el despertar del ser cogido directamente por la conciencia: todo esto constituye una armonía verdadera y profunda que lleva consigo cierta belleza...

Los colores y las formas que han gustado primeramente a los animales, han debido de ser aquellos de las cosas propias a servir de alimento. Entre las gen.

tes del pueblo y los hombres primitivos, la vista y el oído en lugar de decidir inmediatamente lo que es bello o feo, no hacen otra cosa que tomar nota del juicio de los demás sentidos. «¿Qué planta es esta tan bonita?» preguntaba una vez a una chicuela de los Pirineos.—No es nada, no se come», contestó.

Grant Allen cita el caso de un campesino de Hyeres que, felicitado a propósito de la hermosa vista que ofrecía su casa por el lado del mar, se volvió al lado opuesto, hacia un terreno plantado de coles, exclamando: «En efecto, hay aquí una magnífica vista.» La necesidad y el deseo, es decir, lo agradable, lo que sirve para la vida parece ser el criterio grosero y primitivo de la estética.

En los ejemplos aducidos por Guyau se toma por belleza el sentimiento que Lalo denomina «sentimiento anestético de la naturaleza», es decir, la impresión provocada por aspectos de la naturaleza que no son propiamente bellos. Y nada probaría en favor de la tesis de Guyau que el dictado de bello fuera aplicado a cosas que no lo merecen por gentes a quienes no se puede pedir claridad de conceptos en la materia. Guyau confunde nuevamente lo útil con lo bello, o lo agradable con lo bello.

La misma confusión se observa en el párrafo siguiente: «Es del mismo modo dulce y estéticamente agradable manifestar hacia afuera la vida interior. Mucho antes de las primeras manifestaciones del baile y de los movimientos hechos con ritmo la simple acción de moverse ha podido suministrar al hombre emociones de un género elevado».

«Si de las funciones de nutrición y de locomoción, continúa nuestro filósofo, pasamos a las de reproducción, su importancia bajo el punto de vista estético nos parecerá todavía más considerable. El amor, aún en la forma de deseo, ¿no es un elemento que, más o menos velado, desempeñó siempre un gran papel en la poesía? Entra también como elemento esencial en el placer que nos causan las bellas formas o los bellos colores de la estatuaria y de la pintura, los sonidos dulces, acariciadores o apasionados de la música. El tipo de la emoción estética es la emoción del amor, siempre mezclada con algún deseo. La belleza superior, diga lo que quiera Kant, es la belleza femenina; ahora las cualidades que encontramos más dignas de admiración en la mujer son también principalmente aquellas que despiertan en nosotros el deseo... El arte es, pues, ciertamente en gran parte una transformación del amor, es decir, de una de las necesidades fundamentales del ser. Considerar el sentimiento estético independiente del instinto sexual y de su evolución, nos parece tan superficial como considerar el sentimiento moral aparte de los instintos simpáticos. en que la misma escuela inglesa ve el primer origen de la moralidad».

En suma, concluye en esta parte nuestro filósofo, nada hay más inexacto que esa radical oposición establecida tanto por Kant y la escuela inglesa como por Cousin y Jouffroy, entre el sentimiento de lo bello y el deseo: lo que es bello es deseable *sous le meme rapport*.

En este punto, como hace poco al tratar de la belleza propia de las cosas útiles, creo necesario formular una distinción encaminada a no desconocer la objetividad y valor predominante del color y de la forma como elementos puramente esté-

ticos. Lo bello es deseable ha dicho Guyau. Está bien; pero lo deseable no siempre es bello; no existe identidad entre los dos términos, salvo que vayamos a parar a un individualismo desmenuzador y aceptemos como suficiente criterio estético el de cualquiera persona que desee algo. De esta suerte se diluiría el sentimiento de lo bello hasta hacerlo perder su carácter propio. Un cigarrillo, puede ser deseable y deseado con anhelo irresistible; pero confesemos que la virtud estética que encierra es nula. ¿Qué decir de una inyección de morfina para el morfinómano? ¿Se dirá tal vez que es bello lo deseable que acrecienta e intensifica la vida? Cualquier alimento, un trozo de queso, un beefsteak sirven más para el caso que un ramillete de cerezas. Sin embargo las cerezas son más bellas. Los evolucionistas fueron sin duda demasiado lejos al asentar lo bello sobre un pedestal exclusivo aparte de todo contacto con lo útil y lo deseable. Restringieron el contenido del concepto de belleza a lo que es solo la cúspide, la flor de un largo proceso. Guyau confusamente se colocó en el extremo opuesto.

La verdad está, me parece, en el reconocimiento de una escala de valores de belleza que asienta sus primeros tramos en el momento primitivo, borroso, en que lo bello apunta como vago esbozo en las manifestaciones del deseo y de lo útil hasta culminar en las creaciones de la belleza desinteresada y pura. Entre todas las partes de la escala hay una especie de movimiento circulatorio y de influencias mutuas. Si en la admiración de una obra superior de arte, de una Venus, de un paisaje de Watteau, de una danza, de un trozo de música puede palpitar como secreto y disimulado impulso el deseo, la pasión, en cambio, la hermosura de la línea de la forma y del color llegan a infundir rasgos de embellecimiento en las cosas útiles.

En la escala que acabamos de señalar, tenemos que recorrer todavía algunas partes acompañando a Guyau.

Primeramente veamos la influencia de la acción y de lo real sobre el sentimiento de lo bello. Si el arte es ante todo función contemplativa y se deriva del juego y de la ficción desinteresada es claro que la acción y lo real tendrán muy poco que ver con él.

Sabemos que Guyau se alza contra estas ideas. «El arte, dice, es acción no menos que pasión, por lo mismo que es deseo no menos que placer, necesidad real no menos que juego y virtuosidad». La acción intensificaría el sentimiento de lo bello. «Jamás me he sentido tan penetrado de la sublimidad del cielo, continúa nuestro filósofo, como cuando he subido con esfuerzo una empinada montaña, momento en que uno se imagina, por decirlo así, ir penetrando en el cielo mismo, conquistarlo a cada paso con energía, y el deseo de infinito a medida que se satisface se va despertando en uno con más intensidad» (1).

La importancia de la acción en el sentimiento de lo bello tiene una conse-

(1) Aquí se nos presenta otra vez la confusión en que incurre Guyau del sentimiento de la naturaleza con la obra artística, que es el punto de partida de su razonamiento.

En el caso actual como la naturaleza puede ofrecer un aspecto realmente bello ha despertado un sentimiento que es pseudo-estético.

cuencia que es menester observar: consiste en que la ficción, no es, como se ha pretendido, una de las condiciones necesarias de lo bello. Schiller y sus sucesores, reduciendo el arte a la ficción, toman por cualidad esencial uno de los defectos del arte humano, que es no poder reproducir la vida y la actividad verdadera. Suponed, empleando ejemplos algo lejanos, las grandes escenas de Eurípides y de Corneille vividas ante nosotros en lugar de ser representadas; suponed que asistís a la clemencia de Augusto, a la vuelta heroica de Nicomedes, al grito sublime de Polígena, ¿perderían su belleza estas acciones o estas palabras por el hecho de ser ejecutadas o pronunciadas ante nosotros por seres reales, vivos y palpitantes?

Eso sería como decir que tales discursos de Mirabeau o de Dantón, improvisados en una situación trágica, debieran haber producido sobre los auditores menos impresión de la que producen sobre nosotros. Igualmente la Venus de Milo debería al mármol y a su inmovilidad el ser bella. Si sus ojos vacíos se llenasen de luz interior y si la viésemos avanzar hacia nosotros, cesaríamos de admirarla... Como si el voto supremo, el ideal irrealizable del artista no fuere insuflar la vida en vez de modelar.

Llevado de su entusiasmo, Guyau no distingue. Demos por sentado, en primer lugar y en favor de Guyau, que los discursos de Mirabeau y Danton debieron producir más impresión en el momento en que fueron improvisados que ahora; pero es menester convenir en que las mismas cosas representadas en el arte y vividas en la realidad llevan al ánimo muy diversas impresiones y que es poco menos que imposible que las últimas superen a las primeras desde un punto de vista puramente estético. La mera representación artística despierta en nosotros una emoción que sólo indirectamente toca a nuestros intereses y pasiones. La emoción puede ser muy intensa, pero el arte no reclama más de nosotros por el momento. A la larga, en verdad emociones artísticas continuadas dan lugar a orientaciones de la voluntad y a actos ejecutados en un sentido consecuente al de las emociones recibidas. Entre tanto, la impresión producida por los hechos reales no permite quedarse en la actitud simplemente contemplativa y reclama, por lo general, una acción inmediata, que no es propiamente estética. El artista, es claro, que anda a la busca de casos, aprovecha estos instantes para registrar anotaciones y permanece hasta cierto punto contemplativo; pero esta es la situación excepcional del profesional del arte. Podríamos concluir y habría que conceder bastante para hacerlo, que un dramaturgo presenciara sin intervenir el asesinato de una mujer por su marido celoso. La casi totalidad de los hombres acudirían en cambio con presteza a impedir el crimen. Esa misma totalidad en el teatro verá algo de vibrante y grande en la muerte de Desdémona bajo el puñal de Otelo.

Cuando José, ciego de furor y de despecho, persigue a Carmen y la mata, sentimos otras emociones, pero siempre dentro del área contemplativa del arte. Aquí la mujer es culpable y ha destrozado la vida de un buen hombre que la adoraba. Pero no es propiamente la indignación la que nos mueve; sentimos el encanto satánico de la mujer malvada y seductora y confraternizamos con el

hombre que ha tenido ante todo corazón. Hervor de pasiones encontradas nos agita y experimentamos algo de que en tanta intensidad hemos estado exentos en nuestra propia existencia. Medimos el abismo sin peligro. En la vida real, Carmen nos causará más indignación, José más desprecio, le gritaremos «Hombre, no sea bárbaro» para detener su puñal vengador, y llamaremos a la policía, sin pensar mucho en los elementos artísticos que contenga el caso.

¿Y que decir del ejemplo de la Venus de Milo elegido por Guyau? Que está muy bien elegido para probar precisamente lo contrario de lo que él desea. «Si sus ojos vacíos se llenasen de luz interior y si la viéramos avanzar hacia nosotros ¿cesaríamos de admirarla?» protesta nuestro filósofo. Seguramente no cesaríamos de admirarla, pero sería de temer que la admiráramos de otra manera. En ambos casos había impresión de belleza, pero distintas. La sugerida por el mármol irá nimbada de serenidad, de pureza, de comprensión de la armonía, de las líneas y de las formas de una mujer hermosa. En tanto que la misma mujer hermosa hecha carne y con «los ojos animados por luz interior» avanzará hacia nosotros como la suprema fuerza triunfadora, aventará nuestra serenidad como leve cendal y probablemente encenderá en nuestro corazón la angustia de la pasión o del deseo. La miraremos siempre como una maravilla, pero como maravilla deseable de la cual quisiéramos ser dueños. Esto es lo más probable y tal probabilidad priva al sentimiento que podemos experimentar de su elevado y puro carácter estético.

Con lo dicho recogemos algo que habíamos dejado pendiente a propósito de las relaciones entre el instinto sexual y el sentimiento de la belleza. Guyau ha tenido razón al decir que no se puede considerar al sentimiento estético sin conexión con el instinto sexual; pero esto es así a condición de que el instinto sexual, el deseo, se mantenga como una fuerza subconsciente. Desde el mismo momento en que el deseo hace su aparición perturbadora en la conciencia se desvanece la contemplación estética del objeto deseado. Hay sutiles relaciones entre lo sexual y lo sensual. Podemos ilustrar esta idea examinando lo que ocurre en el baile. Nadie negará que el baile pueda ser un placer social puro. Sin embargo, en lo subconsciente del placer que proporciona obra sin duda un motivo sexual. Un joven no baila ordinariamente con un amigo, por mucho que lo quiera, sino con una amiga; pero desde el instante que asoma en alguno de los danzantes el aguijón de la sensualidad se esfuma el placer del baile como tal y queda sólo el punzante estímulo del deseo. Lo propio sucede en la estimación de la belleza. El imperio del deseo lo hace imposible. De manera que llegamos a una conclusión enteramente contraria a la sustentada por Guyau. Para que el deseo constituya un antecedente en la estimación de la belleza es menester que obre escondido en la zona de lo subconsciente.

Mas aún. Suponiendo que haya hombres que conserven ante una mujer desnuda la misma actitud que ante una estatua, ¿por qué hemos de considerar únicamente al hombre como cartabón de estos valores? ¿Sería de afirmar que cualquiera mujer podría conservar igual actitud de contemplación tranquila y estética ante un mármol que representa la hermosura de su sexo y ante esa misma her-

mosura, viva, palpitante y desnuda? Sin motejarla de pacata o atrasada comprenderemos que es perfectamente natural que el pudor y otros sentimientos conexos le impidan mantenerse en un mismo estado de ánimo en ambos casos. La realidad sugiere una impresión más viva, más despertadora de facultades activas, pero menos estética, menos pura que la debida a la simple representación.

• • •

Consecuente con su idea de lo bello y más que todo con su hondo sentido ético, Guyau encuentra más belleza en los movimientos del trabajo que en los del juego. El pensamiento de Schiller de que el hombre no es completo sino cuando juega, lo enmienda nuestro filósofo diciendo que el hombre no es completo sino cuando trabaja.

«En general todo trabajo, que se justifica racionalmente, encierra elementos estéticos, en tanto que desagrada a la inteligencia que lo inútil sea objeto de la voluntad. El juego, el ejercicio frívolo de la actividad, lejos de ser el principio de lo bello, lleva en sí mismo algo de antiestético; y para excusarlo es menester que veamos en él una expansión loca y pasajera de la actividad, una especie de descanso nervioso útil a su vez en ciertos momentos».

Y agrega poco después esta proposición más ética que estética: «El trabajo es el que hace la superioridad del hombre sobre el animal y del hombre civilizado sobre el salvaje».

No obstante Guyau ha sido fino y penetrante para indicar los elementos de la belleza en los movimientos. Estos elementos serían la fuerza, el orden o el ritmo y la gracia. «Experimentamos un placer estético en sentir nuestro vigor, en ejercitar nuestra energía contra cualquier obstáculo o en contemplar a los demás ejercitando la suya. El ritmo es la adaptación del movimiento a su medio y a su objeto, es una economía de fuerza y una manera de conservarla lo más grande posible al frente de las resistencias. ¿Y qué movimiento nos da cuando lo ejecutamos o admiramos la impresión de la gracia? Aquél en que todo esfuerzo muscular parece haber desaparecido, en que los miembros juegan libremente como llevados en el aire. De aquí la superioridad del movimiento curvilíneo. La línea curva formada por una infinidad de líneas que se van fundiendo sin interrupción la una en la otra es como el esquema de un movimiento en que muy poca fuerza se pierde, en que ningún músculo lleva a cabo un trabajo inútil. Al contrario, movimiento torpe y desmañado es aquél que implica un cambio brusco de dirección, que tiene algo de anguloso y revela una pérdida demasiado grande de fuerzas o el exceso en el esfuerzo muscular».

¿Por qué no se atuvo Guyau a su acertado análisis y dijo simplemente, sin distinguir entre cosas de juego o de trabajo, que eran bellos los movimientos que llevaban como resortes ocultos la fuerza, el ritmo y la gracia?

Por espíritu de sistema, causa muy frecuente de error en toda materia, y por sentimiento moral, causa muy común de error en cuestiones estéticas. Guyau no ha querido dejar de enaltecer el valor primordial de lo serio en la vida y del

trabajo, propósito muy laudable, pero que en este caso, como antes su afán de enaltecer lo real en todo momento, lo ha hecho caer en inexactitudes. La verdad es que hay movimientos, tanto en el trabajo como en el juego, que pueden producirnos una impresión de belleza por la acción de los caracteres de que hemos hablado y sin tomar en cuenta la utilidad de los movimientos. Además la distinción resulta improcedente, porque no pocas veces encontramos juegos que son verdaderos trabajos y trabajos que no son más que juegos. Casi todos los deportes, el tenis, el balompié, el golf, el remo, la pelota, la carrera, exigen más preparación y más esfuerzo que muchas pequeñas ocupaciones lucrativas. Para el dactilógrafo adiestrado, escribir a máquina es un juego; y también lo es para el suplementero vender diarios. La utilidad o inutilidad de un movimiento muy poco tiene que ver con su belleza. La dignidad y nobleza del trabajo es un valor de otra esfera, que si bien lleva indudablemente en sí hermosura moral, es del todo ajena a la belleza que puede acompañar o no a los movimientos que comporta. Pocos animales menos útiles y aún más perjudiciales a veces que un caballo de carrera; y, al contrario, pocos más útiles que el pobre caballo que tira del carretón en que una viejecita reparte todas las mañanas legumbres y otros comestibles. Ver más belleza en los movimientos del útil caballo que en los del frívolo caballo de carrera sería el colmo de la obsesión. Ahora, mirad un tranvía. Todos los movimientos de la triste conductora son útiles y necesarios, pero generalmente flojos y desgarrados, no despiertan ni remotamente en nosotros una impresión de armonía. En cambio, contemplad esa dama que acaba de descender de él. Es una dama elegante que no trabaja. Cuánta gracia misteriosa en su andar natural, rítmico y ondulante. Como se desprende de ella un vaho de armonía que nos embriaga suavemente y nos paraliza en una admiración placentera. Y esa cadencia seductora del andar carece de toda utilidad: no es más que la manifestación soberana de una de las bellezas de la vida. Tenemos que creer, pues, en la dulce inutilidad de algunas encarnaciones de lo bello.

* * *

Buscando un sentido espiritual a los movimientos, Guyau llega a establecer relaciones muy interesantes y acertadas entre ellos y los sentimientos y la voluntad. Es una manera de pensar semejante a la de Emerson, cuando decía que toda belleza es orgánica, o sea, que el cuerpo revela en sus actitudes y gestos la naturaleza y el estado del alma. «La belleza superior de los movimientos es, pues, dice Guyau, una belleza prestada; viene de más adentro; debemos elevarnos a la esfera de la voluntad y del sentimiento para encontrar la explicación de ellos. Por efecto del hábito y de la asociación, todo movimiento ha concluido por representar para nosotros un sentimiento, un estado de conciencia; toda manifestación de la vida exterior ha pasado a ser a nuestros ojos una manifestación de la vida interior. Desde este nuevo punto de vista, la belleza de los movimientos se encontraría sobre todo en la *expresión* y crecerá a medida que el movimiento traduzca más bien hacia afuera una vida más elevada, más intelectual y más

moral... La fuerza, primera cualidad del movimiento bello, se encuentra ligada a sentimientos de toda especie, como por ejemplo, la confianza en sí mismo, la seguridad, el valor. La fuerza física es la energía moral en germen. La fuerza adorada por la humanidad primitiva, ha sido, no sin razón, considerada como la primera virtud y fuente de muchas otras. Ella ha adquirido así un valor expresivo que figura hoy como elemento esencial de cierta belleza».

«El orden o el ritmo, segunda cualidad del movimiento es más expresivo aún. Gracias a él, el movimiento hecho regular, se ofrece como objeto de la inteligencia y parece el mismo manifestarla. El ritmo no es solo, cual se ha demostrado, la consecuencia de la continuidad del movimiento y de la persistencia de las fuerzas; sobre eso debe considerársele como el signo de la perseverancia del querer y su armonía simboliza para nosotros el acuerdo de la voluntad consigo misma».

«En cuanto a la gracia, es algo más que una simple economía de fuerzas, según la única definición dada por Spencer; ella expresa esencialmente también un estado de voluntad. En los seres vivos los movimientos graciosos se hallan siempre más o menos asociados a la alegría y a la benevolencia. La alegría es la conciencia de una vida plena y en armonía con su medio; ahora cuando hay armonía existe por este mismo hecho, tendencia a la simpatía. La gracia es la expresión visible de estos dos estados: la voluntad satisfecha y la voluntad inclinada a satisfacer a los demás... En fin, la gracia es siempre abandono, don de sí, y uno no se entrega plenamente si no cuando ama... Podemos, pues, decir con Schelling que la gracia es ante todo la expresión del amor y que por lo mismo, ella lo excita. La gracia parece amar y por esto se la ama. Antes de haber sentido algo del amor la joven no posee aún la suprema gracia. Puede tener como el niño la gracia de la alegría, pero no todavía la de la ternura.

«En general la fuerza representa el lado viril de la vida y la gracia más bien el lado femenino. Si la belleza suprema de los movimientos, ha de sumir sus raíces, en una gran intensidad de vida, cabe decir que ella se alcanzará aleando la fuerza y la gracia como expresiones de la voluntad más enérgica y más dulce. Esta voluntad, observémoslo bien, no puede ser la que se entretiene en la superficie de las cosas, sino la que, tomando en serio a los demás y de igual modo a sí misma, pone todo su poder al servicio de toda su ternura».

«Si los movimientos toman la mayor parte de su belleza de los sentimientos, ¿en qué consistirá la belleza de los sentimientos mismos?—En la conjunción también de la fuerza, de la armonía y de la gracia, o sea en una voluntad que se revela de acuerdo con su medio y con las otras voluntades. Ahora estos son caracteres que convienen al bien al mismo tiempo que a lo bello y nos vemos de esta suerte conducidos a preguntarnos si en la esfera de los sentimientos existe alguna diferencia real entre estos dos términos... Contra lo que han sostenido Spencer y Kant, que han puesto empeño en distinguir con cuidado lo bueno y lo bello, nos parece al contrario que la voluntad que ejecuta un acto de patriotismo, por ejemplo, es no solo bella, sino buena en la misma proporción en que es bella».

Continúa Guyau desarrollando con amplitud su tesis. En otro párrafo más adelante dice: «El arte vive en suma gracia a los mismos sentimientos de que vive la sociedad, que son los simpáticos y generosos». Y luego; «Para permanecer en lo eterno no es bueno colocarse en la inmoralidad». Y concluye esta parte así: «Llegamos, pues, a conclusiones muy distintas a las de la escuela inglesa: en lugar de separar en el dominio de los sentimientos, como en los demás campos, lo bello y lo bueno, lo bello y lo serio, creemos que en esa esfera se confunden. La belleza moral es todo lo contrario de un ejercicio superficial y sin objeto de la actividad. Asimismo, desde un punto de vista científico los sentimientos, las inclinaciones, las resoluciones son bellos en cuanto sirven al desarrollo de la vida en el individuo y en la especie».

Para evitar cualquiera mala interpretación de las ideas de nuestro filósofo recordemos que él dice: «Si todo sentimiento moral es estético y recíprocamente no se sigue de aquí, entendámoslo bien, que una obra de arte de intención moral sea necesariamente bella, ni que el arte se confunda con la dirección de la vida».

Esto es importante: a pesar de todo lo dicho anteriormente no debemos identificar el arte con la moral, lo bello con el bien.

Pero creemos que conviene más claridad en esta materia. Guyau ha dejado establecida la diferencia del bien y de la belleza en todo terreno menos en el de los sentimientos y de las acciones. Aquí se confundirían: toda acción y todo sentimiento bueno sería por el mismo hecho bello, y, a la inversa, una acción y un sentimiento no serán bellos si no son buenos. En este punto es necesaria una distinción. Lo dicho es obvio limitándolo exclusivamente a las cosas de la vida. No podemos negarle su aureola de belleza a todo sentimiento y acción buenos por más sencillos y modestos que sean; y apenas es menester decir que es muy difícil que nos parezcan bellos un sentimiento malo o una acción mala. Pero en las ficciones del teatro, de la novela, de la poesía y de la pintura tales sentimientos y acciones pueden producirnos una impresión artística. Así nos ocurre con los desmanes de un bandido, los engaños de un seductor, o la pasión de una mujer adúltera. Hasta una alcahueta puede ser una figura artística. Parece apenas necesario decir que es natural que aceptemos más en la ficción que en la realidad. Desde luego por que es la única manera que tenemos de ponernos en contacto con las formas de vida de que la moral nos aleja, de vivir en cierto sentido estos modos de ser que suelen tener más intensidad que los ordinarios. Admiramos también la habilidad o el genio del artista que sabe presentarnos estereotipados y de relieve caracteres y hechos que nosotros no habíamos delineados con igual nitidez. Bien entendido que al hablar de ficciones no queremos decir que las creaciones del arte vayan a carecer de realidad o verosimilitud. La moral y el arte tienen que ver con la vida; pero de distintas maneras. La moral sería la vida canalizada por la herencia y las conveniencias sociales; el arte sería simplemente la vida en toda su amplitud incorporada con expresión acertada en los elementos que dispone el alma humana.

Llega por último Guyau a formular su teoría general de estética.

Lo bello se puede definir de la manera siguiente: es una percepción o una acción que estimula la vida en sus tres formas de sensibilidad, inteligencia y voluntad y produce placer por la conciencia rápida de este estímulo general. Un placer que fuese, por decirlo así, o puramente sensual o puramente intelectual, o debido a simple ejercicio de la voluntad, no podría alcanzar un carácter estético. Pero la verdad es que no existen placeres tan exclusivos y sin resonancia, y menos todavía entre los de un orden superior como son los de índole intelectual.

Así, pues, en materia de emoción nada de lo que sea superficial y parcial, nada de lo que toque solo a un orden determinado sin llevar sus vibraciones hasta el fondo mismo del ser merecería en realidad el nombre de bello. Guyau cree encontrar aquí una buena oportunidad para atacar a la teoría del juego porque lo propio de este sería interesar solo a la facultad o al orden que se ejercita y dejar indiferente el resto del ser. Nosotros pensamos que Guyau, sin perjuicio de lo sólida que es su concepción en lo esencial, se ha equivocado una vez más en sus críticas; se ha pasado al otro lado. Si para que al juego se le reconozca carácter estético se necesita solo que sea capaz de interesar a todo el ser con la actividad que procura podemos asegurar que ha triunfado. Afirmar lo contrario es un manifiesto error psicológico. Pocas cosas logran absorber de una manera tan completa al individuo como el juego en sus diferentes formas, ya sea la deportiva ya la de azar.

Guyau pone término a la exposición de sus conceptos generales con la siguiente hermosa perspectiva:

«Puesto que lo bello y lo agradable solo se encuentran separados por diferencias de grado y de extensión, he aquí lo que tiende a producirse y se producirá siempre más y más en la evolución humana. El goce aún físico, haciéndose sin cesar más delicado y fundiéndose con ideas morales, se hará al mismo tiempo más estético; se divisa como término ideal del progreso un día en que todo placer será bello, en que toda acción agradable será artística. Nos pareceremos entonces a esos instrumentos dotados de tan amplia sonoridad que no se les puede tocar sin arrancar de ellos sonidos de valor musical: el más ligero choque nos hará resonar en lo más hondo de la vida moral».

«En los comienzos de la evolución estética, entre los seres inferiores, la sensación agradable es grosera y enteramente sensual; no encuentra un medio intelectual y moral en que poder propagarse y multiplicarse; el animal no hace distinción entre lo bello y lo agradable. Si el hombre introduce en seguida entre estas dos cosas una distinción más o menos artificial es porque aún en sus emociones predomina lo animal sobre lo humano. Por otra parte, los placeres intelectuales mismos no nos parecen merecer siempre el nombre de estéticos, porque no alcanzando en todo caso hasta la esfera de los instintos simpáticos y sociales, suelen producir solo un goce superficial. Pero, inspirándonos en la propia doctrina de la evolución, nos es dado prever un tercer y último período de progreso en que todo placer contenga, además de elementos sensibles, elementos intelectuales y morales, y signifique, no solo la satisfacción de un órgano determinado, sino la del individuo moral entero; mas aún, el placer de la especie representada en ese individuo. Entonces se realizará

de nuevo la identidad primitiva de lo bello y de lo agradable, pero será de lo agradable incorporado, por decirlo así, en lo bello. El arte se identificará con la existencia, y, por la amplitud de nuestro espíritu, seremos capaces de sentir continuamente la armonía de la vida, y cada una de nuestras alegrías tendrá el carácter sagrado de la belleza» (1).

Dando cierta concreción a su teoría vital de la belleza, Guyau considera en otra de sus obras el carácter especial de lo bello, y, por añadidura, la función social del genio.

El sentimiento de lo bello, dice, no es más que la forma superior del sentimiento de la solidaridad y de la unidad en la armonía; es la conciencia de una sociedad en nuestra vida individual. Si de los rudimentos de lo bello nos elevamos a su más alto desarrollo, el lado social de la belleza va creciendo y concluye por dominarlo todo. La solidaridad social y la simpatía universal son el aliento de la más alta y más completa emoción estética.

No hay emoción estética sin una emoción simpática y esta no es concebible sin un objeto con el cual entre en sociedad de alguna manera, que se personifique y se revista de cierta vida. En consecuencia, no existe emoción estética fuera de un acto intelectual que mira las cosas como seres vivos y a los animales con caracteres humanos.

La emoción artística es una emoción social que nos permite experimentar una vida de alguna suerte análoga a la nuestra; al placer directo de las sensaciones agradables (sensación del ritmo de los sonidos o de la armonía de los colores) se agrega el placer que obtenemos con la estimulación simpática de nuestra vida en la sociedad de los seres evocados por la imaginación del artista. Todas las artes en el fondo no son otra cosa que maneras múltiples de condensar la emoción individual para hacerla inmediatamente trasmisible a otro, para hacerla social en cierto sentido. El interés mismo que tomamos en una obra de arte es la consecuencia de una asociación que se establece entre nosotros, el artista y los personajes de la obra; entramos a una sociedad nueva cuyos afectos, placeres y penas compartimos.

En resumen, el arte es una extensión, por el sentimiento, de la sociedad a todos los seres de la naturaleza, aún a los seres concebidos sobre la naturaleza, y, en fin, a los seres ficticios creados por la imaginación humana. La emoción artística es, pues, esencialmente social; tiene por resultado ensanchar la vida individual haciéndola que se confunda con una vida más vasta y universal. El más alto objeto del arte es producir una emoción estética de carácter social (2).

No es difícil acentuar los caracteres esenciales de esta exposición haciendo al mismo tiempo las observaciones y distinciones necesarias. Al infundir un soplo de vida en todas las cosas, el arte viene a convertirse en una especie de panteísmo. Se diferencia del panteísmo filosófico religioso, en cuanto no tendería a formular una explicación del universo ni a concebir poderes cuya gracia le interesa conquistar,

(1) Les Problemes de l'Esthétique contemporaine.—Liv. I.—Chap. VII.

(2) L'Art au point de vue sociologique, Chap. I.

sino que esa alma de las cosas sería simplemente una creación de la simpatía y una fuente de goces por la misma causa.

En esta virtud constituye una forma de solidaridad social. Sin duda lo es cuando un grupo de personas rinden su tributo de admiración a una estatua, a un cuadro, a un poema, un drama o una pieza musical: el arte teje un lazo de unión entre ellos. Pero en cuanto a la materia del arte, es posible que lo que más reclama el ejercicio de nuestros sentimientos de solidaridad actual como ser los detalles de nuestra vida moral, política y profesional, no le subministren sus más puros asuntos. Sin negar los valores estéticos que los detalles de nuestra vida cotidiana pueden ofrecer a la explotación del artista, es preciso, sin embargo, reconocer que llevan consigo el pecado de hallarse demasiado unidos a nuestros intereses presentes, a nuestras luchas, y esta circunstancia los coloca en una situación de relativa inferioridad estética respecto de las cosas del pasado y aún del porvenir, que se nos presentan nimbadas de idealidad. Es más fácil encontrar las vinculaciones de la pura solidaridad artística trabadas con las reliquias y evocaciones del pasado y con las ensoñaciones del porvenir que con las ansiedades del presente, así como es natural que en los reclamos de nuestra solidaridad presente predominen las voces de la ética y del derecho.

Lo que dejamos expuesto son los principios generales de la estética de Guyau.

A manera de corolarios trata además en capítulos muy interesantes de su obra póstuma de la crítica literaria, del realismo, de la novela psicológica y social, de la introducción de las ideas filosóficas en la poesía contemporánea, del estilo de la literatura de los decadentes etc.

Respecto del crítico insiste en los sentimientos de sociabilidad y simpatía que deben inspirarlo; como ha de compenetrarse del autor, sentirse inclinado a admirar, a gozar de la belleza y perdonar los pequeños defectos.

Al tratar de la novela, hace ver Guyau el carácter social y psicológico que ha tomado en el siglo XIX; pero ataca rudamente el naturalismo, sobre todo en la forma que reviste en Zola, por considerarlo incompleto, parcial, estrecho y deformador de la naturaleza humana.

Demuestra luego el valor esencial que las ideas filosóficas, religiosas, morales y sociales han tenido en la poesía contemporánea. Defiende con calor a Hugo de los cargos que le ha hecho la crítica de ser un poeta sin ideas. Estudia a los demás románticos (Lamartine, A. de Vigny, A. de Musset) a los parnasianos y demás poetas posteriores (Leconte de l'Isle, con cuya frialdad marmórea no comulga, Sully Prud-homme, el poeta más filosófico de nuestros días, Mme. Ackermann y Richepin cuyas «Blasfemias» condena severamente).

«La teoría del arte por el arte, dice, bien interpretada, y la teoría que asigna al arte una función moral y social son igualmente verdaderas y no se excluyen» «Que un verso tenga una buena forma no es todo; es necesario absolutamente para que tenga perfume, color y sabor que contenga una idea, una imagen o un sentimiento. La abeja construye artísticamente las seis paredes de su alvéolo de cera y luego lo llena de miel. El alvéolo es el verso; la miel es la poesía.»

«Si el misterio no puede ser completamente esclarecido, nos es sin embargo imposible no formarnos una representación del fondo de las cosas, no respondernos a nosotros mismos, en medio del silencio hostil de la naturaleza. En su forma abstracta esta representación es la metafísica; en su forma imaginativa es la poesía, que junto con la metafísica, reemplazará más y más a la religión. He aquí porque el sentimiento de una misión social y religiosa del arte ha caracterizado a todos los grandes poetas de nuestro siglo...El día en que los poetas no se consideren más que cinceladores de pequeñas copas de oro falso, donde no se encuentre ni un solo pensamiento que beber, la poesía no tendrá de sí misma más que la forma y la sombra, el cuerpo sin alma; estará muerta».

«Importa, dice más adelante, mostrar esta evolución en estos momentos de decadencia poética en que todo se reduce a juegos de la forma».

Esta tendencia que combatía Guyau, lejos de debilitarse, se ha acentuado en nuestros días. Nuestro filósofo se halla en el polo opuesto al que ocupa la orientación del momento presente en que los artistas, buscan la deshumanización del arte, quieren hacer del arte un juego y una mera combinación de elementos formales. ¿Qué dirá el porvenir? Pienso que por el camino de despojar al arte de todo contenido intrínseco no se hace obra verdadera y que aún no será ese un camino que podrán recorrer por mucho tiempo los artistas. Vendrán nuevas finalidades que pugnarán por darle un sentido sustancial a la creación artística.

No es admisible tampoco que el artista mismo, desde el punto de vista de su actividad propia, de su técnica, considere el arte como un juego, o como un deporte, según quiere J. Ortega y Gasset. Para un artista su actividad como tal es lo más serio de su vida misma, es la realización de una misión sagrada. Pero para el investigador de la estética cabe que sea un buen método considerar la belleza en sí misma, como una creación espiritual de valor propio. Deberá ahondar por abstracción en el concepto de lo bello, aplicar a su estudio el método de observación y el método experimental iniciado por Fechner. Armado de estos instrumentos entrará el investigador a discernir las relaciones que puedan establecerse entre lo bello y lo útil, lo deseable y lo agradable, entre la belleza y los valores sociales y morales.

En resumen hemos encontrado en nuestra incursión por las dos obras sobre arte de Guyau las ideas y sentimientos que insinuábamos al empezar. Es verdad que la estética de nuestro filósofo carece de una completa sistematización, que son frecuentes en ella las confusiones de la belleza natural con la belleza artística y que son poco claros los análisis con que trata de probar que la belleza es don de lo útil, de lo deseable, del trabajo y de todo lo que reviste valor moral o social; pero no cabe negarle su elocuencia, su elevada inspiración, su constante obediencia a los dictados de la simpatía y del amor, y su hondo sentido de seriedad que lo lleva a enaltecer todo lo que reviste importancia para la vida moral y social.

ENRIQUE MOLINA.

Amanda Labarca H.

Un estudio sobre el feminismo en Chile



L Consejo Nacional de Mujeres de Chile que he tenido la honra de presidir, ha alcanzado no ha mucho que 14 Diputados, representantes de todos los partidos políticos, suscriban y patrocinen un proyecto de ley que tiende a mejorar la situación jurídica de nuestras mujeres.

Aseguran los estadistas que el derecho se basa en los hechos y que son leyes eficaces tan sólo aquellas que vienen a consagrar las costumbres. ¿Tenemos en Chile usos y costumbres nuevas que necesiten ser legalizadas y reglamentadas por nuevas leyes? Y de existir tales usos ¿habrán las leyes de restringirlos o de fomentarlos? Este es el tema que trataré de estudiar ante vosotros.

Entre algunas familias en extremo pudientes y entre alguna que otra protegida bajo los hospitalarios aleros de nuestras grandes casas campesinas, se conservan todavía restos de la organización familiar de 1850, de aquella que vivió el genial humanista, don Andrés Bello y que hubo de inspirar, en parte, el Código Civil que aún nos rige.

Su jefe no era el padre, sino el patriarca. Abuelo las más de las veces, congregábanse a su lado las hijas, las nueras, los yernos, junto con la prole rumorosa de los nietos. Si alguna de ellas no casaba, vestal ante el fuego doméstico, quedaba allí protegida y amparada por la familia. Si enviudaba alguna, no había que temer mayores infortunios, ni más amargos desamparos para los pequeños huérfanos. El sitio de todos estaba asegurado en el amplio hogar.

Esta comunidad protegida por el amor, la sabiduría o la prudencia del patriarca, conocía menos desgracias individuales que nuestras familias de hoy. Las dificultades de alcoba, las rencillas fraternas, suavizábanse ante el influjo cariñoso del abuelo. Representaba la tradición de paz; él, que había vivido más, sabía aconsejar, amonestar, inflingir castigos y aún perdonar mejor. En sus manos, enriquecidas de experiencia, se reunían el prestigio de la autoridad moral y la fuerza del poder financiero de los suyos. Él dirigía y manejaba la común hacienda. Autoridad moral y poder material aseguran la base de un gobierno sólido. Y su gobierno era respetado en los límites de su hogar, como el de un rey en las provincias de su monarquía.

A su lado, había también un sitio de honor para la dulce reina de cabellos canos. En su sumisión, en su recato, era el límpido espejo en que se miraba la familia. Se hubiera dicho que no hacía otra cosa en la vida que amar a su dueño y ser adorada de los suyos. Pero no, que dirigía ella una colmena de diligentes abejas. Es una fábrica de múltiples talleres la gran casona patriarcal. Abunda allí el trabajo para todas las manos femeninas industriosas y leves. Se carda, se hila, se urden telas, cobertores, ponchos y tapices; se vacian allí mismo los cirios de las desposadas, los velones de los días de sarao, las chisporroteantes y amarillentas lágrimas de los funerales. En otoño, en corro ante las grandes cosechas de los frutos, se desgrana el maíz; se preparan los descorazados, los huesillos, los orejones apetecidos de la chiquillada y el dulce arropo. En invierno se cose, se teje, se borda en las veladas largas, tan gratas al menudo y retozón pelambrillo, cuchicheado en voz baja para no apagar las notas cristalinas del clavicordio, ni turbar la lectura sosegada del abuelo.

¡Qué necesidad podían sentir estas mujercitas hacendosas, siempre ocupadas en sus múltiples faenas caseras, de una educación humanista! No vivían ellas para el mundo sino para gloria y dulcedumbre del ancho nido que las vió nacer!

Esa fábrica-nido no sólo formaba un reino por el régimen jurídico que le reglaba. Lo era también, y de los mejores, porque constituía un centro autónomo de producción y de trabajo. Bastaban las labores de ellos mismos a subvenir a sus propias necesidades. Lo que se mercaba del exterior era cosa insignificante comparada con los productos domésticos.

Sancionó la ley esas costumbres. Nuestro Código Civil robustece la autoridad del hombre, jefe de la familia. Le concede derechos tan amplios como eran amplias sus responsabilidades; hizo de la mujer, lo que era realmente, una menor, una eterna protegida. La minoría de ésta es un *derecho* que la ley concede a la mujer, derecho que está asegurado por un *deber* del hombre: la protección. Bien claro lo estipula el art. 131 del Código Civil:

«La mujer debe obediencia al marido; éste protección a la mujer».

Tal protección se extiende a la parentela. Según el Art. 321 de la misma compilación, se deben alimentos al cónyuge, a los ascendentes y descendientes legítimos, a los padres naturales, a los hijos naturales y a su posteridad legítima, a los hermanos, etc.

¡Cuántas de las mujeres que me escuchan y yo misma, quizá, preferiríamos haber vivido en aquella atmósfera blanda, protegidas de las celadas, de las veleidades de la fortuna y de los reveses amargos del mundo!

Mas, de tales organismos familiares hoy no quedan sino restos en una que otra gran familia superviviente del pasado y en las leyes que, tardas en transformarse, siguen viviendo cuando los que las crearon para sus usos, son polvo y ceniza en los panteones abandonados.

No es culpa de los hombres de hoy que el hogar actual no proteja a la mujer como el de hace cincuenta años. Aventáronse, no sin dolor, los miembros de la antigua familia patriarcal. El huracán de un nuevo régimen económico les desarraigó

del hogar y les condujo a las fábricas y, poco a poco, los oficios domésticos fueron trasladándose a los talleres industriales.

Diéronse las factorías a producir mil y un artefactos, desconocidos unos, otros que antaño eran un lujo y que hoy se han popularizado pasando de la calidad de cosas superfluas a la de indispensables.

Pudieron vivir dichosos nuestros abuelos sin tranvías eléctricos, sin cocinas a gas, sin califones, sin bañeras tibias, sin teléfonos, sin autos. Gratisimas eran sus veladas, sin más lumbre que la de los candiles. Hoy, el que los usa no los fabrica y la luz eléctrica ha de pagarse a un altísimo precio. Otro tanto sucede con los artefactos, los utensilios y hasta con los alimentos. Tanto el pobre como el rico han de comprarlos, nó al productor, sino al intermediario, de suerte que todos, cual más, cual menos, pagan su tributo al régimen capitalista en que vivimos.

Sólo los grandes terratenientes y los magnates de las empresas productoras, pudieran hoy día aceptar el altísimo lujo de obligarse a la protección de una familia patriarcal. Todos aquellos que no producen sino que alquilan sus servicios, ya sea en el comercio, en las industrias, en la Banca o en la burocracia administrativa—y constituyen éstos la inmensa cantidad—se ven obligados, impelidos, a desentenderse de la protección que los códigos le obligan. Y ¿cómo habría de amparar y proteger aquél que apenas logra subvenir a las necesidades de su mujer y de sus contados hijos?

Protección y tutela son términos de un mismo todo. No puede estar en tutelaje alguien que carece de tutor. Cuando comenzó a faltar la protección del hombre, fué cuando la mujer comenzó a ser feminista. La hermana soltera que no tuvo cabida en el reducido hogar que formaron los hermanos, la viuda abandonada que vió con pavor amenazados de miseria y de hambre a los hijos de sus entrañas, fueron las primeras en palpar la realidad del nuevo estado de cosas. Desde entonces, faltas de la protección patriarcal, han de entrar a la arena de la lucha, en un mundo cuya complejidad no conocen, para el cual rara vez están preparadas y en el que no encuentran leyes que las amparen, puesto que no hay otra ley para ellas que las del hogar patriarcal que ya está aventado y deshecho.

Quiero recalcar ante vosotros, que el régimen de producción capitalista es el que ha forzado al hombre a abandonar la protección que consagraba antaño a la mujer de su familia, y el que ha desmenuzado el hogar, de tal suerte, que hoy no presenta ni la cohesión, ni la solidez, ni la resistencia de antes.

El hogar de hoy no tiene la capacidad económica ni material suficiente para albergar más que a los cónyuges y a unos poquísimos hijos. La autoridad omnímoda reside en el joven marido, quién, ni legal ni moralmente, está obligado a aconsejarse de nadie. No le alcanzan, como antaño, la acción reguladora del padre o del abuelo, maduros en amor y en experiencia. Por el hecho de haber llegado a su mayor edad, se suponen en el joven dotes de administrador; por el de contraer bodas, calidades de director espiritual y competencia de juez. A sus manos inexpertas se entrega el patrimonio de la esposa; a su alma todavía no afinada y retemplada por el dolor, vanamente orgullosa, las más de las veces, de su juventud y de sus ilusiones, se entrega el destino de la pequeña y endeble nave conyugal. ¡Qué

mucho que tantas naves de éstas zozobren, arrojando de un lado un náufrago y del otro una mujer abandonada, indefensa ante las murmuraciones y la maldad del mundo!

Sobre los débiles hombros de muchas mujeres, pesan hoy día las responsabilidades de protector. A falta del padre o en auxilio de éste, cientos de hermanas mayores trabajan en los talleres o en las oficinas para alimentar, vestir, educar a los pequeños; miles de mujeres viudas, antes amparadas por los suegros o los padres, luchan hoy por el pan cotidiano de ellas y de sus hijos.

A los legisladores se han adelantado los padres, exigiendo para las niñas una educación más adecuada a la realidad de la vida. Y en este punto, la acción del capitalismo se combina con el del régimen democrático imperante.

El sufragio universal supone (aunque sea éste un desiderátum todavía lejano), la posesión de una cultura que permita a todo elector darse cuenta de los problemas vitales de su patria, y una conciencia, mas no sea intuitiva, de la solución que a tales problemas conviene. De aquí, el ensanchamiento enorme operado desde principios del siglo XIX en la educación del individuo.

Aún antes de que se vislumbrara que la mujer podía llegar a ser un elector, esa ampliación de la cultura afectó el régimen de ignorancia en que vejetaba.

Desposeída por el avance del estado industrial capitalista de las labores de su casa, dedicóse con mayor ahinco a sus sagradas tareas de madre. Necesitaba el hijo de mayor ilustración so pena de ser desterrado de la cosa pública. Acudió la madre a instruirse también, para estar a la altura de su santo ministerio.

Si la educación de la mujer se ha propagado en éste, como en los demás países democráticos, en tal forma, que constituye uno de los fenómenos más notables de la historia moderna, es porque dos factores trascendentales se aliaron para impulsarla; espiritual el uno, su noble afán de ser una madre digna de los hijos; económico el otro, el de prever la posibilidad de quedar desamparada y de tener ella misma que subvenir a las necesidades de los suyos.

Hémos, pues, muy lejos de la situación de hecho en los años de dictación de nuestro Código Civil. Ha cambiado fundamentalmente la realidad. Existen nuevas necesidades, nuevos usos, productos, nó de los hombres en cuanto individuos, sino de la evolución general del mundo bajo el régimen capitalista y democrático.

La estadística nos enseña que existen ciento veinte mil mujeres obreras en Chile; más de veinte mil en las profesiones, el comercio y las oficinas, sobre ciento cincuenta mil niñas alumnas de las escuelas primarias, veinte mil en los Liceos, cinco mil en las escuelas profesionales y cerca de mil doscientas en la Universidad.

Cifras son éstas, que revelan un estado social profundamente diverso del de 1850.

* * *

Dijimos no ha mucho que protección y tutela son partes de un mismo todo. Igual cosa sucede con responsabilidad y libertad. El ser libre es responsable de sus actos; quien asume responsabilidades, necesita libertad de iniciativa y de acción.

En el hecho, la mujer chilena de hoy tiene responsabilidades crecientes y una mayor libertad. En el derecho civil, una y otra le son desconocidas.

A restablecer la armonía que debe existir entre la realidad y la ley, se han encaminado los proyectos de los senadores Briones Luco, Claro Solar, y Yáñez. Cábeles la honra de ser los iniciadores; cualquier proyecto que se presente,—incluso el nuestro del Consejo Nacional de Mujeres—ha de seguirlos, porque ellos abrieron camino y señalaron rumbos. Mas, la reforma no es sencilla. El Código Civil cristalizó la situación total de una sociedad; las relaciones familiares que constituían la base de ella, la condición de la mujer dentro de este régimen, están íntimamente ligados a mil otros aspectos de la jurisprudencia de entonces, de tal suerte, que al reformar unos, se afecta directa o indirectamente una serie de situaciones legales diversas.

Es un proyecto mínimo de ley el patrocinado por el Consejo Nacional de Mujeres. Toca sólo aquellos puntos cuya reforma acepta unánimemente la opinión ilustrada de liberales y conservadores, de antis y de pro-feministas.

1.º) Abolición de las incapacidades en razón del sexo; es decir, sanción en el derecho, de la realidad actual en que la mujer desposeída de protección doméstica, necesita actuar con esa independencia que requieren las responsabilidades que a menudo ha de echar sobre sus hombros.

2.º) Concesión de la patria potestad a la madre en todos los casos en que faltare el padre; y

3.º) Facultad de la mujer dentro o fuera del matrimonio, de administrar sus propios bienes.

No contiene el proyecto ni hace mención, siquiera de paso, de dos cuestiones máximas en el feminismo: el divorcio y el sufragio; lo primero, porque deseamos ardientemente evitar en las discusiones de este primer proyecto, las acritudes derivadas de las intransigencias religiosas; lo segundo, porque sufragio sin libertad civil y económica es una innoble farsa.

La fe que tengo en el hondo afán de justicia del espíritu humano, me permite esperar que los legisladores nuestros estudiarán serena y cuidadosamente el proyecto sometido a su consideración, y lo aprobarán si lo estiman justo y conveniente.

¡Justo y conveniente! ¿Lo creerán así? Aparecerá ante ellos clara, evidente, luminosa, la justicia y la conveniencia? Si el que las leyes sancionen las costumbres, que el derecho se base en el hecho es justo, sin duda lo será un proyecto que tiende a armonizar esos dos factores. Pero ¡inconveniente! ¿Qué criterio ha de servirnos para saber si conviene o nó?

Entramos aquí a la parte más difícil, más debatida, más oscura de la doctrina feminista. Llegados a este punto, permitidme, que aligere ésta, que ya es una larga disquisición, con el cándido aparato de una fábula.

Érase una vez un rosal magnífico abierto a la luz del sol. Ante el hechizo de su belleza y el sortilegio sutil de su perfume, precipitábanse las abejas que iban de flor en flor llevando de una a otra el pólen secundante. Así crecía el rosal y se multiplicaba.

Engreídos de tanto esplendor, los estambres, en cuyas doradas anteras maduraba el pólen, creyéndose un día la porción más importante de la flor. «El Destino nos ha hecho reyes! Sin nosotros, oh rosal, dijeron, perderías tu eternidad. De hoy en adelante nosotros impondremos la ley a este rosal».

Medraron pues los estambres, monstruosamente, obstruyeron con su frondosidad el dulce camino de las abejas, arrebataron con su sombra la luz del sol a los pétalos que ya no refulgieron como clarines triunfales; perdió la planta la divina armonía de su arquitectura, y con la prosperidad de las flores monstruosas y estériles, se apagó la vida del rosal.

Tal es la humanidad. Hombres y mujeres son los estambres y el giniceo de una misma flor de maravillosa arquitectura. No son seres aislados ni potencias completas en sí. Plantas existen, como la rosa, que guardan en una misma flor el secreto de sus dos sexos. Hay órdenes también en que ambos están colocados en distintos árboles o en separadas flores. Mas, ante la inmortalidad de la especie, los dos sexos, aunque contenidos en seres diferentes, no constituyen sino una sola entidad.

Al olvido de esta verdad se debe, primero, el excesivo hominismo de nuestra civilización de ayer, el avance del feminismo de hoy. Tan grave daño hacen al mundo el uno como el otro, sí, olvidando que no se quebrantan impunemente la armonía de las partes, se consideran a sí mismos aislados, y no recuerdan en todo momento que por encima de ambos, yérguese el destino de la humanidad futura.

En balde habla en nuestros corazones el instinto con la tremenda voz de los siglos. Le desoyen y le burlan los mil y un razonamientos que ha engendrado el sistema económico y social moderno. Queremos—hombres y mujeres—vivir «nuestra propia vida», a esa aberración hemos llegado!

Llenas están las novelas y dramas contemporáneos de personajes que rompen hogares, burlan compromisos y destruyen existencias en nombre del derecho del individuo a «vivir su propia vida». Pero ¿cómo puede suceder otra cosa en esta organización económica de hoy en que la fuerza y el dinero, se alían para explotar al hombre; en que a las madres y a veces hasta a los niños se les obliga a luchar por el sustento en el agrio reclutamiento de la oferta y de la demanda!

Tan trabajados estamos por el capitalismo que no persibimos sus crueldades, que no comprendemos que por causa suya peligran, junto con la raza, esos ideales de perfección humana que del lobo-troglodita han hecho surgir un Platón o un San Francisco de Asis.

El niño, uncido por la necesidad al yugo de la fábrica; la madre exhausta después de un día de taller, son crímenes de humanidad. ¡Con qué derecho este régimen económico se permite segar en flor las energías de la raza?

Refleccionemos un instante en el número infinito de antepasados que necesitaron amar, padecer y morir para que uno de nosotros goce hoy del don inesfable de la vida. ¿Qué sentido tuvo su paso por el mundo sino el de continuar una evo-

lución espiritual cuyo término no puede ser otro que la realización en la Tierra de la Belleza, de la Verdad y del Bien Supremo?

Si la naturaleza no ha permitido que hombres ni mujeres sean capaces por sí solos de conducir al través de los siglos el mensaje de la inmortalidad, si apenas son formas de que se vale la especie para alcanzar sus maravillosos designios, parece cosa inaudita que, cegados por los artificios de nuestra civilización, hayamos venido a suponer que hombres o mujeres pueden vivir cada cual «su propia vida».

Si creyera que el triunfo del feminismo va a fomentar esta aberración, no sería feminista. No pueden ser los nuestros exclusivos problemas de mujeres sino de humanidad; a esta luz hay que estudiarlos. A esta luz quería yo también que los legisladores les mirasen, que no pensaran en la conveniencia egoísta de ellos ni de nosotros, sino que irgiéndose por encima del individuo perecedero y efímero, acordaran su corazón a la voz del espíritu humano ansioso de justicia, de amor y de inmortalidad!

Establecido nuestro criterio, volvemos a inquirir: ¿Conviene modificar el régimen jurídico de la mujer?

Cuánto Ud. lleva dicho hasta aquí, podría responder un anti-feminista, no viene a asegurar sino ésto: que el sistema de protección era muchísimo más conveniente para la mujer, para la familia y para la humanidad que éste, que ahora Uds. pretenden sancionar con un nuevo derecho. Porque entonces la mujer, dedicada exclusivamente a la dicha, al amor y a la prosperidad de su hogar, se espaldia en hijos numerosos y sanos. No pretendía vivir egoístamente su vida, sino darse, darse a su hogar, a los suyos, a la encantadora florescencia de los retoños.

Cierto, aquel régimen tuvo partidas excelentes: pero ¿podemos volver a él? ¿Podemos retornar a la familia patriarcal?

¡Qué tremenda revolución no sería menester para destruir el capitalismo? Porque una de dos: o se es patriarcal o se es capitalista. Los dos regímenes se contraponen y si Ud. tolera o admite el trabajo de la mujer y del niño en su fundo, en su fábrica o en su oficina, si Ud. no acepta que es obligación suya amparar a toda su parentela femenina, Ud. de hecho, ha abolido el sistema patriarcal y adherido al criterio industrial—capitalista de hoy.—¡No puede el individuo remontar el curso del tiempo! El pasado, y aún este instante fugitivo que es el presente, adquieren por el hecho de ser, caracteres eternos é inmutables.

El capitalismo es por desgracia un hecho. Ante él no caben sino tres actitudes: el del revolucionario que intenta destruirlo, el del que lo acepta para su comodidad o conveniencia y el de quién lo estudia para mejorarlo, íntimamente convencido de que ninguna organización humana, como ningún acto individual son enteramente malos ni enteramente buenos, porque mirados desde el plano de la perfectibilidad, son experiencias, tanteos necesarios para encontrar el camino de lo mejor.

Forzados a someternos ante los hechos, demos a las mujeres, salidas mal de su grado del régimen tutelar, la libertad jurídica indispensable al ejercicio de sus responsabilidades nuevas. Y bajo la inspiración de aquellos ideales supremos que son a nuestra vida espiritual lo que el lucero de Belén a los tres reyes, armonicemos los preceptos legales con los categóricos imperativos de la realidad.

Tres puntos, dije, que tocaba nuestro proyecto. El primero, la anulación de las incapacidades por razón de sexo. De buenísimo grado os ahorro, los argumentos que todos conocéis para probar el derecho de la mujer a que se la considere como persona. Eso, no lo discute ningún ser razonable. Ni os exhibiré tampoco las argumentaciones de quienes indagan si la mujer puede o nó alcanzar el genio, si es o nó susceptible de conceptos abstractos, si es o nó capaz de orientarse en el sublime laberinto de la metafísica. Antójanseme tales disquisiciones tan pueriles, tan bizantinas como aquella famosa disputa medioeval sobre el número de dientes de los caballos. Hasta que después de años de enconada controversia, alguien alzó el bello de su cabalgadura y le contó los dientes.

A buen seguro que a Mme. Curie o a Selma Lagerlöff, la genial novelista laureada con el Premio Nobel, les tienen muy sin cuidado las discusiones de los hombres sobre el talento femenino! Son éstos, hechos que los tiempos y no las disquiciciones habrán de aclarar.

Solo dos detalles me parecen dignos de que nos detengamos un instante en ellos.

Aconsejábame no ha mucho un amigo mío, diciéndome: «No sea Ud. tan celosa en la propagación de sus ideales. ¡Lo que Uds. van a ganar en derechos lo van a perder en encantos!»

Quién así me hablaba era un experto catador de feminidades; un hombre que entraba precisamente en esa edad, para muchos tan sugestiva, que a causa talvez de las canas que comienzan a platear los cabellos negros, apodan los franceses, la edad de la pimienta y la sal.

Expresaba él lo que muchos sienten. Mas, ¿no es éste acaso un espejismo sentimental? Añoran el arquetipo de mujer que encantó sus ensueños de adolescente. ¡A ése echan de menos y no otro! La Mimí todavía impregnada del perfume de la época romántica: delicada, frágil, rosa de pasión vestida de azucena mística. Empero, es aquél un tipo único y eterno? Cada civilización ha producido uno distinto. Recuerdese, si no las magníficas dogaresas del Renacimiento, frutas doradas por el sol de todas las pasiones; las lindas damiselas de Versalles; las matronas del Directorio; todas diferentes, todas cautivadoras. Acaso la mujer de mañana no conozca la gracia humilde y dócil de la enamorada de ayer. Será distinta; su alma nueva le dará encantos nuevos. Se adaptará instintivamente a la clase de civilización y al tipo de hombre que habrá de elegirla. ¡Es inmortal y eterno como la raza, el secreto encanto femenino!

Con apariencias más graves se presenta la segunda objeción. Aseguran algunos que la extensa cultura y libertad, apartará a la mujer del matrimonio y que el exceso de trabajo intelectual le arrebatara sus atributos de madre.

En parte tienen razón. Las condiciones legales del matrimonio en Chile, no son halagüeñas para las jóvenes habituadas al ejercicio de una vida de trabajo y de responsabilidades. Dada la extensión de la cultura que ciertas niñas de nuestra sociedad reciben, les es bien difícil, además, encontrar entre los mozos de su generación y clase, un marido a la altura de sus justas aspiraciones. Pero es que la vida ha cambiado, se ha modificado la cultura, se han trocado las costumbres, y sólo la ins-

titución matrimonial perdura rígida y sensible a los ayes de miles de desgraciados que hacen una vida común de crueldades o hipocresías o se apartan trágicamente, o rompen la valla del vínculo y lo disuelven con la complicidad de la ley.

Tales desgracias no hay que colocarlas a la cuenta del feminismo, sino a la de un derecho en que los muertos mandan, obligándonos a regir situaciones vivas con usos difuntos.

Y cuanto a que el esfuerzo intelectual sea nocivo a las tareas de la maternidad, es probable que tengan razón. Pero convengamos, que es cierto, tanto para la mujer como para el hombre, y que es verdad no solo del trabajo intelectual, sino de toda labor excesiva. Ojalá que podamos ver el momento en que por lo menos durante los diez primeros años de matrimonio, la madre, aún la más pobre, la más infeliz, pueda verse libre de toda faena, que no sea la de cuidar sus propios hijos. ¡Ay! Pero será posible, mientras perdure esta sociedad capitalista? Lo dudo mucho.

* * *

El segundo punto de nuestro programa, la concesión de la patria potestad a la madre en todos los casos en que fallare el padre, no necesita de mayores discusiones. Sí, lo ha menester, el de la comunidad o separación de bienes en el matrimonio:

La comunidad de bienes y la administración exclusiva del marido son demasiado tentadores para el joven esposo, sobre todo si éste pasa violentamente de la calidad de hijo pobre de una familia adinerada (pobre, porque aún no ha recibido su patrimonio, ni está habituado a un trabajo productivo) a poseedor de una riqueza de cuya administración no tiene que dar cuenta a nadie, mientras no se le pruebe que ya la ha dilapidado. Es también un incentivo para el ocioso, casado con una mujer trabajadora. Miles de estos casos ocurren a diario en la clase media y pobre. Infelices mujeres que trabajan dificultosamente, que aceptan sacrificios sin cuento para ganar un pan que dedican a sus hijos y que en un minuto echa el marido a los vientos de su ociosidad o de sus vicios.

Estos defectos del régimen han sido corregidos de diversas suertes en las legislaciones modernas y aún en aquellas que precedieron al Código de Napoleón.

El 9 de Agosto de 1793 en las postrimerías de la Revolución Francesa, Cambacérès propuso a la Convención Nacional el texto siguiente:

«Los esposos tienen igual derecho para la administración de sus bienes. Todo acto importante, venta, compromiso, obligación o hipoteca sobre los bienes del uno o del otro no es válido sino ha sido consentido por ambos cónyuges.

Los esposos pueden obligarse separada o recíprocamente para negociar, pero en este caso, será necesaria la declaración previa y auténtica de su voluntad mutua» (1).

(1) Joly.—Le Droit Feminin.—Pag. 60.

¡Era una admirable, profunda y justa manera de concebir la comunidad conyugal!

Entre los Códigos modernos, el Alemán de 1900, repudiando ya toda idea de incapacidad de la mujer, establece para ésta, bienes exclusivos de su sola administración, en los que incluye los objetos-muebles que sirven a las necesidades y a las industrias propias de la mujer, todo lo que adquiriera directamente por su propio trabajo y cuanto constituya indirectamente con lo que ha podido economizar (1).

El Código Civil Francés actual, admite en principio que los esposos, o más bien los padres que presiden la unión, son libres de escoger el tipo de contrato conyugal que más les convenga. Les ofrece tres clases fundamentales: el de separación de bienes, el de la comunidad y el régimen dotal.

El mismo Código ofrece combinaciones de ellos, de modo que puede aceptarse una comunidad limitada a los bienes que se adquieran durante el curso del matrimonio, dejar separados ciertos aportes, en común otros, etc.

En Suiza, cualquiera que haya sido el régimen financiero en que se hayan desposado, la ley permite que, a petición de cualquiera de los cónyuges, se revise y se modifique el contrato.

Prevalece en los países escandinavos, en Inglaterra y en Estados Unidos el sistema de separación.

El proyecto presentado al Congreso Chileno por el Senador Don Luis Claro Solar sigue al Código Alemán, el de Don Eliodoro Yáñez, que hemos aceptado nosotros en esta parte, establece como régimen normal el de la separación de bienes.

A la joven de mayor edad le permite nuestro Código Civil la libre administración de su fortuna; la supone, por lo tanto, capaz de hacerlo. ¿Por qué lo habría de ser menos la mujer casada? Porque está bajo la influencia del amor, porque por desarrugar el ceño de su esposo, puede arrojar al viento su patrimonio, sin que en ello quepa responsabilidad alguna del marido. Y ahora, con responsabilidad del mismo, si le apetece empobrecerla ¿no lo hace de igual modo? ¿Qué sanción ni qué castigo recibe? ¡Qué holgadas cárceles se necesitarían si se recluyese en ellas a todos los que han empobrecido a su mujer y a sus hogares!

Lo que habría que preguntarse es si el régimen de separación favorece o nó la armonía íntima del hogar y, por ende, la suerte de los hijos.

Desde luego, disminuiría el número de esos ruines negocios que se llaman matrimonio de conveniencia; permitiría a la mujer trabajadora, y ninguna alquila sus servicios si no lo necesita para sí o para los suyos, defender su salario de la dilapidación del marido, y excluiría de la vida conyugal las odiosas discusiones de dinero. Recuérdese también que la separación de bienes no excluye la posibilidad de que en un matrimonio armónico la esposa instituya administrador a su marido. Este, lealmente interesado en la suerte de su mujer y los hijos, hará en tal caso una administración ideal. ¡Tan cierto es que el amor no necesita de leyes! Cuando en la tierra reine la caridad que predicó Jesús, y se ame en verdad al prójimo como a sí mismo, holgarán las Cortes de Justicia, los Gobiernos y los Códigos!

No se legisla para los justos sino para los pecadores.

(1) Henri Joly.—Le Droit Feminin.—Pag. 76.

Uno de los argumentos que se presenta contra el régimen de separación es el de que desposeerá a la mujer viuda de los gananciales. Separada de bienes, ella pasaría a heredar en forma semejante a la de los hijos.

Los gananciales eran una equitativa consecuencia del sistema patriarcal de familia. Allí donde ésta, bajo la experimentada dirección de la madre, elaboraba mayor número de productos que los que obtenía el hombre con el dinero o con el fruto de su propio trabajo, era lógico que se considerara que la mitad por lo menos de la fortuna conyugal se debía al desvelo y al trabajo de la esposa.

No ocurre hoy otro tanto; el hogar no es productor sino consumidor y cuanto más puede hacer la mujer, es gobernarlo con tal economía y discreción que nada se desperdicie ni malgaste. Mientras una esposa de éstas es un factor, no de ingresos sino de economía, otra mujercita atolondrada hace de su casa un tonel de las Danaides. En ambos casos, el marido puede construir una fortuna con su profesión, y a su muerte ¿hay equidad en que ambos reciban la mitad de la riqueza conyugal?

Si el proyecto presentado por el Consejo Nacional de Mujeres pasara a ser ley de la República, la madre viuda tendría la patria potestad en la misma forma que el padre; administraría, por lo tanto, con amplios poderes la fortuna suya y la de los hijos. A falta de gananciales, se le concede el derecho de percibir y disponer de los intereses de su buena administración.

Dueño será el marido, también, de disponer a favor de su esposa, de la cuarta de libre disposición, que así la recibiría quien fuese en verdad digna de ella. Una pequeña reforma de la ley en lo que se refiere a las herencias, podría asegurar también a la mujer casada bajo el régimen de separación, una parte proporcional del haber que se obtuviere durante el matrimonio.

* * *

En conclusión, el feminismo nació cuando la organización capitalista vino a reemplazar al de la familia patriarcal, porque el hombre hubo de desentenderse de la protección con que antaño amparaba a la mujer y ésta tuvo que salir a la arena del mundo, para una lucha que el régimen capitalista hace cada día más agria, más cruenta, más impía.

Mientras este sistema reine omnipotente, el hogar sufrirá las consecuencias y por ende la humanidad del futuro. No exigimos reivindicaciones femeninas, porque las consideramos un ideal; nó, sino porque dado el sistema económico y social que nos rige, son indispensables para aliviar la crueldad de muchas injusticias.

Yo espero que ha de llegar un día en que en la mente de los hombres brille la luz, como para Saulo en el camino de Damasco; que sientan, que se compenétren que el capitalismo industrial de hoy, en que obtienen los más altos precios la materia, el dinero, el capital, es un tipo de civilización que está matando la vitalidad de la raza, que está destruyendo la alegría de los hombres, el encanto del hogar y el porvenir espiritual del mundo.

Y entonces no habrá feminismo ni hominismo; oiremos la voz imperiosa de los siglos y sobre la ley del hombre se cernirá la ley inmortal del amor.

AMANDA LABARCA H.

Federico Gana

Manchas de color

LONDRES



UÉ allá, ¿te acuerdas? en la ciudad inmensa y famosa que envuelve en bruma su nieve, donde floreció nuestro amor.

¿Te acuerdas? En nuestro incierto paseo, dejamos atrás el gran río sobre cuyas aguas oscuras y silenciosas reverberaban las llamas inquietas de los faroles como las chispas de una fragua enorme y fantástica. En aquel anochecer de invierno tú murmuraste a mi oído con una voz perfumada de amor, estrechando mi brazo tembloroso contra tu corazón:

—Huyamos muy lejos, no sé adónde. Y como poseídos de un vértigo, marchamos rápidamente un instante por las callejuelas oscuras y pobres de aquella ciudad extranjera.

Después, fatigados, tristes, regresamos.

¡Y esa ha sido toda nuestra historia!

LA VIRGEN INGLESA

Sobre mis rodillas cae el dulce peso de tu cuerpo immaculado.

En tu cabellera oscura hay un perfume fresco y matinal.

Inclinas sobre mi pecho tu pálida frente y hablas de aquel amor, de aquella ausencia, mientras yo, octogenario joven, paso mis miradas por esas cartas de amor de un niño.

El navío se balancea voluptuosamente sobre el gran lecho azul y vaporoso del mar.

Acaricio tus trenzas negras, mientras me descubres envanecida los secretos de tu corazón.

SOMBRA

¡Ya no será posible que vuelvan los días buenos!

Las ilusiones ardientes de la pubertad, el triste florecimiento del corazón, en las horas de amor de los veinte años, se han ido. Sólo el fantasma pálido de un ideal de gloria desvanecido me acompaña por el camino sombrío. Y allí, muy cerca, veo alzarse una cruz negra bajo el cielo nebuloso.

¡Oh, cruz de muerte, tú no me haces temblar!; antes bien, contemplo con ternura tus tristes brazos en el horizonte helado. Siento ya en mi alma una fría mano que me arrastra dulcemente, mis ojos se abren con fatiga a la luz del día y mi corazón se ha cerrado. Y marchó siempre resignado con mi destino.

¡Ya no será posible que vuelvan los días buenos!

LOS CAMINOS

Los caminos de la tierra están manchados de sangre y el hombre, en su desamparo, lanza un grito de espanto que sube hasta lo alto.

Es en vano que los niños sonrían, es en vano que la luna inocente se alce tras de los pinos y de los cipreses. Ellos nada pueden contra el mal. Esa faz de plata que alumbra los negros follajes sólo trae una sonrisa triste a mi boca convulsa.

MADRIGAL

Cristina, eres variable como el tiempo inseguro. Ya brilla el sol, ya los cielos se nublan; pero tu juventud, tu belleza, ilumina los campos, las nubes y los cielos. Mi corazón aun guarda el resplandor radiante de tus ojos alegres. Y sigues siempre riendo hasta que el mundo triste te doblegue y te ahogue entre sus brazos fríos.

FEDERICO GANA.

Joaquín Cifuentes Sepúlveda

Novia



El corazón no vale nada junto a tu vida
mujer, no vale nada, para qué te lo doy...
Mi amor no tiene para tu esperanza atrevida
ningún significado fuera del de dolor.

Después del vuelo audaz de mis alas erguidas
ha sido vana, inútil, mi búsqueda entusiasta,
tú tienes todo, todo lo que aquélla tenía
y tienes todo, todo lo que a aquélla le falta.

Pero la leche dulce que bebieron mis labios
en la cuenca fragante de su boca de fruta
me quema las palabras como un fuego exaltado
quema las blancas flores crecidas en las rutas.

El cantar exprimido, pálido como un rezo,
mudo para la ardiente sensación de exaltarte
es lo que aun me queda y para tí lo tengo;
no vale nada; pero no tengo más que darte...

Lo demás es la carne desgajada y latente
atada a mis espaldas como un castigo duro;
eso que hacia la tierra nos inclina la frente
como inclinan al árbol las pulpas de los frutos.

Tómalo, es cosa mía, cosa de mis entrañas,
vaso del angustiado dolor de mis recuerdos;
cuando la vida todo me lo arrancó con saña
no pudo arrancarme esta vibración de concierto.

Tómalo, es cosa mía; no me rechaces esto,
que mi intención fué darte más de lo que poseo...
Y lo que yo poseo son mi carne y mis versos
que ya no quiere nadie coger cuando los siembro.

Y tú me das, en cambio de esta pobre tristeza,
tanta palabra buena de amor cada mañana,
que las copas de alma se llenan de belleza
como las ramas verdes se llenan de manzanas.

Eres como las manos de Dios para mi vida;
todo lo que ellas tocan se florece y levanta,
hasta mi corazón entre tus manos tibias
palpitó con un suave resplandor de esperanza.

Novia, cuando te canses de ser todo en mi vida
no te vayas de mi alma como va la cascada
enloquecida...

Márchate silenciosa, sin preguntarme nada,

así como las barcas que se van de los puertos
besando al mar que canta mejor cuando lo besan...
(La novia del marino se queda hilando un velo
nupcial, que nunca, ¡nunca! se enredará a sus trenzas).

Y cuando yo despierte y no te encuentre, solo,
pensaré que tuviste razón para marcharte:
tu amor busca un amor que te lo entregue todo,
mi amor nada tenía, nada pudo entregarte...

J. CIFUENTES SEPÚLVEDA

Pino Saavedra

Palabras desoladas

I



ORQUE mi corazón está indeciso...

De mis sueños de amor quiebro los últimos,
y renace otro sueño, enardecido.

Bandadas de besos en los bosques tuyos...
Saldrá a cazar mi corazón altivo,
—flechas innúmeras hacia el futuro.—

Gimen mis voces, las goteantes voces
de mi desolación, por tu llegada,
para que los recuerdos no se asomen.

Llegas a mi heredad esperanzada.
Rompo mis jarras porque se desborden
de placer las locuras de mi alma.

Llegas a mi heredad, la misma y otra...
En tu frente está azul el horizonte,
y una palabra atroz quema tu boca.

Pájaros ebrios de mi agria tristeza,
batid las alas con rumor de bronce,
porque el prodigio no esperado sea.

Un viejo afán se me desata, y vibro;
pero la voz se anuda a mi tristeza,
porque mi corazón está indeciso.

II

Huyo de ti, y la voz se me desata a gritos;
te encuentro en todas partes, de todas partes huyo,
y estoy con este amor fatal y agradecido
de no haber alcanzado nada que fuera tuyo.

Ah! mujer, aunque ajena, yo te llevo por mía
en la tristeza gris, en la voz y en el verso.
Ah! mujer, los poetas, como los niños, hilan
con un vellón de ensueño un enorme universo.

Tú serás de otro. Tú derrocharás tu orgullo
sobre la desventura de mi pasión en ruinas,
haz de recuerdos tristes por haber sido tuyo
y la desolación de que no eres mía.

Llamamiento de todas las palabras orantes
y una hoguera de súplicas que incendia mi tristeza,
por este grande y viejo amor que tú no sabes
que por sobre la vida el corazón te besa.

Y es inútil la huída. Por donde voy te llevo:
cauce loco, extraviado, que arrastra un mismo río,
ebrias alas que vuelan bajo unos mismos cielos,
corazón que se arranca de sus propios latidos.

III

Porque no habrás de hallarlo, mi corazón te espera...
Mi juventud se cimbra, invisible y serena,
en un vaivén terrible de amor y de tristeza.

Porque no habrá de hallarte, mi corazón te busca...
Como al partir de un puerto para no volver nunca,
mis pupilas se llenan de lágrimas oscuras.

En la paz de mi alma tu amor se desvanece.
El sueño de mi vida se hace más persistente,
y en los brazos del mundo mi tristeza se duerme.

¡Canción de advenimiento! ¡Canción de despedida!
¡Doloroso recuerdo cuando tu vida, un día,
no halle la senda por donde mi amor se iba!

Fatalidad de todo lo vivido y perdido...
Tal como un astro muerto abrumado de siglos,
estará en lo Infinito mi corazón dormido.

PINO SAAVEDRA



El angelito

I



EL fundo, en una carreta carbonera, la enviaron al pueblo; del pueblo fué embarcada en un vagón de tercera a la capital; y a las seis de la tarde de un día de invierno, la campesina, con su chiquillo de cinco meses que no cesaba de lloriquear bajo el rebozo desteñado que los cubría a ambos, llegó a la casa de pensión de doña Pepa Talavera, muy conocida en aquel barrio de Santiago.

Acababa de subir la escalera: a sus ojos asomábase un asombro ingenuo, casi miedo; sin embargo, la cabecita de curva nariz, acusaba energía, testarudez; tendría veinticinco años y un cuerpo robusto, aunque pequeño; su pecho, en cambio, era prodigioso, redondo de leche bajo la blusa de franela; el cuerpecillo físico del niño no parecía haber aprovechado esta abundante fuente de salud.

La criada de la casa que fué a esperarla a la estación, una muchacha morena, de ágil desembarazo, oía perpleja ese llanto ronco, interminable, que fluía de la abertura violácea de la boquita, llena de los grumos viscosos de su estómago enfermo. La hizo sentarse en un sillón de junco, a la entrada de la escalera y fué a avisar a la señora.

Aumentó el llanto del chiquillo; y mecánicamente, como hacen las mujeres del pueblo, le dió el pecho; pero el niño no mamaba. Lo tapó, entonces, con su pañuelo para que el llanto no se oyese. Se había quedado a oscuras en aquel rincón; y se sintió ahí como aislada del mundo. El estrépito de un tranvía que pasaba la hizo estremecerse; y recordar, en un desfile confuso, las maravillas de la ciudad: los automóviles con su par de ojos espantables, los edificios llenos de luces, las

gentes que parecían patrones, pues nadie llevaba poncho; para ella no cabía duda que en la ciudad sólo vivían patrones.

Recordó bruscamente el campo, el nacimiento de su hijo, la marcha del mozo que la había prometido palabra de casamiento y no había vuelto; la decisión de la patrona, doña Tencha, de enviarla a Santiago a petición de su prima.

La muchacha ágil volvió a los pocos segundos. Subióse en el otro extremo del sillón y encendió un mechero de gas que la campesina no había notado sobre su cabeza; los ojos asombrados vieron como brotaba de la cañería, misteriosamente, un silbante abanico de luz.

—Doña Pepa ya viene, mire,—anunció lacónica y la mujer la vió deslizarse por la galería estrecha y larga, terminada en una puerta que se iluminó de pronto con una suave luz; un tripe rojo, muy angosto, hacía más largo aún aquel pasadizo; entre la línea del alero y el borde del tabique, veíase una franja de cielo oscuro, densa como un paño: allí firitaban unas estrellitas lejanas, perdidas casi. Sentía la mujer una vaga impresión de ahogo, de falta de aire; recordaba el amplio sueño de la noche sobre la llanura. El chiquillo se había adormecido sobre el blando pecho de la madre.

Oyó voces; la puerta iluminada se abrió; una mujerota alta, rubicunda (recordó a doña Tencha y pensó que era el ama) salió hacia la galería; hablaba con recia voz, dirigiéndose a la muchacha que venía más atrás.

—¡Pero a quién se le ocurre mandar una sirvienta con chiquillo! ¡Las cosas de la Tencha!

La campesina apretó a su chico con un movimiento de defensa; y se puso de pie.

Los ojos grises de la patrona se fijaron en ella con displicencia:

—¿Cómo te llamas, niña?

Su voz agria recitó monótonamente:

—Uberlinda Farías, pa servirla.

La otra sirvienta miraba, a respetuosa distancia.

—¿Y la Tencha, cómo quedó?—Y sin esperar respuesta:—Supongo que bien, ¿no? Yo no quería una niña de mano con chiquillo, pero ya que está aquí no hay más remedio... Hay que portarse bien, porque esta casa es muy seria... ¿Es casada?

—No, su mercé,—respondió la mujer.

Los ojos de la otra muchacha pestañearon azorados.

—Bueno; la Matilde te va a decir donde dormirás. Mañana te dirán lo que hay que hacer... Supongo que no tendrás colchón, ¿no?

—No, su mercé.

—Dale la payasa que está en la despensa.

—Bueno, misiá Pepa.

El chiquillo pataleó debajo del pañuelo, berreando; la mujer lo tapó aun más; así, el llanto salía como el maullido de un gato ensacado.

Cerróse una puerta con fuerte golpazo; un jovencito fumando un cigarrillo, apareció en la galería.

La señora ordenó irritada:

—Llévatela luego a la cocina.

Al mismo tiempo contestaba risueña el saludo del joven que echó una rápida ojeada a aquella mujer de campo que desentonaba, con su rebozo y su chiquillo llorón, en el ciudadano ambiente de la casa.

—No olvide la novela del Mercurio, Alvarez, no?

A lo que una voz melosa, insinuante, replicó:

—No, señora; hoy no me olvidaré.

II

La Uberlinda no se acostumbraba a esta vida de casa de pensión ni a los pensionistas, estudiantes que se reían de sus modismos rústicos y de su modo de andar, golpeado y áspero como un trote de caballo; ni a sus compañeras de servicio. De todas, ella era la más pobre. La cocinera, una señora en su concepto; y Matilde, la otra criada, tenían su catre, su velador y sus vestidos; ella, en cambio, dormía en el suelo sobre la payasa agujereada cedida por la patrona, con su chiquillo que se había enflaquecido aun más. Lloriqueaba durante la noche, con la persistencia de una gotera, sin probar aquella leche que redondeaba magníficamente los pechos de su madre. Sus pobres intestinos llagados, disolvíanse en sucias mucosidades y la Uberlinda, enconada por el insomnio, oía desde su camastro los siseos de desagrado de sus dos compañeras que no podían conciliar el sueño, a causa de la queja del pobre chiquillo enfermo.

No, no podría acostumbrarse nunca: aquellos días ateridos, iguales, en el rincón de la casa, entre la cocina y el comedor, la entristecían con

la modorra de un mal incurable; creía estar dentro de una caja, colgada de un cerro, desde donde se divisaba solo un trozo de cielo gris, frío e inmóvil; allí no podría sanar su Chulito. Creía que al niño le falta aire, el aire vivificador del campo; luego, una vida callada, sin conversaciones, sin amistades, sin bautizos ni matrimonios; su concepto de la vida era otro. Desde la mañana a la noche había que hacer camas, y barrer habitaciones, y acarrear jarros de agua, a cada voz de los pensionistas que la reclamaban desde sus cuartos. Doña Pepa hacía sonar su gruesa voz de mando, desde muy temprano, pero sin levantarse de su cama; la Matilde, con gran ruido de enaguas limpias, corría desde la pieza del ama a la cocina, de la cocina al comedor, del comedor al almacén con una prisa incansable. Oía a veces el llanto ronco de su hijo, en el húmedo cuartucho, sin poder soltar el cabo de la escoba; entonces la angustia apretaba su garganta como si algo muy duro se hubiese atragantado en ella y no lograrse pasar.

Este cambio de su vida, determinado por la religiosidad de doña Tencha, considerábalo un castigo; así lo había dicho el padre, en las misiones llegadas al fundo el día de Pascua. La culpa, sin embargo, no era de ella, sino del mal hombre que no había venido en esa época a cumplir con su palabra, como lo había prometido. Estas ideas no tenían la forma de un remordimiento; eran más bien resultado del sino, de la mala suerte; a todas les pasa lo mismo en la campiña: es culpa del aire y de los tragos que se beban; luego las cosas las arregla el misionero, las más de las veces o no se arreglan; la vida no cambia por eso.

Notaba que una atmósfera hostil formábase a su alrededor; no era ella, sin embargo, la causa. Sus palabras, sus gestos, provocaban más bien la risa de los alegres estudiantes; era el llanto de su chiquillo, que resonaba en la casa durante la noche y hacía revolverse en la cama, desvelados, a aquellos burgueses sin hogar; era como el estorbo del camino que impide continuar el viaje al que va apurado; sus compañeras, por recibir las molestias allí mismo, en el cuarto infecto; la señora porque aquel llanto desabrido, ronco, desesperado desacreditaba su negocio; en aquella casa no se dormía bien, sencillamente; luego, el cuidado del chiquillo robaba algo del trabajo de la muchacha.

El llanto del mocosito pesó sobre todos como una obsesión; a una solterona, que dormía en una pieza cercana, le dió una noche un ataque de nervios; el pobre pequeñuelo se hizo célebre. Los pensionistas quisieron

conocer aquel conjunto de berridos que se había interpuesto desagradablemente en sus vidas equidistantes e invariables. Todos hacían un gesto de asco, se recogían con remilgos de gente limpia al ver aquel atadito de huesos endebles, a los cuales se adherían pedazos de carne blanda, blanquecina, botado en la payasa llena de roturas por las que asomaban hojas de maíz; de entre esas encías sin color salía el interminable grito dolorido que llenaba las noches de la casa de pensión; la madre, con los ojos llameantes, encandilados como una gata en celo, los veía llegar sin entender a lo que venían; un odio atroz encendía su alma, hacía temblar las aletas de su nariz de peuco, por los patrones que se divertían con la enfermedad de Chulito.

Y aquel mocoso, hijo del instinto, de la naturaleza bravía, nacido quizá para ser un vigoroso bracero de los campos se consumía, por oscuro designio de la casualidad, en un cuarto sucio donde se paseaban los ratones y cuyas paredes decoraban largos rosarios de baratías en las primaveras.

III

A fines de Julio, en las heladas noches del invierno santiaguino, el chico se agravó. La situación de la muchacha en la casa era mejor, sin embargo; los pensionistas se habían acostumbrado ya a la nota triste de aquel llantito que venía desde el fondo de la casa. Les hizo gracia el chiquillo, de carita arrugada como la de un viejo que, con tales bríos, se resistía a morir; y luego, la madre, con su voz chillona, su paso torpe, sus increíbles polleras almidonadas era una nota de color en el ambiente gris de la casa de huéspedes.

La señora hizo venir un médico, sobrino suyo; o mejor, se aprovechó la visita del estudiante para que viese al niño.

—Está frito,—dijo con un gesto;—es un catarro crónico; pero los niños son como los pajaritos, a lo mejor resucitan.

Chulito no mejoró. El jarabe recetado por el médico lo arrojaba metódicamente la Uberlinda al balde de las aguas sucias. En su cerebro había tomado posesión esta idea, con profundas raíces: el muchacho debía morir por haber abandonado el rancho; allí, con un bebedizo cualquiera, la meica de la hacienda lo habría mejorado.

Una noche su llanto tornóse lastimero, como si, al fin, se hubiera cansado de llorar: era una queja de pájaro herido; casi un pío el que se

escapaba por su garganta, llagada a fuerza de gritar al mundo la minúscula tragedia de sus intestinos destrozados; súbitamente, se calló.

Y el silencio, en el cuarto y en la casa, pareció condensarse en tinieblas espesas, angustiosas; la vieja cocinera dió vuelta al quemador de la lámpara, cuya mecha conservaba una chispa de fuego; miró hacia la cama. Chulito ya no gritaría más; la agonía cerró herméticamente su boquita viscosa y azuleja; sus largas uñas se habían clavado en la piel salpicándolas de rayitas rojizas como huellas de diminutos insectos.

La Uberlinda se abrazó del pequeño bulto blanquizco del niño; sollozos convulsivos apretaban su garganta, deshaciéndose luego en gritos agudos, estrangulados, donde flotaron palabras incoherentes; gritos que llenaron el silencio de una alarma salvaje.

La Matilde se había levantado en paños menores; y trataba de consolarla; sus palabras acusaban un ruego humilde, temeroso:

—Cállese por Dios, que se van a despertar los caballeros; la señora se va a enojar, mire.

La cocinera, medio erguida en su lecho, miraba a la mujer restregándose los ojos, cargados de sueño.

Doña Pepa apareció en la puerta del cuarto; la precedía una vela cuya llama temblorosa mostró la cara roja, cubierta de una lustrosa capa de pomada; unos cachirulos, enrollados en papeles, alrededor de la frente, formábanle una diabólica aureola.

Aunque se daba cuenta de lo que sucedía, preguntó con inquieta premura:

—¿Qué hay, Matilde, qué hay?

Y Matilde respondía molesta:—Que se le murió el chiquillo a ésta, —como descartándose de la culpabilidad que le podría corresponder en el escándalo.

Los gritos de la campesina eran a cada instante más desgarradores, más destemplados. Doña Pepa cerró la puerta para que, al menos, no se oyesen en toda su trágica algazara.

—¡Qué se irán a imaginar los de la otra casa, gimoteó desconsolada!

La Matilde comentó con su vocecita suave:

—¡Ni que la estuvieran matando, por Dios!

Trataron, luego, de apaciguarla; pero en vano. Cumplía una misión superior, al desahogar su pena en esos sollozos sin lágrimas; así

habían gritado varias generaciones de mujeres, en el campo, cuando morían sus chiquillos.

La cocinera propuso desde su lecho:

—Métanle un paño en la boca.

Rápidamente, Matilde, con la ayuda de la patrona, introdujo la toalla sucia en la boca de la mujer indefensa; los gritos se apagaron paulatinamente como si se alejasen.

Doña Pepa y sus criadas respiraron satisfechas; la cocinera acortó la llama humosa de la lámpara que devoraba ávidamente la mecha.

La mujer se adormecía, fatigada, al lado del cuerpecillo rígido.

• • •

A la hora del almuerzo la solterona, con estridente voz, protestó por esos gritos intempestivos.

La señora explicó amablemente:

—Era esa huasa lesa que le dolían las muelas. Le pusimos esencia de clavo y se le pasó...

IV

Al día siguiente se le presentó a doña Pepa un conflicto más grave. Volvió a maldecir a la prima Tencha que había escogido la huasa más tonta del fundo para enviársela.

La mujer, enfurruñada, sin peinarse, enrojecidos los ojos por el insomnio, quería velar a su chiquillo; era la costumbre, explicaba al oír la negativa de la patrona; si no el angelito se condenaría.

Doña Pepa trató de imponerse autoritariamente:

—¿Cómo se le ocurre, niña? Esas son cosas del campo; aquí no se vela a nadie.

Pero la mujer se cubría la cara con sus manos, y su llanto escandaloso, chillón, salpicado de palabras sin sentido, comenzaba de nuevo. La patrona, impaciente, fuera de sí accedió al velorio; ella correría con los gastos, pero sin que se enterase nadie; los pensionistas debían ignorar que el niño había muerto; sobre todo la solterona que era una vieja loca; pero que pagaba bien; podía creer que había muerto de algún mal contagioso e irse de la casa.

La mujer calmábase; sus ojos no estaban humedecidos por el llanto; parecían más bien helados y duros como bolitas de cristal; replicó altivamente:

—Nu'es na peste, señora; es empacho no más.

—Si, niña, ya lo sé... pero esta gente es tan...

Esta frase vaga era en doña Pepa la explicación de todo; el resumen de su experiencia de vieja patrona de casa de huéspedes.

La Matilde traía en ese momento la solución salvadora; la idea era otra vez de la cocinera.

—Doña María dice que se puede velar al angelito abajo, donde el maestro Hilario.

A doña Pepa le brillaron los ojos. La burguesa tranquilidad de sus huéspedes no sufriría menoscabo; el largo desfile gris de las horas no experimentaría interrupción alguna.

Uberlinda y Matilde bajaron a la calle, al taller de zapatería del maestro Hilario, instalado en una cochera, a cinco pasos de la puerta. Era un viejo largo, de barba rubia entrecana; allí estaba sentado en una silla baja, frente al banquillo lleno de estaquillas y zapatos viejos; sus ojos azules recibían risueños, a través de unas gafas brillantes, la proposición de velar al angelito en su taller, sin gastos para él.

La mujer, que preparaba el almuerzo detrás de un tabique de gancho, asomó la cabeza cana, interviniendo en la conversación:

—Hay que ir a buscar la guitarra donde la Sinforosa.

Las dos mujeres quedaron de traer las velas en la tarde; el maestro Hilario haría también el ataúd; la medida iría a tomarla el mismo.

Y en la penumbra del anochecer, mientras los pensionistas comían alegremente, el pequeño hijo de los campos, bajo el rebozo desteñado de su madre, envuelto en su mortaja de trapos sucios, se deslizó por la galería hacia el taller del maestro Hilario, sin turbar la quietud de los pensionistas de doña Pepa Talavera.

En la franja de cielo, espesa como un paño, entre el borde del alero y la línea del balcón, curioseaban las estrellas como siempre.

Durante la noche, la solterona se revolvió en su lecho, desvelada, por el estruendo de la remolienda que resonó monótonamente hasta el amanecer. Se durmió, pensando reclamar a la dueña de la casa por la mala vida del zapatero de abajo.

A la mañana siguiente, envuelta en su rebozo, la Uberlinda esperaba que se levantase doña Pepa para tornar a su tierra. Volvía del cementerio, a donde fué acompañada del maestro Hilario que llevaba bajo el brazo el ataúd, forrado de percalina negra; ella había comprado una coronita de papel. El chico fué sepultado en un rincón del cementerio general; en la cruz, el maestro había escrito con lápiz el nombre de su hijo: Chulo Farías; ella puso la corona en las aspas de la crucecita hecha con las tablas amarillas de un cajón de azúcar.

Cabeceaba, presa del sueño, sentada en la cama; los ojos fijos en la payasa donde había muerto Chulito. En su cerebro se abría el amplio horizonte de la campiña. Muerto el chico, doña Tencha no pondría dificultades a su regreso al fundo.

La Matilde se había acercado dos veces al cuarto; repitió por tercera vez la misma frase:

—Ahora debe quedarse, ya que está libre, mire. La patrona no va a querer que se vaya.

La mujer chillaba con terca obstinación:

—Tengo qu'irme no más... tengo qu'irme no más... d'esta casa donde mataron a mi niño... Tengo qu'irme no más.

La otra protestaba:

—No sea mal hablá, mire... La señora le trajo hasta el doctor...

Y las voces se elevaban, se hacían agudas como aullidos; era una algarabía que llenó toda la casa; los estudiantes se asomaban a medio vestir, a las puertas de sus cuartos.

Doña Pepa llegó a calmar la pelea. Era inaudito: esa huasa había revuelto sin consideraciones el cristalino remanso de su vida: ésta era ahora un torrente desatado; la halló, botada en la cama, retorciéndose como una poseída, entre alaridos histéricos.

Uno de los pensionistas rugió desde la galería:

—Que le saquen la muela, *oña* Pepa.

Este *oña* le sonó a la patrona como un insulto; era una alusión irónica a su dignidad de ama.

Abandonó, exitadísima, el rincón donde aullaba y se arrancaba las greñas ásperas aquel cardo de los cerros, cuyas espinas dejaron huella imborrable en la casa de pensión.

Al otro día, era a principios de Agosto, la Uberlinda volvió a su

rancho, a las orillas del Longaví; sin el chiquillo; pero bajo su blusa temblaban siempre, sus pechos robustos, rebosantes de vida.

* * *

Quince días más tarde un estudiante la recordó durante el almuerzo; se habló de la comicidad de sus palabras, de sus pasos hombrunos, de sus vestidos pintarrajeados.

Alguien preguntó:

—¿Y el chiquillito que parecía un mono de yeso?

Doña Pepa observó desde su trono de patrona, en la cabecera de la mesa:

—Se murió dos días antes que se fuese la china.

—Entonces, aquellos gritos por el dolor de muelas?

Respondió con una sonrisa:

—Eran por el chiquillo, claro!

MARIANO LATORRE

Mariano Picón Salas

La Literatura en Venezuela

NOTAS INFORMATIVAS



IN tradición colonial,—Venezuela, como Chile, había sido una colonia pobre y desdeñada por los españoles,—nace con la Independencia la Literatura Venezolana. Antes, sólo se habían escrito en el país las crónicas en que frailes y escribanos relataban los sucesos de la Conquista, la vida de los indios y el gobierno pacífico y tedioso de los primeros Gobernadores y Capitanes generales. Alguna monja, como Sor María Josefa Paz Castillo, exhumada y alabada por Menéndez y Pelayo en su «Antología de Poetas Hispano-Americanos», cantaba en versos gongorinos—que no salían del claustro—sus preocupaciones místicas y el panegírico de los santos de su mayor devoción.

De entre los historiadores y cronistas, sólo uno, José de Oviedo y Baños, habló de la belleza de la tierra, de las gentes y sus costumbres, con algún sentimiento artístico. Y el segundo tomo de la «Historia de Oviedo» permaneció inédito largos años entre los papeles de un Convento, acaso considerado herético por Sus Paternidades, celosos fiscales de la cultura e ilustración colonial. Fundada la Universidad de Caracas en 1725, la solemne ocasión de un grado daba oportunidad a los traviosos doctores de festejar al optante con versos y discursos festivos, que se llamaban «vejámenes». En estos vejámenes el ingenio nacional empieza a sacudirse de la modorra de los clautros, de las retóricas latinas con hipérbaton; relampaguean y lucen las primeras palabras y adagios criollos, y sonríe esa cosa tan fresca, tan resignada y nacional, que es la «guasa».

¡La guasa! En nuestros momentos de dolor e incertidumbre, ese irónico escepticismo de nuestro pueblo nos ha dado cierto sentido de comedimiento y proporción: nos ha librado de las actitudes infladas, altas o ridículas, y hasta el aristócrata Simón Bolívar se entretenía con cuentos, refranes y murmuraciones criollas, cuando a su vista y paciencia, los godos le armaban la encerrona de Ocaña, en 1828.

No hemos sido tan impulsivos y tropicales como ha querido decírsenos, y yo apelo al valor sencillo y espontáneo como un acto natural, al valor sin discursos, de un héroe nuestro como Páez; y pasando de los guerreros a los es-

critores, a la frase ajustada, nervuda y gallarda de un Baralt o un Cecilio Acosta.

No rompió, pues, el sopor de nuestra vida colonial la obra de ningún artista: se rezaba y dormía como en todo América, desde México hasta Buenos Aires. A fines del siglo XVIII, los recursos de sus familias han empujado a Europa a algunos venezolanos como Miranda, que, en contacto con los libros y los hombres de la Revolución, serán después los removedores del ambiente.

Pobre y sacrificada es la niñez y juventud de Andrés Bello (1780) y José Luis Ramos (1781), los primeros de nuestros escritores por orden de fecha. La aquiescencia de unos frailes les permite estudiar en los conventos,—a ellos, que no pertenecen a familias aristocráticas;—husmean cuanto escaso libro pueden conseguirse, y celebran como una fiesta la llegada del Barón de Humboldt (1800) buen alemán que no confía mucho en la ciencia de los conventos, del Seminario y del Real Colegio de San Felipe y solicita los jóvenes a quienes pueda infundirles sus ideas, y que tengan buenas piernas para acompañarle a escalar las montañas de Venezuela.

En compañía de Humboldt asciende Andrés Bello la pendiente y difícil serranía del Avila, 3.000 y más metros de altura, (año de 1801).

* * *

La Independencia son catorce años de lucha incesante (1810-1824). Mueren trescientos mil venezolanos en la guerra. Soldados de Venezuela van a pelear hasta Potosí, en el Alto Perú. La sociedad venezolana se desbanda, se esparce por las Antillas, por Nueva Granada, por Panamá. La única palabra que suena es la de Bolívar. Educado en Europa, discípulo de un filósofo tan extravagante y libérrimo como don Simón Rodríguez, él, no sólo hace la revolución en los campamentos, sino en la sociedad, en las costumbres. Escribe cartas, constituciones, códigos, discursos políticos, proclamas. Tiene tiempo hasta para los atildados billetes de amor como los que dirigía a las bellas y veleidosas limeñas, y a su constante y fiel Manuelita Sáenz. Su actividad se dilata en los negocios de cinco países. Junto con los guerreros, ha reunido los letrados más distinguidos, el granadino Restrepo, el ecuatoriano Olmedo, los venezolanos Gual, Peñalver, Palacios, Talavera.

* * *

1840.—Pleno romanticismo. La República parece segura entre las manos de un patriarcal caudillo como Páez y su sucesor, el ilustre Soublette. En los años corridos desde que en 1830, al separarse de la gran Colombia, se constituyó la República de Venezuela, se han escrito las leyes, los códigos, las constituciones. Se modernizan los colegios y Universidades con sabios como Vargas y Cajigal, con extranjeros eminentes como Codazzi. Se hacen exploraciones geográficas y botánicas por todo el país. Hay prensa y partidos de oposición. Un periodista,

Antonio Leocadio Guzmán, constituye un partido con las clases populares, traduce artículos liberales y socialistas del francés, ofrece al pueblo reparto de tierras. Los problemas nacionales son discutidos por una prensa libre y brillante. Se extinguen los conventos de hombres. Se expulsan los obispos que no quieren jurar una constitución liberal.

Y nace la Literatura venezolana con obras tan perfectas como la «Historia de Venezuela» de Rafael María Baralt, modelo de elegancia literaria; los estudios críticos del humanista Ramos, los juicios históricos de Fermín Toro, las poesías frescas e intencionadas de Rafael Arvelo.

Por entonces, el Romanticismo ejerce influencia avasallante. Las novelas francesas, los dramas históricos de Víctor Hugo, la poesía desesperada y quejumbrosa de los románticos españoles,—Espronceda, Pastor Díaz, Zorrilla,—alimentan la sociedad venezolana del 40 al 50. También hay un romanticismo político y social que se inspira en Lamennais y Quinet. Abundan los ensayos políticos y religiosos. Los liberales que acompañan a Antonio Leocadio Guzmán en su periódico y en su campaña partidaria, son los voceros de estas ideas. Se repiten como en toda América las bellas palabras de democracia, libertad religiosa, más justa distribución de la riqueza. Se lee a Bentham y a Stuart Mill.

En cuanto al romanticismo literario de segunda mano, que nos venía en los versos de los poetas españoles y ponía de moda las actitudes desenfrenadas, fué vapulado en memorables artículos por el egregio humanista y literato don Fermín Toro. Pero tan fuerte era la moda, que el propio don Fermín se vió luego arrastrado por ella y escribió poemas de amor y novelas exóticas que acaecían en Tebas, en Venecia, en Corinto. Menos vivieron estas novelas y poemas de don Fermín que sus estudios históricos y sus admirables discursos parlamentarios.

Venezolano es y de la época don José Heriberto García de Quevedo, compañero de Zorrilla en Madrid, autor de dramas y leyendas románticas, que arrastró una vida aventurera, fecunda en lances de amor y de fortuna.

Martín y Lozano son entonces los dioses de nuestra poesía. Hacen versos de amor con la misma melancolía y el mismo idioma de los románticos españoles. Martín pone en verso algunas sugerentes tradiciones de la Colonia. Retirado desde muy joven a un solitario pueblecito de la costa, canta la belleza de su río y la sencillez de su paisaje campestre. A la bondadosa y simple mujer que le acompañaba en sus faenas agrícolas, le eleva un canto que aún hoy puede leerse por la naturalidad de su inspiración y su frase emocionada.

Frente a ellos, que son poetas populares, ídolos del pueblo, se levantan los poetas y escritores académicos que vivían en Caracas, usaban sombrero de copa y hacían odas. Son tantos, que no me dan ganas de citarlos. Petrificados se quedan en los libros y Antologías. Menéndez Pelayo fué bondadoso con algunos de ellos y los incluyó en su «Antología de Poetas Hispano-Americanos».

Para el «Teatro Caracas», que funciona desde el año 40 con actores nacionales, escriben algunos jóvenes de la época romántica,—José Antonio Calcaño, Heraclio de la Guardia, los Manriques, los Mendozas,—largos dramas históricos, inspirados en los de Víctor Hugo.

Florenxia, París, Venecia,—las ciudades amadas de los románticos,—sirven de escenario a estos dramas. Los críticos de la época, que velaban por la tradición española, como el eminente humanista Ramos, censuran los galicismos y el desorden delirante de sus autores.

Pequeño el ambiente para un tan distinguido escritor, Baralt, se había ido a Europa después de la publicación de su magnífica «Historia». Se estableció en Madrid, se dedicó al periodismo y a sus amados estudios de investigación filológica, conquistó un sillón en la Academia y ya no se acordó de la patria, sino para dedicarle odas como aquélla en que evoca la ciudad de su nacimiento:

Tierra del sol amada:
donde inundada de tu luz fecunda,
en hora malhadada
y con la faz airada
me vió el lago nacer que te circunda.

* * *

TENDENCIAS NATIVAS.—Las tendencias nativistas que surgían en la Literatura americana cerca del año 40 con obras como el «Facundo» de Sarmiento, las leyendas y poemas del brasileiro Alençar, los versos del cubano Plácido, tienen en Venezuela su eminente propagador e intérprete con Juan Vicente González. Humanista de vastísima e inquieta cultura, es González la figura central de nuestro Romanticismo. El halla en la agitada historia de nuestro país, en los hombres de la guerra de independencia, los elementos pintorescos para escribir esa fulgurante descripción de la vida venezolana en los primeros días del 800, que es la *Biografía de José Félix Ribas*. En pró de su causa conservadora, libra durante más de veinte años acerbos polémicas de prensa; ataca al Dictador Monagas y crea con sus imprecaciones, con sus sombríos anatemas en prosa, todo un género literario. No conozco en la Literatura de América, «dije en otra ocasión», sátiras políticas con que comparar las de Juan Vicente González; acaso las «Catilinarias» de Montalvo. En este género vario, creación de su fantasía, diríase un Rochefort que escribiese con la pluma de los grandes románticos,—de Chateaubriand, de Lamartine—.

Encarcelado por el Dictador, todavía envía desde la cárcel los apóstrofes tremendos, que denomina «Eco de las Bóvedas».

En su «Revista Literaria» y en su diario «El Herald», juzga a los autores nuevos que vienen de Francia, de España, de Inglaterra; escribe estudios de historia y crítica literaria, episodios de la vida nacional, biografías, cuadros de costumbres. En una «Historia Universal» que escribe para entretenerse en sus días de prisión; adopta el método pintoresco de Thierry y Michelet y se aprovecha para hacer alusiones políticas. En esta «Historia» el libro favorito de toda una generación romántica. Escribe «Las Mesenianas», evocaciones de sus amigos muertos, de sus

recuerdos de juventud, de los agitados acontecimientos que le tocó presenciar. Es el panegirista de los héroes y el detractor de los tiranos.

Otros escritores que vendrán después de él, en él se inspirarán. Eduardo Blanco, autor de esa *Iliada* de nuestra vida criolla que se llama «Venezuela Heroica»; Marco Antonio Saluzzo, Laureano Villanueva. Sus odios, sus simpatías, sus afectos, todo el ardor de un alma insaciable, quimérica y apasionada, los puso este hombre en una vasta labor que resume toda la vida venezolana en aquellos agitados días.

Lo mejor de su obra,—sus «Sátiras Políticas»—, aun no se ha recopilado en libro, porque los tiranos de mi patria verían alusiones. Porque allí creó un Infierno donde se retuercen y se muestran desnudos los enemigos de la patria, que, según frase de él, eran sus enemigos.

Por conseguir una Literatura nacional, con motivos y personajes regionales, batallan del 50 al 80 escritores como el costumbrista y folklorista Daniel Mendoza, el humorista Nicanor Bolet Peraza, Francisco de Sales Pérez, el cuentista Julio Calcaño.

El sabio Arístides Rojas emprende desde 1860 una vasta y amena labor de investigación histórica, y publica varios volúmenes de leyendas y tradiciones nacionales. Además, los libros más serios que formarán sus «Orígenes Venezolanos». Forma toda una escuela de escritores, de entre los que todavía superviven tradicionalistas como Tulio Febres Cordero.

UNA FIGURA EXCEPCIONAL.—Su vasta obra de humanista y escritor crea a Cecilio Acosta (1820-1881) un sitio excepcional entre nuestra tradición literaria. En uno de los más fervientes y hermosos ensayos que salieron de la pluma de José Martí, él nos ha contado la vida de Cecilio Acosta, a quien el egregio libertador cubano se acercara en demanda de afecto, ciencia y consejo, en sus azarosos días de desterrado en Caracas. Toma relieve y proporción en el ensayo de Martí la figura del maestro venezolano, estimulador de nuestra cultura durante un largo período de la vida nacional; formador de generaciones; artífice de la palabra. Sus estudios de Literatura general, como el magnífico tratado sobre el origen de la novela, sus discursos académicos, sus síntesis históricas, sus ensayos pedagógicos, sus páginas de crítica social, las cartas en que trataba problemas americanos, sus sátiras en prosa—que para hallarles analogía en la Literatura Española precisaría compararlas con los «Sueños» de Quevedo,—asumen en nuestra pequeña Literatura de entonces un carácter extraordinario. Olvidada por Gobiernos materialistas—y sabido es que en nuestros países los gobiernos lo hacen todo—la obra de Cecilio Acosta, el Gobierno de Gómez se acordó de ella para recopilarla cuando el Centenario de la Independencia (1911). En una informe recopilación de ocho o nueve gruesos volúmenes se juntó cuanto estaba disperso, sin orden, sin sentido crítico, de prisa, como para que saliera en una fecha determinada, y Gómez apareciese como Mecenaz. Desde su vida astral, un espíritu tan atildado y armonioso como el de Cecilio Acosta debe haberse horrorizado de esta compilación con que marcarían algunos letrados de palacio. Sin embargo sirvió para que

Rufino Blanco Fombona extractara de ella y publicara en su Editorial de Madrid, un volumen de «*Cartas Venezolanas*».

En cuanto a su vida, Cecilio Acosta fué ejemplar. En la época de revueltas y malos gobiernos en que le tocó vivir lo menos que se necesitaba era un humanista, y luchó desesperadamente con la miseria. Aunque la índole de su espíritu, su modestia, su timidez lo recomendaban para una labor de contemplativo, bella e inútil, tuvo el valor de no desentenderse del problema venezolano. Cuando fué preciso decir verdades las dijo, y una vez impresionó y atemorizó al tirano con un terrible diálogo de espectros. Desechó las ofertas y regalos con que quisieron acallarlos los poderosos. A los sesenta años influía y era el más entusiasta en un grupo de juventud universitaria que quería enfrentarse a Guzmán Blanco. Célibe y casto como un asceta. No viajó nunca, carecía de dinero para viajar, y tuvo que vivir evocando...

Cuando murió se le enterró silenciosamente porque el Tirano temía a los estímulos libertarios que suscitaba su nombre.

Ayudó a formar una generación de humanistas como los Calcaño, los Tejera, Saluzzo, Núñez de Cáceres, Zerpa, Méndez y Mendoza, Alvarado, que han mantenido en Venezuela—a pesar de las borrascas de nuestra política—la devoción de la cultura clásica.

UN PROCURSOR DE LA POESÍA MODERNISTA.—Entre los poetas venezolanos surgidos después del año 60 tiene interés la figura de Juan Antonio Pérez Bonalde, hombre de cultura poliglota, perfecto traductor de poetas extranjeros (Poe, «*El Cuervo*», Heine «*El Cancionero*»), quien se aparta de los rima-dores románticos de la época y busca su inspiración en otros motivos. Su obra de traductor fué más vasta y cuidadosa que su obra original y rebaja ésta. Como poeta original merece recordarse. Incrédulo, pesimista, sobrio, amargo e irónico es en todo diferente a lo que en estas tierras templadas del Sur, se llama un poeta tropical. Hay algo de nórdico en este hombre que pasa casi toda su vida en los Estados Unidos y países sajones de Europa—Inglaterra, Alemania—; una casa yankee lo nombra su administrador en un puerto de la China. Vive muchos años entre hombres de otra raza, otra sensibilidad, otro idioma. Ya viejo vuelve a morir a Venezuela. Escribe su «*Vuelta a la patria*», uno de nuestros grandes poemas. Huye de todos los homenajes que los grupos literarios quieren tributarle. Se esconde en un pueblecito de la costa—Maiquetía—y un hombre tan activo, ya nada hacía sino contemplar el mar. El pueblecito era fanático: vivía y gobernaba allí no sé qué congregación religiosa, y existía una milagrera imagen que iban a visitar fieles de lueños comarcas, en sonadas peregrinaciones. Los frailes, las mujeres, los peregrinos lo cercan, y a él—al blasfemo, al hereje de otros días—por medio de una de esos movimientos de las multitudes aldeanas, antes de morir lo obligan a confesarse. El sacerdote levanta un acta que la firma todo el pueblo, y se apresura a enviarla a los periódicos.

Un día, en compañía de otros muchachos de mi generación, fuí al Cemente-

rio de Caracas, a visitar la tumba de Pérez Bonalde. El guardia del Cementerio ignoraba donde estaría. No constaba tampoco en los Registros que revisamos.

Para que no pierdan el viaje—nos decía el guarda—miren este monumento. (Y nos señalaba con su candidez de paleta, el enorme sarcófago —asirio, babilonio, custodiado por varios leones de piedra—que se hizo erigir uno de los generales de nuestras guerras civiles...)

HACIA 1880.—Hacia 1880 ya habían muerto los grandes escritores clásicos de Venezuela—Baralt, Fermín Toro, Juan Vicente González, Cecilio Acosta.—Es una época tal vez de mediocridad literaria, pero de intensa agitación científica y social. Guzmán Blanco ha consumado un movimiento liberal que laicizó la Instrucción Pública, extinguió las congregaciones religiosas, movilizó los bienes de manos muertas y capellanías y creó nuevos programas y métodos radicalmente diferentes en la enseñanza. En la Universidad de Caracas se explica Ciencia positiva por tan ilustres maestros como el biólogo venezolano Villavicencio (cuyos tratados son modelos de elegancia literaria), el historiador y antropólogo Aristides Rojas, el químico Gaspar Marcano, el naturalista alemán Ernst. En estos claustros se forma una generación nueva, libre y estudiosa, que se ha de gloriarse con nombres como el del biólogo Razetti, el historiador y lingüista Lisandro Alvarado, el historiador Gil Fortoul, quien primero aplica el método de Taine a la historia de Venezuela («Historia Constitucional de Venezuela», «El Hombre y la Historia»); el ilustre antropólogo y gallardísimo escritor Elías Toro, el sociólogo y crítico López Méndez, muerto prematuramente.

A este movimiento en la Ciencia y la Filosofía responde en Literatura el naturalismo. El primero de nuestros escritores naturalistas de entonces y el verdadero fundador de la novela venezolana es Manuel Vicente Romerogarcía, vigoroso y recio temperamento de escritor, autor de «Peonía», novela sensacional para el tiempo, y fiel pintura de nuestro campo y nuestra ciudad. Es, además, Romerogarcía un temido libelista, cuyas polémicas de prensa renuevan y agitan multitud de problemas nacionales, analizan y desmenuzan reputaciones y consagrados valores. Junto a él se acogen para hacer sus primeras armas, jóvenes escritores como César Zumeta y Miguel Eduardo Pardo.

Empieza a publicarse «El Cojo Ilustrado», gran revista literaria destinada a tener un ascendiente extraordinario en la vida intelectual del país.

Venezuela está preparada para el modernismo y hacia 1890 surgen sus escritores y poetas representativos. Hablaremos de algunos:

Pedro Emilio Coll, joven que ha pasado algunos años en Europa, es uno de los jefes del movimiento. Funda la revista «Cosmópolis», donde hace extensa labor de divulgación de literaturas extranjeras. Se corresponde con Rodó, Rubén Darío, Berisso, Leopoldo Díaz, los jóvenes que en otros países de América inician un movimiento semejante. Con el fruto de sus primeras lecturas y meditaciones, con los comentarios impresionistas que le sugieren ciertos aspectos de la vida nacional escribe su primer libro «Palabras». Después «El Castillo de Elsinor», la tragicomedia «Homunculus», múltiples ensayos diversos.

Con un bellissimo libro de impresiones de Italia «Sensaciones de Viaje» se inicia como escritor Manuel Díaz Rodríguez. Se le considera desde entonces como el maestro de la prosa artística en Venezuela. Es nuestro Flaubert, nuestro d'Annunzio. Aborda la novela psicológica, el estudio de temperamentos excepcionales en «Confidencias de Psiquis», «Sangre Patricia», «Idolos Rotos»; el ensayo estético: «Camino de Perfección», «Sermones Líricos»; la fantasía en prosa «Cuentos de Color». En su madurez evoluciona hacia la simplicidad campesina y escribe «Música Bárbara», «El Pozo Encantado». Sus tendencias estéticas formaron escuela; y durante cerca de tres lustros se escribió como Díaz Rodríguez, se pensó como Díaz Rodríguez.

Temperamento esencialmente latino—se educó en Italia y los italianos son los que más han influido sobre él—Díaz Rodríguez ha perdido en este momento de la vida intelectual venezolana el enorme ascendiente que ejercía sobre los jóvenes. La nueva generación es más ruda, más desmañada y no se amolda al armonioso comedimiento del maestro. Lee a los rusos y tiene una violencia iconoclasta que siempre desdeñó como fealdad estética, el artífice de «Camino de Perfección».

Dos tendencias se marcan en la obra abundante de cuentista y novelista de Urbaneja Alchepohl. Una eglógica al modo de Mistral, que le inspira tan bellos poemas como su «Botón de Algodonero»; otra legendaria semejante a la de Valle-Inclán, que le dicta hermosas evocaciones de nuestro pasado—leyendas de las guerras civiles, historias de bandidos, de frailes y de caudillos.—Su obra más extensa es ese ingenuo canto a la tierra venezolana que es la novela «En este País».

Pedro César Dominici es de esta generación, y se presenta a la admiración de cierta mesocracia literaria—la misma que lee a Vargas Vila—con su almibarado—Dyonysos.

Antes de convertirse en el vigoroso crítico de «La Ley del Cabestro» y «El Continente Enfermo», Zumeta escribe las hermosas páginas impresionistas de sus «Escrituras y Lecturas».

Y hace sus primeras armas por el año 95, ese anárquico, revuelto y apasionado Blanco Fombona. Su obra múltiple de panfletista, novelista e historiador ha sido bastante divulgada en la América Latina para que yo insista en ella.

Eloy G. González escribe libros pintorescos, anecdóticos y amenísimos, sobre historia de Venezuela. «Al Margen de la Epopeya», «Dentro de la Cosiata», «La Ración del Boa», «Varones», Se llaman estos libros.

En la poesía—sin haber ningún gran poeta—mencionaremos al fácil y melodioso Mata, al fino y elegíaco Racamonde, a Churion y a Potentini. Al propio Blanco Fombona...

EN EL 900.—De entre los escritores surgidos después del 900 mencionaremos a aquellos que tienen una fuerte obra realizada y que han aportado un espíritu o expresión nueva a nuestra literatura.

La obra de Díaz Rodríguez, de Zumeta y de Coll suscita imitadores y es en la alborada del 900 la que orienta a los jóvenes en aquel inquieto y confuso momento literario. Surgen escritores como Alejandro Fernández García, autor de

varios libros de cuentos y poemas en prosa («Oro de Alquimia», «Bucares en Flor», «Los Colibries de Fray Serafín»); como Alejandro Carías, elegante poeta y ensayista, como Leopoldo Landaeta original temperamento de poeta y de crítico, influido por los grandes escritores ingleses—por Ruskin, Pater, Wilde y Matew Arnold,—como Luis Lovera Castro que vierte en comentarios y glosas llenas de intención la encendida palabra de Zaratustra.

La poesía tiene nombres como el de Lazo Martí que representa entre los poetas la tendencia criollista: canta la belleza de sus llanuras en el hermoso libro «Crepusculares» y en su magistral «Silva Criolla», como el lírico Santaella, autor de uno de los más hermosos poemas que se han escrito en Venezuela: «El Inefable», como Udón Pérez que aspira a ser el poeta de toda una raza y escribe vastos poemas sobre las selvas de Venezuela, la vida en los campos de la tierra caliente, las razas indígenas. («Iguaraya», «Tatuaje», se llaman estos poemas). Entre las agitaciones de una vida inquieta, nómada, aventurera—pasando diez o más años de su juventud en los presidios de Castro y de Gómez—escribe Alfredo Arvelo Larriva hermosos, pícaros y modernísimos versos, y acaso el más completo libro de poesía que se haya hecho en el país, «Sones y Canciones». Entretanto Carlos Borges, cultísimo y espiritualísimo sacerdote que se ha quitado los hábitos, eleva los bellos cantos de profano amor que se llaman «Tu Piano», «Confesión» y «El balcón de Margarita». Después vuelve al redil de Cristo... Solloza su expiación y canta lúgubres canciones desesperadas. Arreaza Calatrava quiere ser nuestro Guerra Junqueiro: tiene pasión, color y justa palabra. Escribe «Cantos Civiles», «Cantos de la Carne y del Reino Interior», «Odas-Lo triste y otros poemas».

El crítico implacable, exigente, cultísimo y sensible de esta generación es Jesús Semprún cuyos firmes estudios de Psicología y Medicina le suministran documentos para su juicio. No ha publicado ningún libro pero su obra copiosa, dispersa en revistas, diarios y folletos daría para varios volúmenes.

Dentro de la Literatura caben por lo extenso de su preparación literaria y la gracia y fervor de su exposición los sabios Elías Toro que narró sus descubrimientos y accidentes de explorador en un libro divertido como una novela: «Por las selvas de Guayana»; Esteban Gil Borges cuyas lecciones sobre Filosofía e Historia del Derecho, Literaturas antiguas y cuestiones generales de Cultura recuerdan a Max Müller: ejerce por su sabiduría, tolerancia y palabra insinuante y cálida sobre la juventud venezolana una influencia semejante a la de don Enrique Molina, en Chile; desterrado a los Estados Unidos por el Dictador Gómez, allí se premiaron sus méritos eligiéndolo hace pocos meses Sub-Director de La Unión Panamericana. En él pensamos los jóvenes como en uno de los futuros organizadores del país...

Lisandro Alvarado cuya labor científica de etnólogo, lingüista e historiador nos enorgullece, también sabe revestirla de elegancia y propiedad literaria. Sobre las tribus indígenas de Venezuela, sobre los exploradores blancos que penetran en las profundas selvas del Orinoco y del Amazonas en solicitud de la sarrapia, el oro y el caucho, ha escrito amenos relatos autobiográficos el Dr. Samuel

Darío Maldonado. El poeta Gorrochotegui también vivió allí y trajo de las selvas un poema: «Aramare». En cuanto a Rufino Blanco Fombona—de la misma arrojada raza de aventureros—ha escrito páginas bárbaras y deleitosas sobre la época en que fué Gobernador del Territorio Delta Amazonas, en plena selva, a 30 y más días de Caracas.

De los escritores surgidos después del 900 pronto mueren jóvenes tan llenos de promesas como Emiliano Hernández, Mario Torres Rodríguez y Enrique Soubllette. La muerte de Soubllette fué especialmente lamentable. Pocas veces nació entre nosotros un temperamento de escritor más vasto, más sensible, más intuitivo y poderoso. Hombre de acción al par que escritor. Su breve vida estuvo llena de segundas y magníficas iniciativas. Fundó el grupo «La Alborada» que al par que literario quería lanzarse en una evangélica y desalada empresa de renovación social. Su literatura recuerda a los rusos, a los escandinavos. Nada hay en el de español. La mayor parte de sus libros—novelas, ensayos y dramas—permanecen inéditos, celados y custodiados por una hermana monja que le teme al Diablo y a la Herejía y no ha querido entregarlos a los editores. La vida de Enrique Soubllette inspiró a su camarada Rómulo Gallegos una magnífica novela: «El último Solar».

Gloríase la juventud venezolana de estos días con los dos mejores novelistas que tuvo hasta ahora: José Rafael Pocaterra y Rómulo Gallegos. Rufino Blanco Fombona ha divulgado en América por medio de su Editorial de Madrid, algunos de los libros de Pocaterra: «Vidas Oscuras», «El Doctor Bebé», «Cuentos Grotescos». Otros ha publicado y guarda inéditos como «Tierra del Sol amada», «Memorias de un venezolano de la decadencia», «Patria, la mestiza». Fuerte, sobrio, certero, Gallegos ha publicado esas visiones de Venezuela que se llaman «Los aventureros», «Los inmigrantes», «La Rebelión», «El último Solar». Con sus cuentos dispersos en diarios y revistas hay para varias colecciones. Tiene otras novelas inéditas. Junto a estos nombres podrían ponerse los de Julio Rosales, autor de graciosas novelitas campesinas como «Aires Puros» y «Bajo el Cielo Dorado»; Julio Planchart que hace crítica social en sus cuentos y novelas cortas, y un joven dramaturgo y comediógrafo, destinado a obtener fama cuando nuestro teatro salga de sus escenarios provincianos: Leopoldo Ayala Michelena.

En prosas llenas de color Ramón Hurtado nos cuenta las visiones de sus viajes («Cofias, nieblas y molinos») y exóticas y sugerentes fantasías y poemas en prosa que recuerdan a Baudelaire y a Aloysius Bertrand: («La Hora de Ambar»).

Entre los jóvenes hay un crítico como Alberto Zérega Fombona que acompaña en París a los hermanos García Calderón en su labor de difusión americanista; ha escrito trabajos de tanto mérito como su cabal estudio sobre «El simbolismo francés en la moderna poesía castellana».

Entre los muchachos de veinte años hay algunos cuyos nombres ya empiezan a traspazar las fronteras. Poetas como Andrés Eloy Blanco, Gonzalo Carnevali, Enrique Planchart, Luis Enrique Mármol, Rodolfo Moleiro, Pedro Sotillo. Un humorista tan fino como Francisco Pimentel (Job Pim), autor de deliciosos versos,

poemas y dramas macarrónicos. Su obra maestra se llama «Jabón de Castilla» tragedia en 4 actos sostenida en versos tan empenachados—sólo que son de risa—como los de Marquina. Es autor además de una enciclopedia de la gracia y del humor criollos: la «Enciclopedia Sigüi» y de los afamados «Pitorreos». Redacta en compañía del caricaturista Leoncio Martínez (Leo) la revista humorística y literaria «Fantoques». Sobre el pasado de Venezuela, ha escrito novelas retrospectivas el joven escritor Enrique Bernardo Núñez («Sol Interior», «Después de Ayacucho»). Vicente Fuentes, rudos y vigorosos relatos marinos de la Isla de Margarita. El ensayo filosófico y la crítica trascendental tiene jóvenes cultivadores como Eduardo Arroyo Lameda, Jesús Enrique Losada, Mario Briceño Iragorry, Agustín Aveledo Urbaneja, José Antonio Ramos Sucre...

Sobre el medio doloroso en que actúa y se abre camino esta juventud, hablaremos otro día...

MARIANO PICÓN SALAS

Hombres, Ideas y Libros

Imperialismo romano e imperialismo americano



ACE Pedro Bonfante, en *Scientia*, número del primero de Mayo, una comparación entre el imperialismo de Roma y el de los Estados Unidos de Norte América.

A la República Romana, según Bonfante, no la movió jamás la ambición de las conquistas. Las circunstancias le fueron ofreciendo las oportunidades de imponer su imperio al mundo. Prevé que otro tanto pueda ocurrirle a la gran república Americana.

«Hasta el advenimiento del imperio, dice, o hasta su crítica víspera, el pueblo romano no persiguió el hacer conquista y menos se propuso aún como ideal dominar al mundo... El romano no es como el bárbaro germano o como el español del siglo dieciséis, el hombre que no aprecia más que el ejercicio de las armas, o a lo más el estado eclesiástico, y que desprecia el manejo de los códigos, la agricultura, la industria y el comercio, ocupaciones dignas de moros o de judíos. El patricio romano no se limita a administrar su propiedad. Se jacta de conducir él mismo el arado y de podar su viña.

La actividad económica era apreciada desde todo punto de vista, aun desde aquéllos que más repugnan a un pueblo militar y aun a nosotros mismos. En ningún pueblo ha sido practicada la usura en tan vasta escala y con tanta sangre fría como lo fué por las altas clases romanas.

Un filósofo cínico podría reducir la historia de Roma a una continua batalla de usureros. Las escenas dramáticas de la plebe oprimida por los usureros patricios, constituyen el cuadro de la historia más antigua; y los dolores de los provincianos explotados por la usura de los diferentes miembros de la nobleza republicana, forman la tragedia de los tiempos posteriores. El hecho de prestar dinero a interés, y a un interés no módico, sino verdaderamente usurario, no deshonró a nadie entre los romanos, ni al íntegro Catón, ni al altivo aristócrata Bruto, ni al más gran moralista de la civilización romana y talvez de la antigüedad, el filósofo Séneca.

Nada más erróneo que la opinión muy difundida que presenta a los romanos como una población compuesta exclusivamente de guerreros y saqueadores, y a la economía política romana como una economía política de rapiña. Los romanos poseían todas las cualidades, buenas o malas, de los hombres de nego-

cios: espíritu de orden, talento de organizadores, gran amor del lucro. Muestran una corrección, un cuidado de la buena fe, que suscita la admiración de los griegos. Polibio observa que entre sus compatriotas aun con cien estipulaciones escritas, no se estaba jamás seguro de que el contrato sería observado, mientras que para un romano, la palabra dada bastaba.

El pueblo era, ciertamente, guerrero y valeroso; pero los marios, los samnitas y los volseos no lo eran menos. Entonces ¿por qué los romanos solos resultaron siempre vencedores?

Roma ha ganado todas las guerras, por lo menos a partir de una época bastante remota; pero en el curso de numerosas guerras ha perdido más batallas que las que ha ganado y sus derrotas fueron de una resonancia no alcanzada por sus victorias. Basta recordar las Horcas Caudinas, Canas, etc. Pero, si el legionario romano retrocede, en lugar de morir en su puesto como el esparciata, el Senado no cede ni se desalienta jamás. Los adversarios se agotan, Roma se presenta inagotable y sus legionarios destruídos parecen renacer del suelo. Aquí se muestra la superioridad y grandeza del alma política del pueblo Romano. Se ve que ha seguido la política más alejada de todo espíritu de conquista. Los que persiguen como finalidad la conquista fundan imperios de base deleznable (la historia del oriente, desde los asirios hasta los mongoles, es prueba de ello), o bien sucumben, como Felipe II, Luis XIV y Napoleón.

Roma no se propuso otra cosa, al menos hasta que permaneció libre, que reunir en una comunidad independiente o bajo una honorable forma de asociación, dentro de un interés común, a los pueblos de la península italiana. Roma no conquistó a la Italia, sino que la unificó.

Tal ha sido la política seguida hasta el presente por los Estados Unidos. En el curso del siglo diecinueve no hubo más que regiones incorporadas a la unión, sea en forma de Estados, sea en forma de territorios, que deberían ser elevados después a la dignidad de Estados. Así, de estar formada la Unión por los trece Estados originales, las primitivas colonias que constituían una angosta faja de tierra a lo largo del Atlántico, ha llegado a extenderse hasta el golfo de Méjico y el Pacífico, incorporando siempre nuevos Estados en su organismo.

Respecto a la Europa, los Estados Unidos han seguido exactamente la misma política que la antigua Roma siguió con las naciones de ultramar. La doctrina de Monroe es la sentencia de Apio Claudio, es el espíritu que anima a los tratados con Cartago: soportar las colonias extranjeras existentes, pero impedir la fundación de otras nuevas y evitar toda ingerencia extranjera en tierra italiana, estuviese o nó sometida a Roma.

Según la opinión corriente, Roma habría seguido una política sistemática de conquista. Conquistó primero la Italia, luego destruyó a Cartago y por último, subyugó al mundo. Conforme a esta opinión, al imperio no le cupo más que conservar lo que la República había conquistado.

Es difícil, dice Bonfante, encontrar errores más arraigados que éstos. La verdad es precisamente lo contrario: la República se mostró siempre adversa a toda conquista y cayó el día en que la ambición de los imperatores, favorecida por la de-

cadencia del orden antiguo, durante la crisis suprema de la libertad, hizo cambiar de rumbo.

Roma estuvo primeramente tres guerras victoriosas con Macedonia, y ninguna de ellas incrementó su territorio con la menor parcela de terreno. La Grecia, sí, fué declarada libre y las legiones romanas no ocuparon las guarniciones que tuvieron que abandonar las tropas macedonias.

Algo semejante ocurre con las guerras contra Antioco, de Siria y Yugurta.

La actitud constante de Roma respecto del Egipto es talvez la demostración más sólida de la política romana. La conquista de Egipto, el país más fértil y más rico de la antigüedad, era una gran tentación quizás irresistible, tanto más cuanto la decadencia en que yacía el mencionado reino hacía la conquista sumamente fácil. Una facción de ambiciosos impulsaba a la República en los últimos tiempos hacia a anexión, así como hoy día existe una facción que quería empujar a los Estados Unidos a que se anexaran a Méjico.

La Roma republicana resistió siempre hasta su caída a la tentación. Es casi un símbolo el que Octavio, cuando organizaba las instituciones republicanas, haya sido el conquistador del Egipto.

No faltaron, es verdad, excepciones a esta regla, como la anexión de la Dalmacia, para reprimir la piratería; la de la Macedonia, después de una cuarta guerra, la de los territorios de Cartago, después de la tercera guerra púnica, y la de parte de Grecia, con el nombre de Acaya.

Todavía hay que agregar, para los efectos de nuestra comparacion, que la intervención y el arbitraje de Roma fueron continuamente invocados. Jamás ha tenido el arbitraje tanta importancia como en la época del apogeo de la República Romana.

* * *

Por cierto, dice Bonfante, menos aún que la República Romana, los Estados Unidos no piensan en realizar conquistas ni en Oriente ni por el lado de Europa...; pero, sin embargo, la historia debe servir de advertencia a los pueblos de Europa. Los Estados Unidos fueron solicitados durante la guerra; se les solicita constantemente ahora, en la paz. A las declaraciones repetidas y sinceras de que quieren desinteresarse de los asuntos de Europa, a las invitaciones platónicas, pero igualmente sinceras, hechas a la Europa para que ponga término a los odios y al espíritu guerrero, la Europa responde con nuevas lamentaciones y nuevos ruegos de que sea la Unión misma la que lleve al Viejo Mundo la oliva de la paz. Tal ha sido precisamente la historia de las repúblicas griegas y de los estados helénicos decadentes y en lucha al frente de la sólida y poderosa República Romana, presionada por constantes embajadas y siempre recalcitrante a toda idea de intervención.

Lo que repugna a la voluntad es a menudo en la historia fruto de la necesidad. Significa un indicio funesto no saber arreglar en su propia casa sus asuntos internos y buscar un árbitro en el exterior. Los Estados europeos deben

persuadirse de que son muy pequeños en la historia de hoy en día; de que la discordia y la exasperación de los nacionalismos los arrastran a la ruina y que sólo la unión puede salvarlos; que la aspiración a la hegemonía sustentadas por algunos pueblos de la Europa continental, siempre desbaratadas por Inglaterra, han fracasado en el pasado y se hallan condenadas a fracasar más aún en el porvenir. La unión no puede realizarse sino por medio de la colaboración libre e igual de todos los Estados grandes y pequeños de la Europa continental, a los cuales la comunidad de territorio y de civilización garantiza una comunidad de territorio y de civilización garantiza una comunidad de intereses y de ideales. El Estado libre del porvenir debe sobrepasar el concepto de nación, que ya ha devenido demasiado estrecho, como sobrepasó en otros tiempos, tras largas dificultades, la base de la cité.

El señor Bonfante, en resumen, lanza una advertencia a los europeos para que no se dejen conquistar por los Estados Unidos del Norte. De nosotros, los latino-americanos, el señor Bonfante no se ocupa para nada. ¿Será que nos considera inconquistables? No es de presumirlo, dados nuestros defectos, que no son inferiores a los de los países europeos y dada nuestra gran inferioridad en toda clase de poderes respecto de éstos. ¿Será que nos considera ya conquistados o como incapaces de oponer una resistencia seria? Es talvez lo más probable. En todo caso, las admoniciones del señor Bonfante deben constituir también para los hispano-americanos un asunto de reflexión.

E. M.

Nuevas investigaciones sobre la formación y el aprovechamiento de los carbones

Por el Prof. Dr. Memdelssohn de la Universidad de Berlín.



L año 1914 se fundó en Muehlheim Alemania, un Instituto para el estudio del carbón, dirigido por el profesor Franz Fischer, y destinado a investigar por una parte la estructura y el origen de los carbones, y por otra, a estudiar el aprovechamiento, en mayores cantidades que hasta ahora, de las combinaciones que puedan sustituir el petróleo que faltaba a la industria. Respecto a la producción de aceites ligeros para motores de expansión, se había vuelto en los Estados Unidos a principios del siglo actual a experimentos que se venían realizando en Alemania con anterioridad, desde 1890. Por medio del calentamiento de aceites de petróleo y de brea que hierven a una gran temperatura, se obtienen grandes cantidades de aquel aceite; pero el llamado «Krackprozess»,—proceso que consiste en la separación de los cuerpos por medio de la temperatura,—destruía por una parte grandes cantidades de materiales preciosos convirtiéndolos en gases y en hollín. En este punto reanudó Fischer los experimentos, probando que ya en las fábricas de coke y de gas se destruían importantes combinaciones de la brea al someterlas a la temperatura de 1000 grados. Obtuvo a una temperatura de 500 a 600 grados en un aparato compuesto de un tambor giratorio, una brea primaria o de baja temperatura, de composición diferente a la de alta temperatura. La mitad de aquel producto consistía en combinaciones petroloides, la otra mitad, en ácidos y fenoles; la formación del hollín quedaba completamente eliminada. De igual manera que del carbón de piedra se obtuvo la brea, también del lignito y de la turba, consiguiendo así Alemania un sustituto de los carbones de piedra que le fueron quitados por el tratado de Versalles. Como residuo, todas esas especies de carbón dejaban los llamados semicokes, y se intentó convertirlos en productos útiles, como también los fenoles ácidos, poco utilizables. Fischer logró buenos resultados, sometiendo aquellos fenoles y semicokes, en una temperatura de 750 grados, al efecto de los llamados cuerpos reductores, como el hidrógeno, óxido de carbono y sodio fórmico. Para evitar la separación espontánea de materias fuliginosas que se adhieren a las paredes de fierro de los aparatos, se las estañó y proveyó de una cubierta de aluminio; también el interior de los tubos recalentados se llenó de limadura de fierro estañada. El éxito fué maravilloso; Alemania y los países pobres en petróleo podrán obtener una gran parte de los aceites que sus motores necesitan, extrayéndolos de los combustibles fósiles.

Junto a ese éxito puramente práctico, consiguió también Fischer promover los trabajos científicos. En una conferencia pública se lamentaba Willstaetter, todavía en 1919, de que aún supiéramos tan poco o nada sobre las partes integrantes de las plantas carboníferas, sobre las celulosas, sobre la lignina y sobre las ceras y resinas. En 1923 pudo Fischer determinar que la celulosa no desem-

peña papel alguno en la formación de los carbones, y que por la actividad de ciertas bacterias, es destruída desde un principio. Probó, además, que de la lignina se desarrollan sucesivamente los ácidos del humo, el humus, y finalmente, las sustancias de la turba, hulla y carbón de piedra; probó que en todas esas sustancias, y por consiguiente, también en la sustancia originaria, la lignina, se encuentran anillos de materia carbonosa que dan a la brea primaria las sustancias fenoloides ácidas. Las sustancias petroloides, en cambio, se desarrollan de las ceras y resinas.

El secreto de su origen y de su estructura, guardado tan cuidadosamente por la esfinge de los combustibles fósiles, comienza a revelársenos. Esperamos pacientes que los problemas de la química de los carbones se encaminen hacia su solución, gracias a los trabajos del Instituto.

Los Fermentos del organismo

Por el Profesor Dr. Mendelssohn—Berlín



A maravillosa armonía de los diversos fenómenos de la vida fué atribuída hasta fines del siglo XIX a una misteriosa fuerza vital. Hoy, después del sorprendente desarrollo de la nueva química coloidal, se la atribuye a los elementos fundamentales de los seres vivos, a los llamados fermentos. Estos elementos excitan, aun en pequeñas cantidades, las sustancias de los cuerpos. Sabios como el profesor Ostwald de Leipzig, el profesor Bredig de Leipzig y otros, pudieron producir este mismo efecto por medio de pequeñas cantidades de combinaciones metálicas y probaron que, agregados en pequeñas dosis, pueden apresurar los procesos químicos en la llamada subdivisión coloidal.

La acción principal de los fermentos en el organismo consiste en el desarrollo y la disolución de sus sustancias y de los alimentos ingeridos. Producen en los últimos, es decir, en materias extrañas, como por ejemplo las grasas animales y vegetales y la albúmina, una descomposición, y las incorporan a las sustancias específicas del cuerpo.

A toda extrema subdivisión de la materia se la llama su estado coloidal, que es de calidad tan fina, que no se pueden observar en el microscopio las partículas componentes; pero puede, en ciertos casos, adquirir la estructura de las grandes moléculas, es decir, de aquellas partículas elementales de que se ha ocupado hasta ahora, como es sabido, la llamada química clásica.

Sería posible llegar a ver esos coloides con el ultra microscopio de Zigmondi Jena, construído por Zeiss. Ciertamente es que no aparecen luminosas sobre un fondo obscuro; pero se mueven incesantemente en zig-zag. El profesor Bechhold de Frankfort consiguió por medio de su ultrafiltro, separar las partículas coloides de las verdaderas moléculas.

Los fermentos pueden asimilar, en forma de coloides, otras sustancias de un valor extraordinario. Las sustancias tintóreas son absorbidas, por ejemplo, por las sustancias textiles, coloides estas últimas. Los carbones vegetales y animales, también coloides, pueden retener sustancias tintóreas, aromáticas y saporosas, venenos coloidales y organismos peligrosos, como, por ejemplo, bacterias. Como es sabido, las aguas impuras se hacen potables por medio de filtros de carbón.

Algunos investigadores como Abderhald en Halle, Willstaetter de Munich y Neuberg de Berlín, consiguieron variar de tal modo el efecto de los fermentos, que pudo obtenerse del azúcar, por medio de la fermentación, glicerina y grasa, en vez de alcohol. Además, se pudo atenuar o potenciar el efecto de los fermentos añadiendo los llamados cofermentos.

No es de prever la importancia sorprendente y revolucionaria que la doctrina moderna de los fermentos llegará a alcanzar para la medicina y la técnica. Ya es posible secundar a los glóbulos sanguíneos en su lucha contra las bacterias infecciosas por medio de cofermentos; se pueden hacer inofensivos por medio de sustancias coloidales otras venenosas o perjudiciales para los intestinos y restablecer, sobre una base coloidal, perturbaciones de la digestión.

En cuanto a la técnica, habrá de fundarse en una base científica la práctica, hasta ahora netamente empírica, de las industrias basadas en la fermentación, como, por ejemplo, la industria textil, de curtidos, la tintorería, la fabricación de jabones y bujías, la industria farmacéutica, la producción de sustancias alimenticias, la alfarería, etc.; en todas las cuales desempeñan los fermentos un papel extraordinario. Con la substitución del método empírico por el científico puede esperarse que el siglo XX nos haga ver un insospechado progreso en el reino biológico.

Sobre el Ku-Klux-Klan

(De «The World Tomorrow» de Marzo-1924)

SU ORIGEN



L Ku-Klux-Klan lleva a penas ocho años de existencia y es la restauración de un Klan o sociedad secreta anterior.

Uno de sus fundadores fué William Joseph Simmons. Había sido profesor de historia en Lanier University Atlanta, lo que explica en parte la influencia que el pasado tuvo en su plan. Había sido organizador de la sociedad de los «Hombres buenos del mundo», lo que, indudablemente, influyó en su desición de dar a su proyecto la forma de una organización fraternal. Fué como «Hombre bueno», también, cómo ganó su título de Coronel. La primera idea del Ku-Klux-Klan la tuvo Simmons como una «visión» que lo colocaba como el «elegido» de su generación. En sus «vigilias», como aquellas de los tiempos de «caballerías», él daba forma y vida a su idea, y cuando llegó la hora de revelarla a ajenos ojos, no le faltaba detalle alguno de romance teatral. Prueba evidente de este acerto se encuentra en lo que él mismo escribía en el guía oficial. «El A. B. C. del Invisible Imperio». «Esta gran institución no ha sido una obra repentina. Se ha venido desarrollando en los veinte últimos años. Su fundador, concibió la idea hace veinte años. Durante catorce, pensó, estudió y trabajó, preparándose para la inauguración. Había dedicado su vida a esta noble causa. Durante los primeros días de Octubre de 1915 reveló su plan a sus amigos, entre los que había tres convencidos miembros del Klan original.

Todo esto es pura leyenda; pero hay más leyenda en la siguiente relación de la primera cita en la cumbre de Stone Mountain, no lejos de Atlanta, donde el fundador e historiador describe «las ostentosas siluetas blancas, mientras se reunían alrededor de una cruz de fuego, el viento cortante y el aire tan helado como nunca lo ha registrado una oficina metereológica vulgar». Hay leyendas nuevamente en las declaraciones del fundador-historiador, cuando dice que «el Klan es del más sublime linaje que registran los anales de la historia, que conmemora y perpetúa la más intrépida organización que hayan visto los hombres», su secreto es «sagrada fidelidad a la más sagrada de las causas» su signo de valor «el alma de la caballería y el impenetrable escudo de la virtud, el empuje de una raza invencible; su enseñanza inculca los sagrados principios y nobles ideales de la más grande orden de caballería del mundo, y dirige los pasos de los novicios a través del velo de la filosofía mística hacia el Invisible Imperio».

Todo lo que Simmons escribe es en este estilo fantástico. Hé aquí otro ejemplo: «Hecho en el palacio de Su Majestad el Mago Imperial, Emperador del In-

visible Imperio, en el palacio imperial de la ciudad de Atlanta, República de Georgia, Estados Unidos de Norte América, hoy, el primer día de la cuarta luna del año de Nuestro Señor, mil novecientos dieciocho y el día mortal de la semana borrascosa del mes aterrador del año del LII Klan y el tercer ciclo del tercer reino de nuestra reencarnación.

Emitido oficialmente, inscrito, firmado, sellado, comunicado y remitido a Ud. en la sagrada escritura infalible.

William Joseph Simmons,
Mago Imperial.»

Mucho de esto era, por supuesto, un plagio directo del original Ku-Klux-Klan y constituye casi el único vínculo entre ellos. El Klan original se organizó en 1866 cuando los esclavos vencidos estaban buscando el primer modo de combatir los posibles peligros de los negros recién libertados. En la forma, si nó en la intención, este Klan había tenido un fundamento de leyenda. La primera idea había sido la de llamarlo Klukloy, de Kuklos, en griego, círculo; pero uno de los iletrados propuso convertirlo en Kuklux, y así quedó. Después se le agregó la denominación de Klan.

Del Klan original se tomaron sus insignias y sus brujos, cíclopes, dragones, titanes, hidras, buhos nocturnos y firias, nombres todos destinados a inspirar terror a los negros supersticiosos no amedrentados aún por los jinetes cubiertos y encapuchados que ejecutaban los «trabajos» del Klan. Pero, a esto, el fundador Simmons añadió algo más. El necesitaba oficiales en su organización, y para cada uno de ellos, concibió un nombre que empezaba con Kl. Dentro de la Logia están el Klaliff (propriadamente Kl-Aliff) o vice-presidente; el Klokard o lector; el Kludd o capellán; el Kligrapp o secretario; el Klabee o tesorero; el Kladd o conductor; el Klarogo o guarda interno; el Klexter o guarda externo; el Kloklan o investigador. Éstos se reúnen en Klonvocations o meetings que se llevaban a efecto en Klaverns y en los que se practicaba un ritual según el Kloran. El organismo superior del Klan se denominó Kloncilium. Habiendo establecido el mecanismo, la cuestión primordial pasaba a ser la del provecho a obtener.

Como Simmons lo previó, el Klan era para explotarlo; pero esto no supo hacerlo Simmons, hasta que llegó Eduardo Young Clarke.

Proclamaron a éste Kleagle Imperial y fué designado para dirigir el departamento de propaganda. Desde entonces, el Klan tornóse una asociación enteramente comercial. Un pequeño ejército de comerciantes se movilizó. Para cada Estado,—en el plazo de un año los negocios funcionaron sistemáticamente en cuarenta Estados,—para cada Estado, decimos, había un rey Kleagle o director de los comerciantes. A las órdenes de éste habían tantos Kleagles o mercaderes ambulantes como las circunstancias lo requerían. Cada miembro que se incorporaba pagaba diez dólares de los que el Kleagle retenía cuatro y el rey Kleagle uno. Los cinco restantes se enviaban al Tesoro Imperial, es decir a Clarke. El pagaba todos los gastos, aun el salario del Mago Imperial. Una cantidad de dos

dólares era para él, y las memorias establecen que en los seis primeros meses de su régimen obtuvo 170,252 dólares, que le correspondieron por las cuotas de 85,126 miembros. Simmons vendió al Klan todos sus derechos y títulos en 150,000 dólares, aproximadamente. Nada más simple y factible que el plan comercial que Clarke se había formado. En esencia, era éste: La mayoría de los comerciantes que ingresaban al Klan eran ex-soldados desmovilizados, en su mayor parte oficiales ya fuera de servicio, o llevados del deseo de la novedad o por algún otro interés. Entre ellos se daba preferencia a los que eran Masones, Caballeros de Pythias o miembros de una o más asociaciones de las llamadas órdenes patrióticas. Había todavía otro grupo formado por los que habían sido organizadores de la Liga contra la Taberna (Anti-Saloon). Comúnmente, en una ciudad chica o grande, el comerciante establecía relaciones con un «hermano» y por intermedio de él ganaba adhesiones de otros. El comerciante debía encomendarse tan luego como fuera posible a un sacerdote metodista o bautista, a elección. A todos debía hablar del «ciento por ciento de americanismo y del Klan» con prudente y debido uso de los viejos recelos y odios contra Judíos y Católicos. Aquello era lo que el Klan ofrecía en los primeros días, una oportunidad para satisfacer los odios cualquiera que fuera su objeto. Es lo que ofrece el Klan hoy día por la misma razón; pero lo fué especialmente entonces.

¿Odia Ud. o le disgustan los Católicos? Incorpórese al Klan.

¿Odia Ud. a los Judíos? Únase al Klan.

¿Odia Ud. a los aliados? Éntre al Klan.

¿Odia Ud. a algún vecino? Júntese al Klan.

Los comerciantes no eran tan torpes para exponerlo de un modo tan franco. Siempre los interesados han protestado por la forma maliciosa y falsa como se han enunciado los principios del Klan. Pero pasadlos por un tamiz, y veremos a lo que quedan reducidos. Significan la cobardía disfrazada que se muestra a través de una máscara. Cuando unos cuantos miembros se habían incorporado de lleno a alguna comunidad, era llegado el momento de dar un segundo paso. Consistía en la presentación en alguna iglesia de un grupo de klanistas arropados y encapuchados, cuyo jefe daba al pastor una cartera de monedas en señal de agradecimientos por sus fieles servicios. Es difícil luchar con lo que se disfraza la caridad y el Klan, sin duda, se había trazado un plan muy acertado.

Con el impulso ganado de esta manera, no pasó mucho tiempo sin que hubiera bastantes candidatos listos para una iniciación pública. Éstas eran anunciadas siempre en la noche por repentinas apariciones de cruces de fuego en las cimas más destacadas de los cerros. En las noches de iniciación, no sólo los miembros del lugar, sino que de lugares vecinos, se reunían en tal número, que asombraban a los curiosos. Por regla general, se invitaba a dos o tres periodistas y un fotógrafo a presenciar estas ceremonias. Así se hacía propaganda.

Donde convenía, por ejemplo, en el sur, el Klan ha insistido en el problema de los negros, finalidad original del Klan.

Pero donde la aversión tradicional contra los católicos era mayor, el énfasis

se ponía en «la amenaza de Roma». Si los judíos ofrecían un preferible objeto de ataque en ellos recaía el énfasis.

* * *

La violencia sólo hizo su aparición cuando los Klanes locales empezaron a dirigir sus propios asuntos. Entonces el Klan empezó a ejercer de censor de la conducta personal y a imponer castigos cuando lo creía conveniente. Era inevitable que desde esta posición, colocándose más allá de sus estatutos, el Klan evolucionara hacia las actividades políticas en que ahora está empeñado. La ilegalidad del Klan culminó en 1922 con las matanzas en Inglewood, Cal., y Mer Rouge, La.. Durante el verano de ese mismo año el Klan eligió senador por Texas al conde B. Mayfield. Poco después de esto fué cuando el Klan se pronunció sobre el resultado de una elección en Oregón e hizo obra de legislación, prohibiendo las escuelas parroquiales. Estando en pleno período político del Klan fué Simmons suplantado como Mago Imperial por el Dr. Hiram Wesley Evans de Texas. Fué parte del programa político que Evans viajara e hiciera públicas exposiciones en que antes no había pensado Simmons ni ninguno de los asociados. Este programa político ha sido llevado tan allá como para poder declarar que el Klan podía hacer un papel importante en la próxima elección presidencial. Sería inútil negar este hecho. El Klan domina Texas, Oklahoma, es poderoso en Kansas y Missouri, en Illinóis, en Ohío, en Pensilvania del Este y del Oeste, aunque no en la sección central. Sus asociados en New-Jersey están en mayor número con relación a la población que en ningún otro estado quizá.

Es débil en New-York, pero fuerte en Connecticut. Aquí hay una región que reúne la primera mayoría del Klan en los Estados Unidos.

El Klan cuenta hoy día con más o menos 1.800,000 miembros que forman una milicia peligrosa y constituyen una situación digna de llamar la atención de los ciudadanos honrados.

SU DOCTRINA

Interrogaciones que deben hacerse a un neófito del Klan según «El Moderno Ku-Klux-Klan» por Henry P. Fry.

- 1.º—¿Ambiciona Ud. ser un klanista serio y sin egoísmo?
- 2.º—¿Es Ud. nacional de nacimiento, blanco, y ciudadano americano?
- 3.º—¿Se opone Ud. absolutamente y está a su vez libre de toda sumisión u homenaje de cualquier naturaleza a cualquier gobierno, pueblo o secta extraños a los Estados Unidos?
- 4.º—¿Cree usted en los dogmas de la Religión Cristiana?
- 5.º—¿Estima Ud. a los Estados Unidos de América y a sus instituciones por sobre todo gobierno civil, político o eclesiástico en el mundo?
- 6.º—¿Está Ud. dispuesto a prestar un juramento sin reserva de defenderlos y trabajar por ellos?

- 7.º—¿Cree Ud. en el klanismo y haría con fidelidad por éste y los klanistas lo dicho en el número anterior?
- 8.º—¿Cree Ud. y lucharía tenazmente por el mantenimiento eterno de la supremacía de los blancos?
- 9.º—¿Quiere Ud. obedecer ciegamente a nuestra institución y nuestras leyes y someterse a todas nuestras costumbres, prácticas y disciplinas?
- 10.º—¿Puede Ud. mantenerse siempre dentro de estos compromisos?

EL JURAMENTO

Sección primera.—Obediencia.

«Diga Ud. (pronuncie su nombre entero y siga) en presencia de Dios y del hombre solemnemente declaro, prometo y juro incondicionalmente obedecer a la constitución y las leyes y que me someteré a todas las prácticas, costumbres y disciplinas de los Caballeros del Ku-Klux-Klan que existan o que puedan serlo de aquí en adelante y guardar leal respeto en todo tiempo y decidido apoyo a la Autoridad Imperial del mismo, y atenderé solícitamente todos los mandatos oficiales, decretos, edictos, ordenes e instrucciones del Mago Imperial.....»

Sección segunda.—Secreto.

«Juro solemnemente que mantendré para siempre secretos los signos, palabras y mímica, todas y cada una de las materias y conocimientos acerca de los Caballeros del Ku-Klux-Klan que puedan serme alguna vez revelados y que no los divulgaré ni permitiré que se descubran a ninguna persona en el mundo, a menos que yo sepa positivamente que es miembro regular de esta Orden y ni aun en tal caso si no fuera en atención a los mejores intereses de esta Orden.

«Juro solemnemente que no cederé a soborno, adulación, amenaza, pasión, castigo ni persuasión ni a ninguna incitación de ninguna persona, hombre o mujer, tendiente a obtener de mí alguna información secreta acerca de los Caballeros del Klan. Moriré antes que divulgar alguna. Así Dios me ayude. Amén.

Sección tercera.—Fidelidad.

Yo, (dirá su nombre completo) delante de Dios y en presencia de estos «klanistas» misteriosos, bajo mi palabra de honor declaro solemnemente, prometo y juro que guardaré celosamente y velaré fielmente por los intereses de los Caballeros del Ku-Klux-Klan y mantendré su casta social y su dignidad.

Juro que no recomendaré a ningún individuo para miembro de esta Orden, que no tenga la inteligencia sana, cuya reputación yo sepa mala, cuyo carácter sea dudoso, o cuya lealtad a nuestro país sea por cualquier motivo incierta.

Juro que pagaré pronto todo lo que se me pida para costear los gastos de mi Klan.

Juro que respetaré las propiedades de los caballeros del Ku-Klux-Klan de cualquier naturaleza que ellas sean y si alguna se confía a mi poder la guardaré debidamente o haré buen uso de ella y si oficialmente se me pide la devolveré inmediatamente sin oponer dificultades, lo mismo que si soy desterrado de esta Orden o voluntariamente la abandono.

Juro que decididamente mantendré la paz y la armonía en todas las deliberaciones de las reuniones o asambleas del Invisible Imperio.

Juro que reprimiré enérgicamente todo egoísmo o egoísta ambición política en mí o en cualquier klanista.

Juro que nunca permitiré que la amistad personal, la sangre o relaciones de familia, ni prevención, malicia o mala intención personal o profesional me induzcan a emitir mi voto para la elección o rechazo de un candidato a miembro de esta Orden. Así Dios me ayude. Amén.

Sección cuarta.—Klanismo.

Yo,... muy solemnemente declaro, prometo, y juro que nunca calumniaré, defraudaré, traicionaré ni en manera alguna haré mal a los Caballeros del Ku-Klux-Klan ni a sus familias, ni toleraré que algún otro lo haga si puedo impedirlo.

Juro que seré fiel en la defensa y protección de la casa, reputación e intereses de los klanistas y de su familia.

Juro que acudiré sin vacilación en cualquier momento en ayuda o a liberar a un klanista de cualquier modo, a cuyo llamado responderé. Seré verdadero klanista para los klanistas en todos los asuntos honestos.

Juro que no dejaré que ninguna animosidad ni choque surja entre mí y un klanista y que seré constante en mis esfuerzos para promover el verdadero klanismo entre los miembros de esta Orden.

Juro que mantendré solo para mí el secreto que algún klanista me confíe en el nombre sagrado del klanismo y sólo no consideraré crimen violar este juramento cuando en ello esté implicada una traición a los Estados Unidos de América, un robo o una muerte culpable.

Juro solemnemente adhesión incondicional al gobierno de Estados Unidos o de cualquier otro Estado de ellos en que yo resida, por sobre todos los gobiernos del mundo. Yo, aquí, ahora, comprometo mi vida, mi propiedad, mi voto y mi honor a defender su bandera, su constitución y sus leyes, a protegerlas, defenderlas y mejorarlas hasta que muera.

Juro que resguardaré y cuidaré celosa y valientemente, los sagrados derechos constitucionales y privilegios de las escuelas públicas, la libertad de expresión, la libertad de la prensa, la separación de la Iglesia y del Estado, la supremacía de los bancos, leyes justas, y la persecución de la felicidad, contra cualquiera usurpación por cualquier persona o personas, partido o partidos políticos, secta religiosa o gente nativa, naturalizada o extranjera de cualquier raza, color, credo, linaje o lengua que puedan ser. Todo lo que he jurado por este voto lo sellaré con mi sangre. Dios sea mi testigo. Amén.

EL CREDO DE LOS KLANISTAS

Creo en Dios y los dogmas de la religión cristiana y que una nación sin Dios no puede prosperar.

Creo que una iglesia que no está cimentada en los principios de moralidad y justicia es un sarcasmo para Dios y para el hombre.

Creo que una iglesia que no penetra en el corazón del hombre carece de valor.

Creo en la eterna separación de la Iglesia y el Estado.

No acepto alianza con ningún gobierno o poder extranjero, sea político o religioso.

Sólo a Dios rindo homenaje antes que a la bandera de estrellas y franjas.

Creo en leyes justas y en la libertad.

Creo en la mantención de la Constitución de los Estados Unidos.

Creo que nuestras escuelas públicas son la piedra angular del buen gobierno y que los que pretenden destruirlas son enemigos de la República y son ciudadanos indignos.

Creo en la libertad de expresión (Speech).

Creo en una prensa libre del control de los partidos políticos o de sectas religiosas.

Creo en las leyes y en el orden.

Creo en la protección de la pureza femenina.

No creo en la violencia popular, pero creo que las leyes podrían obrar en el sentido de evitar las causas de la violencia popular.

Creo en mejores relaciones entre el capital y el trabajo.

Creo en las precauciones contra huelgas imprevistas promovidas por agitadores extranjeros.

Creo en la limitación de la inmigración extranjera.

Soy ciudadano norteamericano de nacimiento y creo que mis derechos dentro de este país son superiores a los de los extranjeros.

PSICOLOGÍA DEL KLAN

El Klan, como toda tendencia al secreto, significa una regresión a la mentalidad de antiguos estados en la evolución psíquica. No debe extrañarnos que existan dos o tres millones de tales regresiones en una población de 125 millones por que es improbable que el 65% de cualquier población esté perfectamente adaptada a su ambiente y probablemente el 10% están mal adaptadas. El Klan es un fenómeno característico de las pequeñas ciudades y no es raro que los hombres de las ciudades chicas sean los primeros en buscar los mejores medios para acrecentar su poder. Eso creen conseguirlo haciéndose miembros de un Imperio Invisible. El atractivo que tiene para el hombre el ponerse el disfraz del Klan es que lo hace menos responsable y lo convierte en miembro de un grupo misterioso uniformado.

El disfraz del individuo, el secreto del Klan, son la expresión de la tendencia a la *paranoia* (1) que existe más o menos en todos los individuos.

(1) Paranoia es el temor a ataques de grupos que se temen, como los judíos, los masones, los frailes y el individuo que padece de paranoia atribuye todo lo que le pasa a sus supuestos enemigos.

Siempre que aparece en los diarios algo desfavorable al Klan, los Klanistas lo explican diciendo que las grandes asociaciones de la prensa están en manos de católicos y judíos.

Todas las tendencias constructivas de la civilización moderna están por la abolición del secreto y la adopción de la popularización del conocimiento. La abolición del secreto significa comprensión y ayuda mutuas. Todas las organizaciones secretas tienen en lo que se refiere a su secreto un elemento retrógrado. El Klan es por esto, retrógrado, arcaico, infantil. No puede vivir en una atmósfera de civilización verdaderamente moderna. Sus métodos son infrahumanos. Si se generalizaran volveríamos a costumbres semi-salvajes y nos alejaríamos de lo que debe ser el mundo de mañana.

¿Cómo recibiremos al Klan?

I

Según Horacio Wolff es obligación de la Iglesia Protestante de América repudiar esa sociedad secreta como una organización completamente en desacuerdo con el espíritu cristiano.

Mientras que la Iglesia calle y no acierte a hablar en términos que no den lugar a dudas, el Klan continuará presentándose como el campeón del protestantismo.

Los principios de la Iglesia y los del Klan son fundamentalmente incompatibles.

El cristianismo entiendo que es la religión de los hombres y mujeres que tratan de vivir su vida conforme al ejemplo y enseñanza de Jesús. *Él enseñó y vivió sus doctrinas de amor, confraternidad, piedad y paz; el Klan con el ejemplo y con el precepto inculca el odio, la intolerancia, el prejuicio y la violencia. El cristianismo predica la paz en la tierra y la confraternidad humana; el Klan trabaja por la guerra y odio entre los hombres. En otras palabras, el Klan, que pretende ser el defensor del cristianismo, en realidad mistifica las más sagradas tradiciones de la Iglesia. Es obvio entonces que la Iglesia debe combatir al Klan.*

Según George E. Haynes, el Ku-Klux-Klan es una expresión de preocupaciones subyacentes en nuestra vida nacional que alarman nuestra tranquilidad doméstica y son un peligro para nuestro progreso. Una de ellas es el repugnante prejuicio contra la raza negro-americana. Ese prejuicio racial se funda en el temor egoísta de que el negro cese de ser explotado y se convierta en un ser independiente, en agricultor competente; temor inconfesable de que con el desarrollo de su inteligencia y criterio pueda llegar a ser poderoso en la industria y el comercio; enorme miedo de que con su comprensión progresiva de la democracia no se le pueda seguir teniendo en sujeción política y excluido en la parte que le corresponde en los derechos públicos como en las escuelas, las cortes, etc. Este odio de raza va acompañado de ignorancia y mala información. En su discurso en Dallas, Texas, en Octubre de 1923 el Dr. Evans, Mago Imperial del Klan, declaró estar convencido de la incapacidad efectiva de los negros y que corroboraba su acerto la experiencia histórica, biológica y antropológicas. Si tan mal informado estaba el jefe autorizado ¿qué ignorancia no se puede esperar de los simples soldados?

La idea del Klan sobre la superioridad de la raza blanca se funda en una confusión de ideas entre las circunstancias ventajosas y la capacidad inherente a las razas. Probablemente los reyes etíopes en el tiempo de Tutankamén razonaban así respecto a su superioridad sobre los ascendientes del Mago Imperial del Klan.

El Ku-Klux-Klan usa falsamente el símbolo de la cruz para reunir a los hombres blancos en contra de los negros, en el nombre de Cristo que llamó a su lado a todos los hombres sin distinción. El espíritu hipócrita de los blancos quiere expiar los pecados de sus padres tratando de mantener a los descendientes de los negros esclavos en la servidumbre económica y política.

Los negros han hablado poco acerca del Klan pero ellos saben que este sólo puede fomentar discordias domésticas e impedir el progreso nacional mientras las dos razas no se compenetren de la cooperación racial de los hombres sobre bases humanas, la única base segura del progreso en nuestra democracia.

* * *

Según la opinión de John Mc. Pike Kersey, por lo que respecta al catolicismo, si alguna consecuencia trae el Klan, no puede ser otra que la de mejorarlo indirectamente.

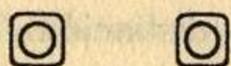
El fantasma de las persecuciones produce la unión de los católicos, levanta la lealtad e inspira el fervor católico.

Sin embargo si el Klan se profesara católico los obispos católicos estarían en el deber de condenarlo y tomar las medidas necesarias para eliminar de la Iglesia a todo el que persistiera en adherirse al Klan. Pero siendo una organización que se declara protestante el Klan es un problema religioso sólo para las sectas protestantes que contamina y perjudica. La Iglesia Católica puede compadecer a esas sectas desgraciadas y deplorar un movimiento que se opone y escandaliza a todos los cristianos; pero, excepto en ese sentido restringido, el Klan no afecta a la Iglesia Católica y por consiguiente no se ha organizado para combatirlo en América. Los católicos como ciudadanos condenan al Klan, como condenarían cualquiera otra influencia corruptora, ilegal, desleal y desintegradora en la vida americana.

Que actos tales como la muerte del padre Coyle en Birmingham, Alabama, el incendio de las iglesias, la invasión de las casas, el maltrato de hombres y mujeres indefensos queden impunes, produce dudas en nuestra mente respecto a la integridad de los que dirigen los destinos de los estados ofendidos. Si no hemos de impugnar la integridad de tales personas, por lo menos debemos condenar su incompetencia.

En ambos casos ellos serían indignos de su oficio y deben ser alejados de la vida pública, sean ellos católicos o protestantes. El Klan es un desafío para todo verdadero ciudadano, sea él blanco o negro, judío o cristiano, protestante o católico. Debería inducirlos a todos a competir en la lucha salvadora para terminar con la presente explotación de los incautos, los ignorantes, los crédulos

y los fanáticos, para destruir la impiedad de la sociedad en los Estados Unidos y poner a todos los hombres bajo el imperio de la ley y en igualdad ante ella. Así el sectarismo, los derechos egoístas y de grupos cederán su lugar al deber nacional.



El Círculo de Lecturas de la Universidad de Concepción



ONSTITUYEN un éxito halagador las actividades que ha venido desarrollando durante 1924 el Círculo de Lecturas que ha organizado nuestra Universidad.

En un ambiente más reducido, con un carácter obligado de mayor sencillez que el que revisten las sesiones de la Extensión Universitaria, este departamento ha sabido atraerse un auditorio selecto y entusiasta que parece haberse habituado a las sesiones semanales del Círculo.

El fin de estas reuniones es despertar el interés por la lectura del libro que todos los Martes un expositor estudia en sus aspectos fundamentales y critica en una charla sencilla que no pretende alcanzar proyecciones definitivas.

La producción literaria, científica, pedagógica, sociológica, ha tenido su parte en los comentarios que se han hecho en el curso del año.

El programa de las reuniones próximas comprende los siguientes comentarios:

- del señor Sansón Radical, acerca de «Einstein», por Moscowsky;
- de la señora Juana Riffo de Mayorga, sobre «La mujer y el trabajo», por Oliva Schreiner (dos sesiones);
- del señor Alfredo Molina, sobre «El salvamento de la civilización», de Wells;
- del señor Salvador Martínez Rosas, acerca de «Las transformaciones del Derecho Público», de L. Duguit.

Luis D. Cruz Ocampo

No más doctrina de Monroe

Este artículo fué escrito en contestación a la encuesta hecha por la Revista «THE WORLD TO MORROW», de Nueva York, acerca de la doctrina de Monroe.



HACE mucho tiempo que los pueblos latinoamericanos deberían haber dejado de discurrir acerca de la doctrina de Monroe. Indudablemente hemos perdido el tiempo en discutir si esta doctrina tiene este o aquel significado o sobre su posible influencia en la emancipación hispanoamericana. Y lo peor es que mientras nosotros nos entretenemos en estas cuestiones, Estados Unidos arrebató a Méjico ricos y vastos territorios, segrega Panamá de Colombia, domina a Cuba, viola la soberanía de Nicaragua, ocupa Haití, se impone por la fuerza en Filipinas y domina económicamente a casi toda la América del Sur. Tales sucesos bastarían para que abandonáramos definitivamente discusiones que solo tienen interés académico y nos atuviéramos a los hechos que están hablándonos un lenguaje doloroso y profético. Pero desgraciadamente la superstición monroísta no ha desaparecido de entre nosotros. Nuestras clases gobernantes empujadas a veces por espíritu de adulación hacia Norte América, otras veces por miedo a quedar sin apoyo en la política internacional y muchas veces también por desconocimiento lamentable de la cuestión, han contribuído tanto o más que Estados Unidos a la propagación de este mito funesto.

Para los internacionalistas, la doctrina de Monroe se presenta con muy diversos y hasta contradictorios aspectos. En el principio no es, en el fondo, otra cosa que la doctrina de la no intervención de un país en los asuntos de otro, acompañada de vagas promesas de apoyo a los países intervenidos, apoyo que no se ha realizado jamás. Luego después, bajo la presidencia de Grant, se transforma en una doctrina que consagra la superioridad de Estados Unidos; y, finalmente, se hace imperialista con Mac-Kinley, Roosevelt, Taft y Wilson. Pero en realidad estas no son etapas o transformaciones de una doctrina sino modificaciones de la conducta de un pueblo, que, como todos los pueblos, no se guía por doctrinas abstractas sino por sus intereses vitales y permanentes. La doctrina de Monroe no tiene en estos cambios participación alguna. Se habrían producido de todos modos aunque no hubiera existido el presidente Monroe y no se hubiera escrito el mensaje del 2 de Diciembre de 1823. Solo por un prejuicio, que ya es tiempo de abandonar, pudo ligarse la conducta de Estados Unidos con la doctrina de Monroe. Del mismo modo y con la misma razón podría ligársela con la ley de la gravitación universal.

Hemos concedido, pues, a esta doctrina una importancia que, en realidad, no le corresponde. El mismo Monroe no le atribuyó un valor extraordinario; y la Cámara norteamericana no aprobó un proyecto presentado por Clay, Secretario de Estado de John Adams, en el que se pretendía dar a dicha doctrina un carácter oficial de

declaración del Gobierno. Es preciso recordar que el señor Adams fué el verdadero autor de la doctrina de Monroe, o mejor dicho, el que siendo Secretario de Estado de éste, la incluyó en el mensaje. Pero aunque se diera a esta doctrina el más exagerado valor posible no se ve por qué razón los discursos de los presidentes americanos pueden constituir una fuente de derecho. La doctrina de Monroe no puede en ningún caso crear derechos, ni autorizar intervenciones, ni imponer protectorados, ni justificar hegemonía alguna sobre el continente americano. Si Estados Unidos se arroga el papel de amo e interviene en los asuntos de los países americanos, no lo hace, ni lo puede hacer, en virtud de facultades que emanen de Monroe o de otro cualquiera de sus presidentes, sino en virtud de poseer las fuerzas materiales y económicas necesarias para el caso.

Por esto no deben preocuparnos ni la doctrina de Monroe, ni los discursos del señor Wilson ni los del señor Rowe, sino los hechos, o sea la conducta real que los Estados Unidos observan con los países de América. Debe preocuparnos el estudio de los factores que han producido el enorme desarrollo de Estados Unidos y creado su extraordinaria fuerza expansiva. Y debemos también estudiarnos muy detenidamente a nosotros mismos para establecer hasta qué punto hemos dado oportunidad con nuestros errores a la actitud norteamericana. Hasta ahora nos ha parecido más cómodo culpar de todo a Estados Unidos; y hemos esgrimido el argumento de nuestra debilidad más allá de lo justo. Mas aun, parece que cultiváramos nuestra debilidad con una especie de coquetería romántica. Estamos convencidos que los pueblos débiles son simpáticos; y olvidamos lamentablemente que solo los pueblos fuertes son respetados.

Con frecuencia nos llamamos víctimas del imperialismo norteamericano; pero antes que ser víctimas de éste, somos víctimas de nuestros vicios políticos. Son nuestros gobiernos sin orientaciones elevadas, nuestras rencillas absurdas, nuestras divisiones mezquinas los que agotan nuestro organismo y le hacen fácil presa de las conquistas económicas primero y territoriales después. La vida interna de casi todas las naciones americanas, dominada por vergonzosas pequeñeces, se corrompe cada vez más en la atmósfera afixiante de las politiquerías lugareñas. Nadie quiere deponer su personalismo; las represalias, la persecución y la arbitrariedad son los sistemas de gobierno conocidos. La política internacional es, naturalmente, un reflejo de la desorientación interna. El personalismo hace aquí también sus estragos. Nada de ideas comunes capaces de agrupar a todos los estados con una elevada finalidad. Pretendidas rivalidades hacen crecer rencores que a veces los gobernantes estimulan para satisfacción de sus personales intereses. Disputamos con nuestros vecinos por predomios que carecen de base; y no es raro que, después de llenar de odios nuestra vida durante dos o tres generaciones, acabemos por perder todo lo ganado entregándolo al dominio de un pueblo verdaderamente extranjero por el idioma, por las costumbres y por la raza.

La solidaridad no ha sido jamás para nosotros una norma de conducta internacional. Toda la solidaridad de que somos capaces, la hemos gastado en discursos. Por eso no es raro que llegada la oportunidad de hacer alguna labor de defensa común cada pueblo se encuentre entregado a su propia suerte. Así

abandonamos a Colombia que protestaba por la segregación de Panamá; así no hemos hecho caso de las quejas de Santo Domingo, ni de la situación de Nicaragua ni de los atropellos a Méjico. No nos ha importado tampoco la suerte de los filipinos que defienden heroicamente su nacionalidad amenazada cada vez más por la fuerza avasalladora de la expansión norteamericana. Y cuando Estados Unidos quiso comprar las Galápagos, no se levantó ni una sola voz que hiciera ver que esa cuestión no solo interesaba a Ecuador sino también a todos los pueblos hispanos, que sienten ya muy cerca la tendencia imperialista que hizo decir a Roosevelt en la Exposición de San Luis: «Hemos empezado a tomar posesión del Continente».

Para cada uno de estos avances de Norte América, no tenemos más comentario que el silencio. Sentimos, sin duda, la catástrofe que se avecina; y no queremos levantar la voz temerosos de llamar la atención del victimario y de despertarle el deseo de descargar sobre nosotros el próximo golpe. Mas aun, pasado el estupor de los primeros momentos, los sobrevivientes nos acercamos a Estados Unidos, empujados por la solidaridad del miedo, y con la más despreciable de las adulaciones, le ofrecemos la explotación de nuestras riquezas, le pedimos que resuelva nuestros pleitos, y concluimos solicitándole dinero para nuestros gastos. Y cuando hemos conseguido colocar un empréstito, regresamos satisfechos, loándonos en secreto, de nuestra habilidad que ha desarrugado el ceño del dios. Luego después, como nosotros estamos ocupados en las mil banalidades de la politiquería lugareña, encomendamos a Norte América que sanee nuestras ciudades, que construya nuestros puertos, que organice nuestras industrias y que dirija nuestra hacienda. Estados Unidos acepta el encargo; y un día llega la noticia de que allá en una lejana playa latinoamericana ha desembarcado un destacamento, ha arriado una bandera y ha izado otra llenas de estrellas y de barras. Entonces nosotros recordamos que somos débiles y, por toda ayuda al pueblo en desgracia, comentamos durante algunos días los diversos aspectos de la doctrina de Monroe.

Nadie quiere hacer caso del Mane, Thecel, Phares, que turba la sucesión regular de nuestras preocupaciones habituales. En vez de corregirnos enérgicamente de nuestros errores, nos disculpamos de ellos, alegando que son propios de pueblos jóvenes. Sin embargo, nuestra juventud es dudosa; y tenemos todas las apariencias de las razas decrepitas, invadidas por el personalismo y corroídas por los pequeños intereses de grupo. Estados Unidos nos precede apenas en unos cuantos años en el camino de la independencia; y nunca su vida ha tenido las características que presenta la de los pueblos latino americanos. Pero aunque fuésemos jóvenes ¿qué nos valdría nuestra juventud si antes de llegar a la madurez no éramos otra cosa que una estrella más en la bandera norteamericana?

Los fenómenos ya referidos determinan las formas de las relaciones de Estados Unidos con los demás países americanos. La doctrina de Monroe no tiene nada que hacer en estos asuntos; y debería ir a reposar definitivamente en los archivos donde duerme desde hace cien años el mensaje del que fué indebidamente separada.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.

E. M.

Tendencias actuales de la Educación Norte-Americana

Por M. Salas Marchán



CABA de salir a luz el importante libro con cuyo título encabezamos esta noticia.

Su autor, el señor Maximiliano Salas Marchán, Director de la Escuela Normal José A. Núñez, es un distinguidísimo educador.

Por su preparación, por su amor al estudio, por su abnegación y gran corazón, por su talento y espíritu cívico, el señor Salas Marchán es uno de los pocos verdaderos educadores con que contamos en Chile.

Esas características que someramente enumeramos, hacían de él ya una personalidad sobresaliente para los que saben estimar los valores espirituales antes de un viaje de estudio que emprendiera a los Estados Unidos en 1918 en cumplimiento de una comisión del Supremo Gobierno. Después de su estada en aquel país, tales nobles cualidades no han hecho más que acentuarse en el señor Salas.

La reciente obra del señor Salas, como su título lo indica, es el fruto de las observaciones detenidas y minuciosas, practicadas por él, en sus visitas a los establecimientos norte-americanos y de los estudios hechos después sobre la base de una abundante y bien seleccionada literatura pedagógica.

El señor Salas nos ha dado una de las obras más valiosas que en materias de educación se han escrito en Chile desde la fundación del Instituto Pedagógico. El cuadro que presenta de las tendencias generales de la educación norte-americana y de la instrucción secundaria y normal, es de lo más completo. Con qué entusiasmo hace resaltar el espíritu social, más bien dicho de servicio social, que informa a la educación de aquel gran país, la flexibilidad de sus programas y planes y los métodos activos que estimulan el desarrollo de las individualidades de los educandos. Cómo vemos en ese libro cuán atrasada es aún desgraciadamente la organización de nuestros institutos de enseñanza general.

El libro del señor Salas debe ser leído por lo menos por todos los profesores de Chile. Encontrarán ahí ellos seguras orientaciones y por medio de su estudio se acercará la hora de las reformas que deben realizarse entre nosotros.

La obra del señor Salas se recomienda además por su estilo sencillo, sin pretensiones, animado cuando lo requiere el asunto y siempre adecuado a su objeto.

E. M.

André Maurois

Ariel o la vida de Shelley

(Continuación)



L bajar, Harriet advirtió que el viento violento levantábale las faldas y que Hogg, a hurtadillas, mirábale los tobillos con interés. Sentóse de nuevo declarando que se estaría ahí hasta que el viento cambiara. Hogg, muerto de hambre, elevó sus protestas y continuó sólo. Ella lo siguió corriendo. Así comenzaron algunas semanas de una vida deliciosa.

Sólo la cuestión dinero se ponía inquietante, pero el bravo tío Pilsfold les hacía frecuentes regalos. «Enfurecerse contra su hijo se comprende, pero matarlo de hambre ya es otra cosa». Por lo demás Hogg poseía algunas libras, aún cuando Mr. Timothy había escrito a su padre: «Creo de mi deber preveniros que mi joven se ha fugado con una muchacha y que vuestro joven ha ido a reunírseles».

Todas las mañanas Shelley salía a buscar sus cartas, en número prodigioso. Después de almuerzo, escribía o trabajaba en una traducción de Buffon. Harriet y Hogg se marchaban de paseo. Si había mal tiempo, Harriet leía en voz alta a Hogg. Le gustaba mucho leer y lo hacía bien, con nitidez de pronunciación. Hogg oyó así una buena parte del Telémaco, sin quejarse. Shelley, menos político, solía dormirse.

Era en 1811, el año del cometa.

X

Como las vacaciones de Hogg terminaban, Shelley y Harriet, que no tenían nada que hacer en Edinburgo, ni en ninguna otra parte, resolvieron seguirlo a York. Combinaron un plan de vida muy simple. Estarían en York con su inseparable amigo hasta el fin de su aprendizaje y luego se irían los tres a Londres, donde pasarían el resto de sus días escribiendo y leyendo en alta voz.

Para no fatigar demasiado a Harriet, alquilaron un coche de posta. A ambos lados del camino alternaban los monótonos campos de cebada y betarragas.

—¿Cuál es la cebada? ¿Cuál es la betarraga?—preguntaba Harriet.

—¡Oh niña de la ciudad!—respondía Shelley indignado.

Para entretenerse durante el viaje, Harriet seguía leyendo en voz alta el Telémaco, Shelley suspiraba:

—Harriet querida ¿es indispensable leerlo todo?

—Si, naturalmente.

—¿No te puedes saltar nada?

—Nó, imposible.

Al primer relevo, Shelley desapareció. Siempre había poseído el sorprendente poder de desvanecerse en los aires, como un Elfo, Hogg lo halló al fin a orillas del mar. Miraba el sol poniente con aire melancólico.

York le disgustó vivamente, en el acto. La grandeza teológica de la vieja capital del Norte no lo emocionaba. No encontraron sino piezas miserables por alojamiento. «No podremos quedarnos aquí» declaró Shelley.

Pero para partir se necesitaba dinero. Resolvió ir a Cuckfield a ver al capitán Piffodl, protector de los buenos. De pasada visitaría a Miss Hitchener y acaso la decidiera a acompañarlos a York; en Londres se llevaría a Eliza y de este modo, por vez primera, se reunirían todas las hermanas espirituales de Shelley.

Tomó, pues, la diligencia, y Harriet quedó sola con Hogg.

Situación extraña y deliciosa. En aquella ciudad desconocida sentíanse tan libres como en una isla desierta y Harriet hallaba un placer infantil en representar el papel de esposa con un compañero tan joven y divertido. El tono sarcástico de Hogg la entretenía mucho, por contraste con la ardiente gravedad, por otra parte, muy admirada de ella, de su marido. Hogg le dirigía mil cumplimientos y ella no los encontraba tan ridículos. Percy era siempre un poco «el profesor»; le había enseñado cuanto sabía; corregíala gravemente; reconocía su talento. Hogg, al contrario, lo admiraba todo en ella, sus vestidos, sus peinados, sus zapatos. Escuchaba la lectura del *Telémaco* con atención ejemplar, elogiando la bella voz de la lectora, y siempre estaba de buen humor.

El estado de alma de Hogg era diverso y mucho menos puro. Viviendo el día entero con aquella muchacha, a quien acaso la familia Westbroock no enseñó la debida reserva, se enamoró rápidamente de ella y la deseó con energía. Al principio se condenó a sí mismo y se dijo que la mujer de su amigo debía serle sagrada; pero la inteligencia es un buen abogado y la suya se puso luego al servicio de sus instintos.

«¿Tengo la culpa—decíase—si Shelley la echa en mis brazos? ¿Qué idea suya de ponerse el día entero a escribir cartas sobre la virtud teniendo en casa a semejante maravilla? Porque es encantadora. Cuando pasa por las calles de York, hasta los más puritanos se vuelven para mirarla...¿Y la ama Shelley, siquiera? La trata con una protección bastante desdeñosa; y no le falta razón. ¿Quién es Harriet? La hija de un tabernero...»

Desde que conocía a Shelley, dos sentimientos contradictorios se disputaban su corazón. Admiraba el valor moral, la franqueza de su amigo, su lealtad ardiente. Reconocía en aquella alma un diamante puro y único; pero al mismo tiempo su mirada de ironista no podía menos de sonreír ante el espectáculo de tantas vehementes declamaciones y de esa actividad febril que se movía en el vacío. Había sido en Oxford como un Sancho humanista y burlón junto a ese don Quijote de cabellos rubios. Durante los primeros tiempos de su amistad, hasta el encuentro en Edimburgo, la admiración vencía a la ironía. Ahora, impulsada por una pasión cómplice, la burla tomaba visiblemente la delantera.

El primer día de ausencia de Shelley, invitó a Harriet a pasear junto al río.

Mirábala con arrebató y le decía mil locuras. Ella hablaba de su esposo, cuya vuelta esperaba impaciente, tanto para volverlo a ver, como porque le traería a su hermana.

—Eliza es muy bella; Ud. la verá; tiene los cabellos negros; es muy inteligente. Ella es la que me ha aconsejado siempre en los momentos difíciles.

—¿Entonces Ud. ha tenido momentos difíciles?

Harriet contó sus penas de colegio, su matrimonio y quedó silenciosa, como recordando. De pronto, preguntó:

—¿Qué piensa Ud. del suicidio? ¿No ha pensado nunca en matarse?

—Jamás. Y Ud. tampoco, supongo.

—Yo sí, muy amenudo. Aun en el colegio solía levantarme con la intención de tomar veneno. Miraba por la ventana... Decía adiós a la luna, a las estrellas, a las compañeras dormidas... Y luego volvía a costarme y me dormía.

Continuaron su paseo haciéndose confidencias y volvieron a la casa para tomar té, ceremonia durante la cual Hogg se ponía muy gracioso. Luego Harriet propuso leer en voz alta. Hogg no supo nunca lo que ella había leído aquella vez.

Al otro día le dijo que la amaba con locura. Harriet se emocionó y se indignó mucho. Y para una niña de 16 años se defendió bastante bien. Habló de Shelley y de la virtud:

—¿No ve Ud. el horror de su conducta? Percy me ha confiado a su protección y Ud. abusa... Pero estoy segura de que ya se habrá curado Ud... Le suplico no me diga ni una palabra más... Aun, para no entristecerlo, no le diré nada a Shelley...

Hablaba con animación. Las declaraciones son las batallas de las mujeres bonitas y el buen soldado no detesta el combate. La valiente Harriet quedó victoriosa y Hogg prometió enmendarse.

En la noche, al volver de su oficina, vió, sentada en el diván, junto a Harriet, a una mujer grande, de cabellos ala de cuervo, tez pálida, aspecto duro:

—Hogg—dijo Harriet—es Eliza... Acaba de llegar... Es gentil ¿verdad? Eliza, te presento a Hogg, nuestro grande amigo.

Eliza inclinó secamente la cabeza.

—Creí que Ud. vendría con Shelley—dijo Hogg.

—Oh! dear, no!—repuso ella. Y continuó hablando con Harriet, sin preocuparse del otro.

Hogg no estaba acostumbrado a que lo trataran así. ¿Esta es Eliza?—pensó. —La encuentro horrible y vulgar. Y viene a interrumpir nuestra intimidad... Tal vez sea mejor... Pero me fastidia.

—Harriet, querida—dijo en alta voz—¿no tomaremos té hoy? ¿Ud. no toma té, miss Westbrook?—añadió.

—Oh! dear, no,—repuso Eliza.

—¿Y Ud., Harriet?

—Yo tampoco.

Hogg, resignado, preparó su té y se lo bebió solo.

Desde ese instante, la casa se le hizo antipática. Eliza mandaba. Acostum-

brada a dirigir a Harriet, no toleraba que le hablaran. Comenzó por criticar severamente la conducta de Shelley.

—¿Entonces, si yo no llego, te quedabas sola con ese joven? ¡Es inconcebible! ¡Justo cielo! ¿Qué habría dicho miss Werne? ¿Y ese joven te llama Harriet querida? ¿Y tú lo toleras?

Hogg propuso un paseo.

—No lo piense Ud.—repuso Eliza,—Harriet está muy fatigada.

—¿Harriet fatigada?

—Sí y con los nervios muy malos.

Si Harriet quería leer su *Telémaco*.

—¿Leer en alta voz Harriet? ¿Y tus pobres nervios? ¡Justo cielo! ¿Qué diría miss Werne?

—Pero ¿quién diablo es miss Werne?—preguntó Hogg en secreto a Harriet, aprovechando una ausencia de Eliza.

—La grande amiga de mi hermana. Consultamos mucho su opinión.

—¿Por qué? ¿Es una persona muy notable?

—No: es hija de un dueño de bar, como nosotras.

Hogg levantó los ojos al cielo.

—¿Y qué hace Eliza en su pieza? ¿Lee?

—No.

Inclinóse misteriosamente a su oído y añadió:

—Se peina.

—Entonces, salgamos.

Harriet rehusó, al principio; pero como el peinado prolongábase, consintió en acompañar a Hogg algunos minutos.

Después de su primera tentativa, hábale cumplido la promesa de respetarla y ella sentíase a un tiempo tranquila y decepcionada. Segura de su fuerza de resistencia virtuosa, le habría gustado probarla. En el puente, Hogg la detuvo. La corriente del río arrastraba rápidamente toda clase de desperdicios.

—Harriet querida, ¿no encuentra Ud. que Eliza iría muy bien río abajo? Flotaría con sus cabellos negros como ese trozo de madera quemada... ¡Oh! justo cielo ¿qué diría miss Werne?

Harriet se hechó a reír.

—¡Qué linda risa tiene... tan sana, tan alegre, mi querida Harriet!

La valerosa muchacha sintió aproximarse el combate.

XI

Shelley volvió al día siguiente. Todo le había fracasado. M. Timothy no lo recibió; por motivos diversos que su hijo consideraba también la ceremonia del matrimonio como el gran crimen.

—Con gusto—declaró al capitán Pildolf—habría contribuído al mantenimiento de hijos naturales. ¡Pero casarse! No me hable más.

Aterrada ante las calumnias posibles, miss Hitchener rehusó acompañar a

Shelley, que en Londres supo la partida de Eliza. Regresó a York en busca de paz.

Y desde su llegada sintió en la familia un aire de embarazo. Eliza, encerrada en su dormitorio, se peinaba los cabellos todo el día. Hogg y Harriet, en vez de dirigirse bromas junto a la mesa del té, sentábanse lejos el uno del otro y ella le dirigía la palabra con un tono seco, lleno de misterio.

—Querida Harriet—dijo Shelley—no me gusta la actitud que tomas con Hogg. Es nuestro mejor amigo. Yo lo miro como un hermano.

Harriet suspiró.

—Bonito hermano—dijo, significativamente.

Shelley, sorprendido, pidió explicaciones.

—Se me ha declarado dos veces—confesó ella.—La primera vez me aseguró que me amaba locamente... Yo traté de echarlo a la broma... Lo hice callar. Creí que el asunto habría terminado; pero ayer volvió a empezar. Me dijo que no podía vivir sin mí y que se mataría si no era suya.

Shelley se quedó helado. Una extraña sensación de muerte súbita le paralizaba el corazón.

—Hogg, Hogg ha hecho eso... ¿Y tú?

—¡Oh! Yo le he dicho todo lo que debía decirle... que traicionaba su amistad, que me parecía indigno, espantoso. «Nada de eso importa cuando se ama», respondió. Eso está bueno para Shelley, espíritu frío; pero no para mí, que la amo con locura. Por lo demás ¿qué mal le haríamos? No lo sabría nunca. ¿Y le importaría tanto como cree?

—¡Dijo eso!

—Y muchas otras cosas... Que tú mezclabas tus razonamientos en todo, que eras ardiente para las quimeras y gracial para los sentimientos, los únicos que valen en la vida. Yo le contesté lo mejor que pude.

Shelley se había dejado caer sobre un diván. Parecíale que un velo gris se tendía sobre el mundo. Un vértigo moral le arrebatava en torbellino las ideas.

—Que Hogg haya tratado de seducir a mi mujer aprovechando mi ausencia...

Abrazó a Harriet y partió en busca de su amigo.

—Es necesario que discutamos—pensaba.

Lo encontró y lo invitó a dar un paseo fuera de la ciudad. Hogg esperaba una escena. No negó nada.

—Sí, es cierto... Amé a Harriet desde el primer instante que la ví en Edimburgo. ¿Qué culpa tengo? Yo soy así: las mujeres bonitas me trastornan. Y Harriet me parece admirablemente bella... Te lo repito: la amé inmediatamente.

—Eso no es amor, es deseo. Es un instinto vulgar. No es esa pasión noble que eleva al hombre por encima de los animales. Piensa, Hogg: el amor supone el olvido de sí mismo y el ansia de buscar la dicha del objeto amado: tú no puedes sino causar la desdicha de Harriet... Luego tu sentimiento no es amor; es, por el contrario, egoísmo...

—Lámalo como quieras: no importa la palabra. Es una pasión terrible. Habría tratado de resistirla si no la hubiera sentido invencible.

—No hay pasiones invencibles. La voluntad puede dominarlas a todas. Si hubieras pensado en mí... Te aseguro que me siento más viejo después de esta revelación que si hubieran transcurrido veinte años de miseria. Siento el corazón marchito, golpeado. Y la pobre Harriet...

Hogg estaba pálido, decaído, avergonzado. Amaba a Shelley y pensaba:— Ninguna mujer vale el sacrificio de semejante amigo.

Y en voz alta:

—Lamento lo sucedido, Shelley: trataré de olvidar. Te pido perdón.

—No siento ninguna cólera contra tí: odio tu culpa, no tu persona. Espero que mirarás pronto tu error con tanta repugnancia como yo. Ese día ya no serás responsable. El hombre arrepentido no es el mismo hombre culpable. Y no seré yo ciertamente quien reproche a tu yo purificado los errores de tu yo desaparecido.

Sentíase tan feliz de haber dominado su cólera y sus celos, y de haber encontrado para Hogg el camino de la salvación, que casi había olvidado la ofensa.

Pero las mujeres son menos indulgentes. Cuando Shelley volvió y contó el perdón del culpable:

—¡Qué!—exclamó Eliza. ¿Pretendes vivir siempre con ese hombre? ¡Justo cielo! ¿Cómo se le pondrían los nervios a la pobre Harriet?

Al día siguiente, cuando Hogg regresó de la oficina, encontró la casa vacía.

XII

Para consolarse de la amargura que le produjo su amigo Hogg, Shelley trató primero, inútilmente, de reconciliarse con su padre y emigró después a Irlanda, por cuya emancipación se apasionó, emprendiendo una cruzada en Dublín. Desengañóse luego y fué a establecerse en las cercanías de Londres, con su mujer y Eliza. Allí resolvió escribir a Godwin, el gran Godwin, autor de «Political Justice», el enemigo de la divinidad, del matrimonio y de todas las leyes sociales, su maestro y su modelo. Admitido en su presencia, hallóse un buen hombre, vuelto a casar con una viuda y que educaba penosamente a cinco hijos.

* * *

Shelley y su mujer acudieron emocionados a la invitación de Godwin. ¿Como los recibiría? A Miss Hitchener, en igual circunstancia, le había ido mal; lo que, por otra parte, acaso probaba solamente la perspicacia de Godwin. Encontraron a la familia reunida, esperándolos impaciente. Estában el filósofo, pequeño, gordo, calvo, inteligente, con ese aire de pastor metodista que caracteriza a los teorizantes de la Revolución. La segunda Mrs. Godwin vestía de seda negra y se puso anteojos verdes, el tiempo necesario para ver bien al nieto del baronet y su linda esposa. Había además Fanny Imlay, melancólica y dulce, Jane Clairmont, bonita, de tipo italiano, morena de tez y chispiante de ingenio.

—La única que falta—dijo Godwin—es mi hija Mary, que está en Escocia. Luego hablaron de las relaciones entre el espíritu y la materia, de la situación

del clero, de la literatura alemana. Las mujeres oían con admiración. Harriet encontró que Godwin se parecía a Sócrates.

• • •

Una grande intimidad se estableció pronto entre los Shelley y los Godwin. Se visitaban con frecuencia y se invitaban a comer. El 5 de Noviembre, en la noche, mientras se conmemoraba en toda Inglaterra la Conspiración de la Pól-vora, Shelley con su esposa se hallaban en casa de los Godwin y oyeron estallar los petardos de los fuegos artificiales. Inmediatamente las palabras de su venerado amigo perdieron el interés para el joven filósofo. Recordaba sus experimentos de Field Place y cuando el pequeño William Godwin se levantó para salir a la fiesta, después de vacilar un poco resolvió acompañarlo.

El muchacho, que tenía nueve años, lo llevó adonde su amigo y vecino Newton, con el cual jugaron como buenos camaradas. Encantados, visitaron después a Mr. Mrs. Newton. Shelley los halló deliciosos, embarcándose en el acto con el caballero en una conversación sabia, libre y agradable. Mr. Newton estaba hecho para agradar a Shelley, era un hombre de teorías y las aplicaba. Su idea favorita consistía en que los seres humanos, al dejar las regiones cálidas y subir hacia el Norte, habían adoptado costumbres anti-naturales, de donde proceden todas sus calamidades. Una de esas malas costumbres era la de vestirse, y Mr. Newton obligaba a sus hijos a andar completamente desnudos en la casa.

Otra era la de comer carne y la familia observaba régimen vegetariano. Nada podía entusiasmar más a Shelley. Mr. Newton discurría admirablemente:

—El hombre no se parece a ningún carnívoro; carece de garras para retener su presa, los dientes sólo le sirven para mascar legumbre y frutas. En cuanto prueba la carne envenenada se enferma. De ahí viene la historia de Prometeo, que es sin duda un mito vegetariano. Prometeo, es decir la humanidad, inventa el fuego y la cocina; inmediatamente un buitre le roe las entraña. Ese buitre es la hepatitis. Nada más claro.

Desde que la familia Newton se alimentaba de vegetales no necesitaba drogas ni médicos; los niños se criaban sanos y Shelley, que encontraba con frecuencia a las muchachitas desnudas, las consideraba perfectos modelos para un escultor.

Se hizo grande amigo de la casa. En cuanto lo oían hablar, cinco niños desnudos corrían por las escaleras a su encuentro y se lo llevaban a la nursery.

Por lo demás, aquella familia republicana miraba con curiosidad y respeto al joven aristócrata, heredero de una inmensa fortuna y tan desdeñoso del dinero.

XIII

Después de un año de estudiar en York, Hogg, reconciliado con su familia, regresó a Londres. Una noche leía tranquilamente en su pieza, envuelto en una espesa bata, sentado en un buen sillón, junto a una mesa donde hervía el té,

cuando oyó golpes violentos en la puerta de calle. Luego, la puerta, cerrada con energía, hizo temblar las paredes y evocólo en el acto unos ojos ardientes, un cuerpo alto e inclinado...

—Si Shelley fuera aun amigo mío—pensó.

Pasos rápidos en la escalera, los ligeros pasos que oía antaño en los corredores abovedados de Oxford.

—Nadie—pensó Hogg—ha subido nunca la escalera de ese modo.

Se abrió la puerta y apareció Shelley, sin sombrero, la camisa abierta, salvaje, intelectual, siempre parecido a un espíritu celeste que acaba de bajar por equivocación al planeta tierra.

—Supe tu dirección por tu jefe, un viejo loco. ¡Qué trabajo! Me tomaba por un bandido y no quería dármele... ¿Qué te has hecho desde un año? Yo llego de Irlanda... Fuí a aconsejarles magnanimidad a los católicos... Luego pasamos por el país de Gales: es admirable... Harriet sigue bien... espera un niño... ¿Has leído a Berkeley? En estos días he estado leyendo a Helvétius... inteligente, pero seco...

Hogg lo contemplaba con la misma admiración afectuosa e irónica de otro tiempo; había que ser Shelley para hablarle de Helvétius después de no verlo durante un año y por semejantes causas. Shelley, animado, feliz, se paseaba por la habitación, abría los libros, preguntaba una cantidad de cosas sin esperar respuesta, parecía haber olvidado por completo la ofensa de Hogg.

Habló hasta más de media noche. Los vecinos de Hogg, por medio de golpes en las paredes, le advertían que la voz clara y aguda les impedía dormir. Hogg, temeroso, sugirió a Shelley la idea de irse. Shelley seguía hablando. Explicó que acababa de abrir una suscripción para terminar un dique con el objeto de quitarle al mar varios centenares de hectáreas de terreno. El mismo había puesto cien libras y consagraría a ese proyecto sus fuerzas, su fortuna, su vida. Hogg lo tomó suavemente por el brazo y lo llevó hacia la puerta; pero Shelley resistía.

—Tus vecinos me fastidian... esas viles criaturas ignoran que las noches son los únicos momentos en que el alma se siente verdaderamente libre...

Hogg consiguió llevarlo hasta la puerta.

—Me voy con la condición de que vayas mañana a comer con nosotros. Harriet tendrá gusto de verte... Tengo que darte excusas por la presencia de una criatura horrible, miss Hitchener; pero nos dejará pronto.

—¿Miss Hitchener? ¿La hermana de tu alma?

—¿Ella? Si... un gusano rampante y despreciable... La llamamos el demonio negro.

Hogg empujó suavemente a su amigo hasta la acera y cerró la puerta.

* * *

Al otro día, a las seis, llegó a casa de Harriet, que lo recibió estrechándole largamente las manos, más rosada y más linda que nunca.

Eliza, silenciosa y altanera en un rincón, no se dignó hablar.

—Pero que bien está Ud.—dijo Hogg.

—Oh! no!—repuso Eliza.

—Nada ha cambiado—pensó Hogg.—Hay que andar con fino.

En ese momento Shelley penetró en la estancia con la rapidez de una flecha y sirvieron la comida.

Después, Eliza murmuró algunas palabras al oído de Harriet, quien invitó a Hogg para el Domingo por la mañana.

—Será la partida del Demonio Negro y su presencia nos prestará un gran servicio. ¿Le ha hablado Shelley de nuestro tormento?

Ante la evocación del Demonio Negro, Eliza manifestó un disgusto mudo.

—Es una mujer horrible—continuó Harriet. Quería enamorar a Shelley; pretendía que ella lo amaba realmente y que yo no servía sino para dirigir la casa. Percy le ha puesto una pensión de cien libras con tal de que se vaya.

Shelley confirmó la noticia. Comprendía el sacrificio de desprenderse de la cuarta parte de su renta; pero la muchacha había perdido su situación y, según decía, su excelente fama y hasta la salud, arruinada por la barbarie de ellos...

—Es en efecto una horrible creatura—agregó.—Superficial, fea, hermafrodita... Nunca me he asombrado tanto de mi mal gusto como después de vivir cuatro meses con ella. ¿Qué sería el infierno si semejante mujer se salvara? ¡Y compone versos! Ha escrito una elegía sobre los derechos de la mujer, que empieza:

Todos, todos son hombres, las mujeres lo mismo que los otros...

Estalló en una risa estridente.

Hogg acudió el día señalado. La heroína le pareció aburridora, pero inofensiva. Grande, huesuda, masculina, tenía la cara negra y no sin algunos pelos de barba. Luego Shelley anunció que necesitaba salir; Harriet descubrióse un violento dolor de cabeza y Hogg estuvo condenado a pasear a los dos Isabeles.

Con una a cada lado dirigióse al Parque de Saint-James. Las dos se atacaban por sobre su cabeza, en frases altaneras. La lánguida Eliza parecía muy animada y le lanzaba pullas terribles, con dulce y serena malignidad. Miss Hitchener afectaba indiferencia y no hablaba sino con Hogg. Disertó sobre los derechos de la mujer. Eliza, que no brillaba en las discusiones teóricas, se vió reducida a un silencio ignominioso. Al volver dijo a Hogg:

—¿Cómo ha podido Ud. hablar tanto con esa mala mujer? ¿Por qué le contestaba? Harriet se enojará mucho cuando lo sepa.

Pero Harriet dijo simplemente:

—¿No está muy fatigado del Demonio Negro?—Y sonrió.

Después de almuerzo, pérfidamente, miss Hitchener habló sobre los derechos de la mujer y desencadenó a la Diosa Razón. Shelley dejó su asiento y acercósele a discutir vivamente. Las dos hermanas Westbrook lo miraban furiosas, como a un culpable de inteligencia con el enemigo.

Eliza dijo al oído de Hogg:

—Si Ud. supiera cuán sucia es no se le acercaría...

Pero llegó la hora en que fué necesario embarcar las maletas de la desterrada y las mujeres de la casa de Shelley lanzaron grandes gritos de alegría.

XIV

Los meses siguientes a la partida de miss Hitchener fueron muy felices. Los Shelley seguían siendo pobres y vagabundos; pero una grande alegría interior les compensaba la miseria. Shelley había emprendido un largo poema «La Reina Mab» y la obra inconclusa le parecía una razón suficiente para vivir. Harriet estaba en cinta; reservaba todas sus fuerzas para la criatura y se consolaba de su inacción con el sentimiento de su actividad interna.

Durante este período habitaron con intermitencias en Gales e Irlanda, esta vez sin propósitos políticos. Por complacer a Shelley, Harriet aprendía latín, que su marido le enseñaba a su manera, sin Gramática ni Diccionario, haciéndola leer a Horacio y Virgilio. Mientras ella estudiaba, él leía libros de Historia o escribía cartas a los liberales procesados por sus opiniones, ofreciéndoles pagar la multa o afianzarlos. Y como nunca tenía dinero lo pedía prestado al cuatrocientos por ciento.

Hubieron de volver a Londres para el nacimiento del niño. Además, Shelley iba a cumplir 21 años y podía tratar de reconciliarse con su padre. Eliza, sobre todo, lo exigía:

—Si fueras más diestra—decíale a Harriet—ya hubieras conseguido muchas cosas. Vais a tener un hijo y no podéis seguir viviendo al azar. Necesitáis vuestra casa en Londres. vuestra vagilla de plata, vuestro carruaje.

Harriet la escuchaba con interés. Era encantadora y lo sabía. Una mujer bonita soporta tan mal la vida sin lujo como el hombre inteligente un puesto subalterno. Las miradas de los transeuntes le dicen su poder. Sabe que este poder es por esencia transitorio y como una nación armada y fuerte procura asegurarse su sitio en el mundo antes de licenciar las tropas, la mujer quiere tratar con el sexo enemigo antes que la invasora pesadez de los años le imponga una resignación pacífica. Además Eliza compadecía a Harriet y es tan natural compadecerse de su propio destino que la felicidad más sólida puede caer luego envenenada por la pérfida compasión de un tonto.

Instigado por Harriet, Shelley tentó una nueva reconciliación con su padre, mediante el duque de Norfolk, siempre benévolo. Por desgracia Mr. Timothy no podía triunfar sin estrépito y exigió de su hijo que se retractara públicamente, ante las autoridades de Oxford, de sus errores teológicos. Shelley rehusó, con grande escándalo de Eliza.

Para consolarse de los disgustos que le daban en su hogar, tenía Shelley varias casas amigas: la de Godwin, donde Fanny y Jane lo acogían siempre entusiastas, la de Newton, en la que hallaba afecto inteligente, modales suaves y refinados. Mrs. Newton, gran música, tocaba el piano, mientras Shelley, sentado en el suelo con los niños, les contaba cuentos de fantasmas. Con frecuencia la visitaba también su hermana, Mme. de Boinville, educada en Francia, mujer de un

emigrado amigo de Chénier y La Fayette. Tenía los cabellos blancos, pero el rostro tan infantil, animado y moderno que causaba más gusto hablar con ella que con una joven. Por primera vez Shelley halló una mujer digna de su inteligencia y pensó que todas las que había conocido antes eran despreciables.

Viviendo en compañía de Harriet, habíase acostumbrado a considerar a las mujeres como niños y se asombraba de que a Mme. de Boinville no hubiera que darle las ideas en confites y aun de que, capaz de entenderlo todo, supiera añadirles a los pensamientos no sé qué elegante precisión que los hacía más bellos y más naturales.

Para las mujeres el descubrimiento de Shelley no era menos curioso. Aquel adolescente tan hermoso y de alta alcurnia amaba las ideas con un ardor increíble. Jamás habían visto un hombre menos egoísta y más generoso. Y mostraba al mismo tiempo esa fácil confianza, ese desprecio de toda ceremonia junto con la perfecta política que da tanto encanto a los jóvenes aristócratas ingleses. ¿Qué más encantador?—se decían. Un santo que es un hombre de mundo.

Hogg miraba con ligerísima e irónica rivalidad las sabias maniobras de tantas mujeres bonitas alrededor de su cándido amigo. En casa de las Godwin lo llamaban el Rey de los Elfos, en casa de los Newton, el Príncipe de las Hadas. En cuanto aparecía, agrupábanse en torno suyo. Pero el Rey de los Elfos tenía raros caprichos, temores súbitos, locos terrores. A veces una visión poética lo retenía a la hora justa en que lo esperaban para el té; a veces, cuando ya lo juzgaban sumiso, un deber imaginario lo reclamaba no se sabía dónde.

—Hay países—decíale Hogg—donde se cree que las cabras, animales diabólicos, pasan doce horas al día en el infierno. Yo creo que tu eres como ellas, Shelley.

En cambio, cuando una mujer según su corazón lograba cogerlo en una de esas conversaciones serias y animadas que le gustaban tanto, olvidaba la hora y su propia existencia. Pasaba la noche y Shelley seguía hablando, ardientemente, Adonis rodeado de un círculo de sacerdotisas emocionadas. El alba lo veía aún así y como era demasiado tarde para acostarse, un paseo por el rocío terminaba la velada.

—Pero ¿qué diablo le dices a tus beldades?—preguntábale Hogg.

—No lo sé.

También se lo preguntaba Harriet, cuyo estado no le permitía salir y que pasaba sola días enteros. Sentíase impopular en las casas donde recibían a Percy. Donde los Godwin había reñido con Mrs. Godwin. Donde los Boinville la habían hallado primero encantadora, porque era bonita y mujer de un poeta; pero luego habían advertido su evidente mediocridad.

XV

El hijo fué una niña rubia de ojos azules. Su padre la bautizó Ianthe; su madre agregó Elisabeth; y así Ovidio y miss Westbrook se juntaron sobre esa cuna. Shelley paseaba a la chica en los brazos, cantándole las canciones más desentonadas del mundo. La idea de educar a un nuevo ser, a quien podría librar de los

«prejuicios» desde la infancia, resultábale agradabilísima. Admirador de Rousseau, esperaba que Harriet criaría a su hija; pero Harriet, aconsejada por Eliza, tomó un ama, una «mercenaria», como decía Shelley.

Un curioso cambio se había operado en Harriet después del nacimiento de la niña: como si quisiera recuperar el tiempo perdido durante el embarazo, sólo aspiraba a pasear por las calles de Londres y detenerse ante las vidrieras de los modistos y los joyeros. A Shelley, semejante espectáculo le parecía escandaloso e ininteligible. No rehusaba costear las fantasías «razonables» de su mujer, aun al precio de empréstitos usurarios; pero distraer en cintas y fruslerías el dinero tan necesario a los escritores perseguidos por causas justas era, a su juicio, una vergüenza y no ocultaba su desagrado.

Eliza no opinaba lo mismo:

—Tu marido—decíale a Harriet—tiene dinero para las deudas de ese Godwin, que nos recibe mal y no quiere darte para tus vestidos. Si le extraña que te guste arreglarte a los dieciocho años es un tonto y un cuáquero.

Y Harriet le encontraba razón. El latín y la filosofía le costaban un gran esfuerzo: lo realizó sin sacrificio, porque amaba; pero al encontrarse en medio de las tiendas y la pequeña chismografía volvía a sentirse en su elemento, como le sucedía a Shelley en casa de los Newton y las Boinville. El placer espontáneo y vivo que experimentaba hacía contraste con el doloroso empeño de sus lecciones.

Pensó Shelley que Londres y sus tentaciones tenían la culpa y quiso volver a los sitios donde se habían amado más. Mandó enganchar el famoso carruaje de Harriet, pidió prestadas quinientas libras, mediante un pagaré por dos mil, y en compañía de Eliza se fueron a Edimburgo. La vida animada y cambiante del viaje les hizo olvidar sus resentimientos; pero en cuanto regresaron a Londres las discusiones se reanudaron más agrias. Harriet y Eliza exigieron una buena casa, vida elegante, relaciones encumbradas. Shelley, más que todo eso, detestaba la idea de que su mujer las deseara. Fugitivos relámpagos de menosprecio cruzaban su amor, aun vivo.

Hogg los visitó y halló a Harriet más linda y más rosada que nunca; pero ya no leía el Telémaco: le pidió que la acompañara donde la modista. Allí desapareció, dejándolo en la calle. Le pareció frívola y alborridora y así lo dió a entender a Shelley, quien no hizo misterio de sus decepciones. El matrimonio entraba por el peligroso camino de las confianzas a extraños.

* * *

(Continuará)



MCD 2018